

II. ORAR EN CUARESMA

Lectio Divina con el Evangelio de cada día

Edita: Pastoral Universitaria de Madrid
Arzobispado de Madrid
Bailén, 8 – 28071 Madrid

Maquetación: Natalia Dios.
Diseño portada: Queromel Productions.

Impreso en España por:
Campillo Nevado S.A. – Madrid.
Depósito legal: 00000000000000000000000000000000

PRESENTACIÓN

La oración es la más dulce e importante obligación que tiene el cristiano. Todos los santos han gozado de las intimidades divinas estando muchas veces “a solas con quien sabemos nos ama”. Así llegaron a ser “amigos fuertes de Dios” (Santa Teresa de Jesús), que fue el secreto de su fortaleza y de su grandeza.

Benedicto XVI ha dicho que la Iglesia necesita con urgencia “testigos creíbles” que hagan fecundo el Año de la Fe. Testigos que con su misma existencia hagan resplandecer en el mundo la Palabra de la verdad que el Señor Jesús nos dejó (Cf. Porta Fidei, 6). Hacen falta, pues, cristianos familiarizados con la Palabra de Dios, hombres y mujeres de oración.

Y Juan Pablo II nos decía al iniciar el nuevo Milenio: “Se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino «cristianos con riesgo»” (Novo Millenio Ineunte, 34). Y exhortaba a que nuestras comunidades fueran verdaderas escuelas de oración.

Haciéndose eco de esta preocupación pontificia y pensando especialmente en los cristianos que están

en la Universidad, la Delegación de Pastoral Universitaria de Madrid ha preparado este libro de ayuda a la oración.

Muchos de nuestros universitarios están abiertos a la verdad de Dios y deseosos de orientación y ayuda espiritual. Son una mies bien preparada. Por eso resulta especialmente oportuno, incluso necesario, facilitarles ayudas para meditar asidua y provechosamente la Palabra de Dios, a fin de que llegue a ser “experiencia de encuentro personal e íntimo con el Dios que nos ama y sale a nuestro encuentro” (Benedicto XVI)

Aunque este tomo es el primero en ver la luz, es el II de una serie de cinco que están en perspectiva, abarcando así los diversos tiempos litúrgicos de la Iglesia.

Encomendamos a la intercesión de la Virgen de la Almudena los frutos de este instrumento, a fin de que sea verdaderamente provechoso para el ardor de la fe de muchos, especialmente de nuestros universitarios.

Feliciano Rodríguez
Delegado episcopal de Pastoral Universitaria
Madrid

Año de la Fe y de la Misión Madrid,
28 de enero de 2013,
Festividad de Santo Tomás de Aquino.

PRÁCTICA DE LA LECTIO DIVINA CON EL EVANGELIO DE CADA DÍA

Para el ejercicio de la Lectio Divina con el Evangelio de cada día te proponemos seguir, uno por uno, los siguientes puntos. El primero (invocación) no es, estrictamente hablando, parte de la Lectio, pero, sin embargo, es necesario para cualquier forma de oración auténtica:

- 1. INVOCA al Espíritu Santo.** Se trata de empezar bien el rato que vas a dedicar al Señor. Ponte en su presencia con un acto consciente; considera que Él está a tu lado, más aún, ¡dentro de ti! (esa es la maravilla de la inhabitación divina cuando el alma está en gracia de Dios), o está en la presencia sacramental del sagrario si es que oras en una iglesia o en una capilla. Pídele luz para tu entendimiento y fuego para tu corazón. Pídele, en fin, que te disponga para comprender la Palabra que vas a meditar y para hacerla vida en tu vida. Igualmente es muy necesario que acudas a la Virgen María, nuestra Madre y le pidas que te enseñe a orar y te acompañe durante todo el rato. En la página 9 encontrarás oraciones e himnos para este primer punto.
- 2. LEE** muy despacio el evangelio correspondiente al día. Léelo varias veces si es necesario. Hazlo sin prisas, con sosiego,

dejando que la Palabra penetre en ti.

3. **MEDITALO**, es decir, haz silencio para interiorizar lo leído. Fija en tu memoria alguna palabra o frase de Jesús que más te haya impactado. O alguna acción suya o milagro. Intenta captar los detalles y retenerlos. Pregúntate: ¿qué me dice el texto? ¿Qué quiere decirme Jesús aquí? No tengas ninguna prisa. Deja actuar al Espíritu Santo dentro de ti. Piensa que en ese Evangelio, Jesús te está hablando hoy a ti, se dirige a ti.
4. **ORA**, es decir, responde al Señor y a su Palabra, pídele con humildad, exprésale tus deseos y necesidades... Es en este punto donde el libro te ofrece mayor ayuda: súplicas, deseos escritos... con la intención de que puedas identificarte con ellos*. Lo normal será que poco a poco puedas ir prescindiendo de lo escrito y hagas tú mismo la oración que sale, espontánea, de tu corazón. En todo caso tu actitud en la oración, delante de Dios, debe ser siempre la de la Virgen María en Nazaret: Hágase en mí según tu Palabra
5. **CONTEMPLA**. Con la contemplación el ejercicio debe llegar propiamente a su grado más perfecto. Es la quietud atenta y amorosa a

* Los textos que se citan en el libro para la oración están sacados y seleccionados, con algunas adaptaciones, del libro "Oración evangélica", del P. Jesús M. Granero S.J.

Dios, fruto de los momentos anteriores. Ya no debe ser tanto el entendimiento el que actúe, cuanto la voluntad y, sobre todo, el corazón que se adhiere, acoge, ama, adora, desea, calla, se rinde... Es también el mejor impulso para la acción, para el compromiso; un compromiso de mayor santidad personal y de mayor generosidad con los demás. Es el salto a la vida: animado e invadido por la Palabra de Dios, regresas a la vida con otra actitud.

Para finalizar es conveniente que des gracias tal y como se indica en la página 11.

Al iniciar la oración:

Ponte en presencia de Dios

Puedes hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

«Señor, te adoro pues eres mi Dios; te pido perdón de mis pecados y te doy gracias por todos los beneficios que me haces a cada instante.

Quiero que en este rato me ayudes a escuchar tu Palabra, a interiorizarla en mi corazón, a alimentarme de ella. Enséñame a vivir consciente de que tu mirada me acompaña siempre, ya sea en el trabajo, en el descanso, cuando sufro o cuando estoy alegre. Que tu Palabra sea siempre “lámpara para mis pasos, luz en mi camino”. Que mi corazón, lleno de tu amor, sea descanso y consuelo para Ti y para todos mis hermanos».

También es necesario que recurras a la intercesión de la Virgen María:

«Santísima Madre de Dios y Madre mía, acudo a ti lleno de confianza para que me ayudes y confortes en este rato de oración. Abre mi corazón a la acción del Espíritu Santo para que, dócil a sus inspiraciones, me deje iluminar, guiar y moldear por Él como tú, Virgen Inmaculada, a quien tomo como Modelo, como Maestra y como Madre muy querida».

Invoca al Espíritu Santo:

Para la lectio divina es necesario que la mente y el corazón estén iluminados por el Espíritu Santo, es decir, por el mismo que inspiró las Escrituras; por eso, es preciso ponerse en actitud de “escucha devota”. (Benedicto XVI)

Reza y saborea despacio el himno «Veni Creator»:

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce Huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el
sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.
Amén.

O bien la Secuencia del Espíritu Santo:

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.
Amén.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Al terminar el rato de meditación

Puedes terminar el ejercicio con estas o parecidas palabras:

«Gracias, Jesús, por este rato en contacto con tu Palabra, con tu Luz, con tu Vida, con tu Amor. Haz que cada día te quiera más y que mi vida sea cada día más una transparencia de la tuya, de manera que pueda pasar por la vida haciendo el bien, como Tú.

Gracias también por haberme dado por Madre a tu Madre, la Virgen María, que siempre me ayuda a serle fiel y a que no me aparte nunca de Ti».

CUARESMA

Una oportunidad para volver a Dios, ¡para convertirme!

El miércoles de Ceniza, que hoy celebramos, es para nosotros, los cristianos, un día particular, caracterizado por un intenso espíritu de recogimiento y de reflexión. En efecto, iniciamos el camino de la Cuaresma, tiempo de escucha de la palabra de Dios, de oración y de penitencia. Son cuarenta días en los que la liturgia nos ayudará a revivir las fases destacadas del misterio de la salvación.

Como sabemos, el hombre fue creado para ser amigo de Dios, pero el pecado de los primeros padres rompió esa relación de confianza y de amor y, como consecuencia, hizo a la humanidad incapaz de realizar su vocación originaria. Sin embargo, gracias al sacrificio redentor de Cristo, hemos sido rescatados del poder del mal. En efecto, como escribe el apóstol san Juan, Cristo se hizo víctima de expiación por nuestros pecados (cf. 1 Jn 2, 2); y san Pedro añade: murió una vez para siempre por los pecados (cf. 1 P 3, 18).

También el bautizado, al morir en Cristo al pecado, renace a una vida nueva, restablecido gratuitamente en su dignidad de hijo de Dios. Por esto, en la primitiva comunidad cristiana, el bautismo era considerado como "la primera

resurrección" (cf. Ap 20, 5; Rm 6, 1-11; Jn 5, 25-28). Por tanto, desde los orígenes, la Cuaresma se vive como el tiempo de la preparación inmediata al bautismo, que se administra solemnemente durante la Vigilia pascual. Toda la Cuaresma era un camino hacia este gran encuentro con Cristo, hacia esta inmersión en Cristo y esta renovación de la vida. Nosotros ya estamos bautizados, pero con frecuencia el bautismo no es muy eficaz en nuestra vida diaria. Por eso, también para nosotros la Cuaresma es un "catecumenado" renovado, en el que salimos de nuevo al encuentro de nuestro bautismo para redescubrirlo y volver a vivirlo en profundidad, para ser de nuevo realmente cristianos.

Así pues, la Cuaresma es una oportunidad para "volver a ser" cristianos, a través de un proceso constante de cambio interior y de progreso en el conocimiento y en el amor de Cristo. La conversión no se realiza nunca de una vez para siempre, sino que es un proceso, un camino interior de toda nuestra vida. Ciertamente, este itinerario de conversión evangélica no puede limitarse a un período particular del año: es un camino de cada día, que debe abrazar toda la existencia, todos los días de nuestra vida.

"Toda la vida del cristiano fervoroso —dice S. Agustín— es un santo deseo". Si esto es así, en Cuaresma se nos invita con mayor fuerza a arrancar "de nuestros deseos las raíces de la

vanidad" para educar el corazón a desear, es decir, a amar a Dios. "Dios —dice también san Agustín—, es todo lo que deseamos" (cf. Tract. in Iohn, 4). Ojalá que comencemos realmente a desear a Dios, para desear así la verdadera vida, el amor mismo y la verdad.

Es muy oportuna la exhortación de Jesús, que refiere el evangelista san Marcos: "Convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1, 15). El deseo sincero de Dios nos lleva a evitar el mal y a hacer el bien.

Esta conversión del corazón es ante todo un don gratuito de Dios, que nos ha creado para sí y en Jesucristo nos ha redimido: nuestra verdadera felicidad consiste en permanecer en él (cf. Jn 15, 4). Por este motivo, él mismo previene con su gracia nuestro deseo y acompaña nuestros esfuerzos de conversión.

Pero, ¿qué es en realidad convertirse? Convertirse quiere decir buscar a Dios, caminar con Dios, seguir dócilmente las enseñanzas de su Hijo, de Jesucristo; convertirse no es un esfuerzo para autorrealizarse, porque el ser humano no es el arquitecto de su propio destino eterno. Nosotros no nos hemos hecho a nosotros mismos. Por ello, la autorrealización es una contradicción y, además, para nosotros es demasiado poco.

Tenemos un destino más alto. Podríamos decir que la conversión consiste precisamente en no considerarse "creadores" de sí mismos,

descubriendo de este modo la verdad, porque no somos autores de nosotros mismos.

La conversión consiste en aceptar libremente y con amor que dependemos totalmente de Dios, nuestro verdadero Creador; que dependemos del amor. En realidad, no se trata de dependencia, sino de libertad. Por tanto, convertirse significa no buscar el éxito personal —que es algo efímero—, sino, abandonando toda seguridad humana, seguir con sencillez y confianza al Señor a fin de que Jesús sea para cada uno, como solía repetir la beata Teresa de Calcuta, "mi todo en todo". Quien se deja conquistar por él no tiene miedo de perder su vida, porque en la cruz él nos amó y se entregó por nosotros. Y precisamente, perdiendo por amor nuestra vida, la volvemos a encontrar.

Miércoles de Ceniza

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—«Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro

Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayais tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por

las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga.

Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.

Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga.

Tú, cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga.

Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.». (Mateo 6, 1-6. 16-18)

- Ora

—Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos.

Me halaga, Maestro, la estimación y la alabanza de los hombres. Como si mis cualidades o mis

acciones no tuvieran valor de por sí, independientemente de que los hombres puedan admirarlas.

Pierdo la paz o me dejo poseer de un gozo vano y desmedido, cuando advierto cuáles son las impresiones y comentarios sobre mi persona y mis acciones.

¿Por qué no busco sinceramente la verdad? ¿Por qué no atiendo tan sólo a lo que debo ser y hacer, me vean o no, me aplaudan o tomen a mal mi manera de proceder?

¿Por qué no te miro únicamente a Ti, Señor, investigador de los corazones, conocedor exacto de la realidad, valorador infalible de lo que cada uno es, a quien he de dar cuenta imposible de tergiversar?

—*Que tu limosna permanezca secreta.*

Maestro, para que tu palabra se cumpla en mí, concédeme que estas mis pocas buenas obras, que a veces hago, no sean conocidas y estimadas como mías.

Que todos vengan a mí con su necesidad y nadie venga con su agradecimiento. Que ni siquiera caigan en la cuenta de que yo he intervenido, de una forma o de otra, en el bien que recibieron.

Más aún, Señor, que ni yo mismo aprecie lo que haya podido hacer, sino a lo sumo como un desquite parcial de una inmensa deuda. Ni siquiera como un

desquite, porque ese mismo bien, que hago, es una nueva deuda que contraigo.

Porque así es la verdad, Dios mío y generosísimo donador de beneficios; así es que nunca terminaría yo de dar alguna compensación por lo que he recibido. Soy un siervo inútil y apenas hago una mínima parte de lo que debo y puedo hacer.

Todo te lo debo, Señor, y Tú acoges como hecho a Ti mismo lo que hago para ayudar a los demás.

—Entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre.

Quiero hablar contigo, Padre bueno y santo, ya que me admites a tu presencia. Aquí, lejos del ruido y distracciones de las criaturas. Aquí hundo mi frente en el polvo, donde sólo Tú puedes ver mi anonadamiento y la reverencia que quisiera tener ante tu Majestad.

Necesito, Señor, apartarme a ratos de todo y entrar en la soledad de mi recogimiento y de mi propio corazón. Ansío doblar mis rodillas y levantar los ojos a Ti y que Tú te dignes bajar los tuyos hasta la pequeñez de mi existencia.

Me observan los demás con curiosidad impertinente y alguna vez también yo ando solícito, como aquellos fariseos, de que me miren y me admiren en mi estudiada conducta. Estoy hastiado, Maestro, de este juego de exterioridades insinceras.

Condúceme al Padre y déjame a solas con El, donde todo salga limpiamente del corazón. Donde

yo pueda hablar desde mi interior, sin disimulos y sin palabras aprendidas y sin recelo de indiscretos. Donde no haya más que soledad y verdad, mi presencia silenciosa ante el Padre y mi corazón lleno de su misericordia.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Jueves después de ceniza

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: —«El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día.»

Y, dirigiéndose a todos, dijo: —«El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?» (Lucas 9, 22-25)

- Ora

—El Hijo del hombre tiene que padecer mucho.

Dime, Señor, por qué era necesario el sufrimiento.

Como reparación de la soberbia y de la rebeldía del hombre estaba tu sumisión absoluta al Padre.

Pero ¿por qué entraba en los planes divinos que esta sumisión llegase hasta el sufrimiento y hasta la cruz?

Mi sumisión no se demuestra verdadera, si no llega al renunciamiento y al dolor. Pero tu sumisión era sincerísima y perfecta y total en toda hipótesis.

En los sufrimientos, tu conformidad con la voluntad del Padre no era más completa que fuera de ellos. ¿Por qué debías sufrir, Señor?

Al tomar nuestra carne, entras en el juego enmarañado de las causas naturales y humanas y aceptas sus consecuencias todas. Y, dentro de este juego, es necesario el dolor en todo caso. Y mucho más necesario para mí, si quiero mantenerme fiel a la voluntad divina.

Acepto, Señor, el sufrimiento como Tú lo aceptaste. Lo acepto aun entonces, cuando pudiera rechazarlo, rebelándome contra la voluntad de Dios.

—El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo.

Esto es, buen Maestro, lo que no acabamos de entender o lo que no queremos admitir. Esto es lo que aparta de Ti a muchos que te seguirían de buena gana.

Jesús, admiramos tu persona y tu poder y tu bondad; nos anima lo que prometes, pero nos aterran tus exigencias. Yo quisiera, Señor, amarte tanto que aun la cruz se me hiciera amable por Ti.

No es el amor sino la necesidad la que hace que la soporte. Tú te negaste a Ti mismo hasta el anonadamiento y yo busco afirmarme e imponer mi personalidad.

El orgullo y la resistencia al dolor me tienen clavado en mis intereses mezquinos. Y no salgo de mí, porque no tengo amor para seguir tus pisadas.

—¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?

Así nos enseñas, Señor, que el alma vale más que todas las cosas de la tierra.

El alma es inmortal y sigue viviendo cuando todo lo de la tierra desaparezca y se convierta en nada.

El alma es capaz de verte algún día, buen Maestro, y de estar para siempre contigo.

Las cosas del mundo sirven para nuestra necesidad o para nuestra comodidad y regalo. Todo eso es agradable, pero todo eso es efímero. Me decepcionan cuando se escapan y dejan un agrio sabor, una vez pasado el primer gusto que da poseerlas. No he encontrado a nadie que disfrutase plenamente de ellas sino muy breves momentos.

Es triste, Dios mío, que esto material me esclavice y recorte la libertad de mi espíritu. Y sería sin remedio mi desgracia, si por no perder o por aumentar lo de este mundo, te perdiese para siempre a Ti.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Viernes después de ceniza

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: —«¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?»

Jesús les dijo: —«¿Es que pueden guardar luto los amigos del novio, mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán.» (Mateo 9, 14-15)

- Ora

—¿Por qué tus discípulos no ayunan?

Dame, Señor, unos ojos sencillos que busquen la verdad y la vean sin deformaciones; unos ojos que no sepan poner malicia, ni colorido ninguno en las cosas que contemplan.

Dame una inteligencia humilde y un corazón bondadoso, que pregunten para saber y no para reprender y condenar.

Dame la amplitud de perspectivas y un corazón sin recelos, ni suspicacias, que no me desazone porque el prójimo siga otros caminos y que ni siquiera piense que los míos son los únicos buenos o los mejores.

Concédeme Dios mío, que yo te busque a Ti sobre todas las cosas y que jamás engañe a nadie, ni me deje engañar por meras apariencias.

—¿Es que pueden guardar luto los amigos del novio, mientras el novio está con ellos?

Dichosa, Señor, el alma que goza de la presencia del Esposo y está levantada sobre todas las peripecias de la vida.

Bendita presencia, con la que se acallan todas las rebeldías de la carne, sin que sea necesario sujetarla con ayunos y maceraciones. Allí estás Tú, Señor, con misteriosa luz y con comunicaciones secretas.

De repente le descubres al alma lo que ella tanto tiempo había deseado, en inefable paz y sin ruido de movimiento alguno.

No hablas, ni te habla el alma desde lejos, entre el bullicio inquietante de las criaturas. Es una presencia quietísima y sin palabras, en absoluta soledad y desnudez del alma contigo, oh Dios mío, sabiduría y hermosura, ser que todo lo llenas, amor

callado sin transportes y sin embriaguez agitada, en dulce paz.

Cuando no se sabe nada y se sabe todo y nada más se busca y se olvidan enteramente los amores y las necesidades de la vida.

¡Oh presencia, en que nada se advierte del tiempo y del fluir inestable de las cosas!

—Llegará un día en que se lleven al novio

¡Qué pronto pasó, Dios mío, la paz inefable de tu presencia! ¡Cómo siento el agujijón de la carne y el alboroto de las pasiones y los gritos delirantes de las criaturas!

Ahora necesito comer y ayunar y tratar con los demás y retirarme de ellos y recogerme en mí mismo y salir fuera de mí para no ahogarme.

Ando inquieto y sin sosiego, entre esperanzas y decepciones. Todos mis sentidos se abren y las criaturas irrumpen en mi corazón con encontrados afectos.

¡Dios mío! A ratos me halaga y me fascina el vivir y a ratos me cansa la vida hasta el tedio. Te busco muchas veces con inútiles esfuerzos, acordándome de lo que ha sido para mí tu presencia, cuando te dignaste aparecer ante mi alma.

Te llamo, Dios mío, no con palabras de mis labios, sino con las voces más desesperadas de todo mi ser que te necesita. Ven otra vez, Señor. Descúbrete Tú y queden en silencio y en noche

todas las criaturas. Sienta yo tu presencia en mi alma, cuando toda otra cosa calla dentro y fuera de mí.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Sábado después de ceniza

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, Jesús vio a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo:

– «Sígueme.»

Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa, y estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Los fariseos y los escribas dijeron a sus discípulos, criticándolo: –«¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?»

Jesús les replicó: –«No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan.» (Lucas 5, 27-32)

• Ora

— *Jesús vio a un publicano llamado Leví*

Tú nos ves a cada uno, Señor, en nuestras ocupaciones y preocupaciones ordinarias, en los momentos más grises y vulgares de nuestra vida.

Estoy en mi humilde trabajo, enredado en mis afanes de cada día, ocupada mi atención y mis manos con la labor oscura, muy lejos de pensar en Ti y de mirarte. Y Tú me estás viendo y me miras con solicitud amorosa.

Tantos que van y que vienen a mí, que me miran buscando cada uno sus personales intereses o que me ven distraídamente sin mirarme.

Y Tú me ves, porque me miras sin buscar nada para Ti mismo. Me miras cuando te miro yo y te suplico que vuelvas a mí tus ojos. Y me miras también cuando yo ando descuidado y no me acuerdo de suplicarte, porque acaparan mi atención las peripecias del trabajo y del cotidiano vivir.

¡Benditos sean, Señor, tus ojos que me miran y me ven, para derramar sobre mí tu benignidad!
¡Ojalá que los míos te miren y te vean siempre a Ti!

—*Y le dijo: Sígueme.*

Tu voz, Señor, es una invitación que no fuerza, que no hace violencia a la libertad. Y, sin embargo, subyuga al que la escucha y le obsesiona misteriosamente. Mateo entonces se levantó al punto y lo abandonó todo para seguirte.

¡Cuántos a lo largo de los siglos han escuchado el secreto confidencial de esa voz! Y tu palabra, Señor, ha sido más dulce y más fuerte que todas las otras ilusiones que ligaban el corazón.

Es una voz que sacude al alma para resoluciones definitivas y absolutas. ¿Qué le importa lo demás al que te ha oído a Ti, Maestro?

Seguirte es estar contigo y entrar en la intimidad de tu corazón. Es saber de tus planes y de tus caminos; de adónde vas y por dónde vas; qué haces y cómo lo haces y por qué lo haces. Seguirte es ser uno de tus amigos confidenciales, porque a la larga no es posible seguirte sin amor. Y el amor lleva a las confidencias y necesita de ellas.

Señor, al que oye tu voz se le iluminan los ojos para verte a Ti y ver tus caminos. Tu presencia y tu palabra van orientando su vida.

—No necesitan médico los sanos, sino los enfermos.

Tú sabes, Señor, que somos enfermos y necesitados, que tenemos manchas y que estamos expuestos a morir de miseria. Es natural que acudamos a Ti, como al médico único de nuestras llagas y que Tú nos recibas.

Yo sé quién soy, Señor, y sé quién eres. Y por eso voy a Ti. Yo sé que no puedes contaminarte, ni contagiarte con mis sucias y tristes enfermedades. ¿Pero no te cansas de ver siempre en mi las mismas

llagas y la misma podredumbre? ¿No desesperas de mi remedio, al ver siempre mi misma fiebre?

¡Oh médico sapientísimo y pacientísimo! Permíteme que me acerque y que me arrastre una vez más hasta tus pies. Pon tus manos divinas sobre mis llagas. Mírame con tus ojos benignos. Dime una palabra de esperanza. Señor, si Tú quieres, puedes sanarme.

- Contempla y da gracias a Dios
-

PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

El combate espiritual

La Cuaresma es tiempo de renovación espiritual que prepara para la celebración anual de la Pascua. Pero, ¿qué significa entrar en el itinerario cuaresmal? Nos lo explica el Evangelio de este primer domingo, con el relato de las tentaciones de Jesús en el desierto. El evangelista san Lucas narra que Jesús, tras haber recibido el bautismo de Juan, "lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y, durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo" (Lc 4, 1-2). Es evidente la insistencia en que las tentaciones no fueron contratiempo, sino la consecuencia de la opción de Jesús de seguir la misión que le encomendó el Padre de vivir plenamente su realidad de Hijo amado, que confía plenamente en él. Cristo vino al mundo para liberarnos del pecado y de la fascinación ambigua de programar nuestra vida prescindiendo de Dios. Él no lo hizo con declaraciones altisonantes, sino luchando en primera persona contra el Tentador, hasta la cruz. Este ejemplo vale para todos: el mundo se mejora comenzando por nosotros mismos, cambiando, con la gracia de Dios, lo que no está bien en nuestra propia vida.

De las tres tentaciones que Satanás plantea a Jesús, la primera tiene su origen en el hambre, es

decir, en la necesidad material: "Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan". Pero Jesús responde con la Sagrada Escritura: "No sólo de pan vive el hombre" (Lc 4, 3-4; cf. Dt 8, 3). Después, el diablo muestra a Jesús todos los reinos de la tierra y dice: todo será tuyo si, postrándote, me adoras. Es el engaño del poder, que Jesús desenmascara y rechaza: "Al Señor, tu Dios adorarás, y a él solo darás culto" (cf. Lc 4, 5-8; Dt 6, 13). No adorar al poder, sino sólo a Dios, a la verdad, al amor. Por último, el Tentador propone a Jesús que realice un milagro espectacular: que se arroje desde los altos muros del Templo y deje que lo salven los ángeles, para que todos crean en él. Pero Jesús responde que no hay que tentar a Dios (cf. Dt 6, 16). No podemos "hacer experimentos" con la respuesta y la manifestación de Dios: debemos creer en él. No debemos hacer de Dios "materia" de "nuestro experimento".

Citando nuevamente la Sagrada Escritura, Jesús antepone a los criterios humanos el único criterio auténtico: la obediencia, la conformidad con la voluntad de Dios, que es el fundamento de nuestro ser. También esta es una enseñanza fundamental para nosotros: si llevamos en la mente y en el corazón la Palabra de Dios, si entra en nuestra vida, si tenemos confianza en Dios, podemos rechazar todo tipo de engaños del Tentador. Además, de toda la narración surge claramente la imagen de Cristo como nuevo Adán, Hijo de Dios humilde y obediente al Padre, a diferencia de Adán

y Eva, que en el jardín del Edén cedieron a las seducciones del espíritu del mal para ser inmortales, sin Dios.

La Cuaresma es como un largo "retiro" durante el que debemos volver a entrar en nosotros mismos y escuchar la voz de Dios para vencer las tentaciones del Maligno y encontrar la verdad de nuestro ser. Podríamos decir que es un tiempo de "combate" espiritual que hay que librar juntamente con Jesús, sin orgullo ni presunción, sino más bien utilizando las armas de la fe, es decir, la oración, la escucha de la Palabra de Dios y la penitencia. De este modo podremos llegar a celebrar verdaderamente la Pascua, dispuestos a renovar las promesas de nuestro Bautismo.

Que la Virgen María nos ayude para que, guiados por el Espíritu Santo, vivamos con alegría y con fruto este tiempo de gracia.

(Benedicto XVI, 21 de febrero 2010)

Domingo I de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

Ciclo A

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre.

El tentador se le acercó y le dijo: —«Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. » Pero él le contestó, diciendo: —«Está escrito, "no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."»

Entonces el diablo lo lleva a la ciudad santa, lo pone en el alero del templo y le dice: —«Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito, "encargará a los ángeles que cuiden de ti, y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras."» Jesús le dijo: —«También está escrito, "no tentarás al Señor, tu Dios."»

Después el diablo lo lleva a una montaña altísima y, mostrándole los reinos del mundo y su gloria, le dijo: —«Todo esto te daré, si te postras y me adoras.»

Entonces le dijo Jesús: —«Vete, Satanás, porque está escrito, "al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto."» Entonces lo dejó el diablo, y se acercaron los ángeles y le servían. (Mateo 4, 1-11)

En los **ciclos B y C** se lee el mismo evangelio en su versión paralela (*Marcos 1,12-15 y Lucas 4, 1-13 respectivamente*)

- Ora

— *Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu.*
¡Te dejas conducir por el Espíritu!

No es en el desierto, ni en la ciudad donde yo podré cumplir la voluntad de Dios y responder a la misión recibida y encontrar mi paz.

No es aquí, ni allí; ni en soledad, ni en medio de la multitud; ni entre tentaciones, ni en la dulzura de la oración, sino precisamente allí donde me conduzca el Espíritu.

Señor, que no sean mis gustos los que me muevan, ni la propia iniciativa, ni la iniciativa de los hombres, sino la verdad de tu santo Espíritu.

Era el Espíritu el que guiaba siempre tus pasos. No ibas nunca por tu propia voluntad humana. Te dejabas conducir con perfecta sumisión, sin atender a los gustos o a las repugnancias de la naturaleza.

Tu libertad y tu responsabilidad no está en escoger cada vez tu camino, sino en seguir por el camino que te señala continuamente el Espíritu de Dios.

Yo opongo muchas veces resistencias y otras veces ni siquiera siento los impulsos del Espíritu, porque tengo el corazón endurecido o porque lo abro anhelante a los impulsos de la tierra.

—Para ser tentado por el diablo.

Jesús, tú no rehúyes el combate y consientes en que se te acerque el enemigo. En la soledad, en la oración y en la penitencia te aguardan las tentaciones.

No sólo las bestias perturban los días de tu trato exclusivo con el Padre, sino que también el tentador viene con la seducción de sus insinuaciones. Has ido al desierto por impulso del Espíritu Santo; y allí te aguardaba el espíritu malvado, el espíritu del mal. ¿Qué tienes Tú que ver con él?

Tú sabes que también me aguarda a mí y me acomete para impedir mi oración y derrumbar mis buenos deseos. Allí donde hay un impulso del buen Espíritu, allí se presenta para contradecirlo el espíritu del mal. Y siento en mí el rudo combate.

¡Oh, ayúdame, Maestro, en la hora de la lucha, Tú que sabes lo que es luchar! Ayúdame para que no caiga en la tentación. Está conmigo para que ni siquiera se acerque el tentador. Porque Tú eres fuerte, Señor, pero yo soy débil.

—Después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre.

Te impones, Maestro, el ayuno por voluntad del Padre y sientes el hambre, porque estás sujeto a nuestras mismas necesidades.

Mira, Señor, cuánta hambre forzada en el mundo, mira cuántos pobrecitos sufren necesidad y perecen de miseria e inanición.

Mira también cuántos excesos destemplados y golosos. Mira, Dios mío, el desorden de los dos extremos en la vida.

Tú haces dura penitencia por nuestros excesos y nos enseñas no sólo la moderación, sino también el rigor del sacrificio y del ayuno.

Que yo sepa abstenerme para que otros tengan y que cercene de mis demasías para socorrer a los pobrecitos.

Señor, que eres el dueño universal de todas las criaturas, mira que con el hambre viene la tentación y viene también para nosotros el peligro de pecado.

Mira también esas otras hambres, Señor, y compadécete de ellas. Mira a los hambrientos del pan de tu palabra, a los que perecen por el ayuno tan prolongado de sus almas. ¡Señor, danos a todos de este pan!

—*Di que estas piedras se conviertan en panes.*

El enemigo, Señor Jesús, quiere que renuncies al ayuno que te has impuesto por voluntad de tu Padre. Te acomete con el temor de que peligras tu vida o de que tu organismo quede consumido e inútil para la misión de tu existencia.

Propone siempre un aprecio exagerado de las cosas materiales, como si en todo caso fueran indispensables para seguir adelante. Se aprovecha de la necesidad que de ellas tenemos para angustiarnos y quitarnos la paz, si llegan a faltarnos.

Pero tu voluntad, Dios mío, nos impone muchas veces necesidades dolorosas y otras veces nos aconseja una renuncia voluntaria.

Es el enemigo quien, contra tu santa voluntad, pretende seducirnos con los placeres y las comodidades de la vida o, al menos, intenta inyectarme el miedo y el horror a las asperezas del renunciamiento.

Como si no hubiera valores más altos, por conseguir los cuales merece la pena que hagamos padecer al cuerpo aun en las cosas necesarias.

Tu voluntad, Señor, sobre todas las comodidades y aun sobre todas las necesidades de la vida.

—No sólo de pan vive el hombre.

Me enseñas, Maestro, dos cosas: que hay en el hombre otras necesidades mucho más hondas que las puramente materiales y que Dios no necesita de los medios naturales para sostener la vida del hombre.

¡Cuántas veces me siento profundamente insatisfecho, a pesar de que no me falta nada de lo que el cuerpo reclama para su bienestar! Son otras, Señor, las necesidades que me hacen infeliz y me quitan el gusto de la vida. Es el vacío de mi ser y como si estuviesen hambrientas las raíces mismas del alma.

Cualquier otra hambre o apetencia de la materia me parece superficial y llevadera. Dios mío, además del pan me hace falta otra cosa para vivir. ¿Será ésta la necesidad ineludible que tengo de Ti?

Me preocupo excesivamente de las cosas materiales y temo perderlas o temo que me falten.

¡Como si tu palabra y tu voluntad no bastaran a sostenerme sin ellas!

Porque si Tú quieres, Señor, poderoso eres para mantener mi vida, aunque me falten las cosas todas de este mundo.

—Mostrándole los reinos del mundo y su gloria.

¿Y qué son las grandezas todas de este mundo?

No se sacia nunca, Dios mío, la curiosidad de mis sentidos, a pesar de que no encuentran gran diferencia entre las cosas que se les ponen delante.

Ávido de novedades y de variedad, pronto me canso de lo que tengo y de lo que veo, sin penetrar casi nunca en el fondo y sin agotar las posibilidades que encierra aun la criatura más sencilla.

¡Señor, qué necia ambición la de recorrer el mundo y la de amontonar sus tesoros, como si pudiera alguien gozarlos todos plenamente con sólo poseerlos!

¡Qué cantidad de maravillas has depositado Tú, Dios mío, aun en la más humilde obra de tus manos!

Y la codicia hace que corramos de una cosa en otra y no nos detengamos para gozar hasta el fondo de ninguna. El ansia hace que en realidad lo perdamos todo y te perdamos a Ti, Dios mío, riqueza infinita y fuente inagotable de maravillas y delicias.

—*Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto.*

A Ti, Dios mío, se debe el homenaje de alabanza, de reverencia y de adoración de todas las criaturas. Tú eres el único infinitamente grande, de quien todo procede y a quien todo ha de volver.

Las cosas todas son obras de tus manos, salidas de tu poder, de tu sabiduría y de tu bondad.

Eres el único Señor, a quien debo cuanto soy y cuanto tengo. Ante Ti he de humillarme, porque sin Ti soy polvo y nada. Dame la gracia de poner sólo en Ti, siempre mi corazón.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Lunes I de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: — «Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las naciones.

Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me

disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme.

Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?" Y el rey les dirá: "Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis.

Y entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis."

Entonces también éstos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?" Y él replicará: "Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo." Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.» (Mateo 25, 31-46)

- Ora

—Serán *reunidas ante él todas las naciones*.

Día impresionante aquel. Entonces, Señor, pronunciarás tu palabra definitiva, sin que nosotros podamos replicarte.

Ahora nos dejas hablar. Toleras que cada cual siga su camino. Nos separamos unos de otros, porque nos separamos de Ti.

Día de la grande e inevitable reunión de todos los hombres en tu presencia. Los que nunca nos encontramos ni nos conocimos, nos veremos allí juntos delante de Ti.

Será el día de tu verdad, como ahora son los días de nuestras mentiras. El día de la pública y universal justicia.

Ahora van desapareciendo los pueblos, tragados por la resaca de la historia. Aun los más poderosos, que hicieron temblar el mundo a su paso. Pero tendrán que levantarse de nuevo, porque han de escuchar tu palabra, Señor Jesús.

No habrá sino un universal silencio, Señor, donde resonará tu voz inconfundible. Todos seremos iguales e infinitamente pequeños delante de Ti, Señor de la historia

—*Tuve hambre y me disteis de comer.*

Abre, Dios mío, mis ojos y mi corazón a toda necesidad de mis prójimos. Pon en mí la voluntad permanente de salir al encuentro de toda miseria.

Haz que yo sienta en mi misma carne y como desgracia propia lo que aflige a mi hermano. Que la sienta, Jesús, como si te hiriera y te hiciera daño a Ti mismo.

Dios mío, Tú consientes esta muchedumbre de desgracias, esta plaga universal e inevitable que nos aflige, para ejercicio de la paciencia y de la caridad. Porque vale más la paciencia que el bienestar y vale más la caridad que todas las riquezas de este mundo.

Cuando yo sufro, es para mí la hora de la paciencia y de aceptar humildemente la caridad de otros. Y cuando otro sufre, es para mí la hora de la caridad y de la compasión y de acudir en su socorro.

Ilumina, Jesús, mis ojos para que yo te vea a Ti mismo en todo el que padece alguna necesidad y conmueve mi corazón para que corra a ayudarte.

—Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis.

En el más pequeñito, en el más pobre y abandonado y desvalido estás Tú, Jesús, sintiendo y sufriendo con él.

No puedo vivir tranquilo sabiendo' que es un hermano mío y un hijo de Dios el que sufre, que eres Tú mismo.

Vas, Señor, prolongando tu dolor, a lo largo de la Historia, en tus miembros atormentados. Y yo puedo aliviarte un poco, ¿cómo voy a hacerlo?

Te acercas tantas veces a mí con tus penas, con tus ojos tristes, con tu rostro demacrado y tendida tu mano, solicitando mi ayuda. Eres una y otra vez el “Ecce homo” que encuentro en mi camino.

¿Voy a pasar de largo, sin decirte una palabra de consuelo, sin aceptar sobre mí tu dolor?

Á mí me sobran, Jesús, muchas cosas que Tú necesitas. Y aunque no sobraran, aunque yo hubiera de quedar necesitado, es mucho mejor que no te falte a Ti.

No tienes que agradecermelo, Señor; no tienes que apuntarlo para retribuirmelo aquel día. No es un servicio que te presto de lo mío, sino una devolución que hago de lo que es tuyo.

Es además una manera insignificante de corresponder a lo infinito que he recibido de Ti. Señor Jesús, siempre seré yo el deudor.

Y aun esta oportunidad que me ofreces es un nuevo beneficio. Feliz seré, si quedo empobrecido por socorrerte.

—*Apartaos de Mí, malditos, id al fuego eterno.*

Esta será, Señor, la desgracia incomparable e infinita: el sentirse apartado de Ti.

Aunque hubiera de estar ya siempre solo en este mundo, aunque vea que todos se van apartando de mí y me dejan en mi aislamiento y amargura, pero no te apartes Tú, Jesús, ni me apartes de Ti en aquel día.

Aunque yo me aparte ahora por mi ceguedad, por mi necia pasión, no me apartes entonces para siempre. Haz que me fracasen todos los proyectos en esta vida, descarga ahora sobre mí todas las desgracias y que no haya un corazón que me acompañe en ellas, pero no permitas que yo aquel día sea apartado de Ti para siempre.

Que yo no caiga en los abismos del odio y haya de maldecirte eternamente.

¿Qué sentido tiene todo esto, que aquí puede hacerme agradable la vida? ¿Qué significan la amistad y el placer y el amor, si después de todo para en separación y en maldición y en fuego?

Mira, Señor, a la cruz de tu Hijo Jesucristo y sirva ella, no para nuestro juicio y condenación, sino para misericordia y perdón y salvación nuestra.

Ahora es cuando estoy escribiendo mi sentencia para entonces. Y éste es, Dios mío, el valor de lo que pasa en un momento. Ilumina, Señor, con esta luz de la eternidad todos los pasos de mi camino.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Martes I de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

– «Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar

mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así:

"Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación sino líbranos del Maligno."

Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas.»
(Mt. 6, 7-15)

- Ora

—*Padre nuestro.*

Padre, te gusta que te llamemos así para excitar en nosotros los sentimientos de confianza filial.

Padre mío, a Ti acude tu hijo, que está en necesidad y tribulación. Padre, cuya providencia paternal nunca se desmiente y que no faltas a los que confían en Ti.

Padre, de cuya mano he recibido ya tantos beneficios y de cuyo corazón no se agota nunca la misericordia.

Padre de todos, que no te olvides de ninguno de tus hijos, aunque son tantos y atiendes a cada uno, como si fuera él sólo.

Por ti todos somos hermanos, con necesidades y con intereses comunes. En quien todos hemos de amarnos y ayudarnos como hermanos.

Padre, de quien procede toda paternidad en los cielos y en la tierra. Padre nuestro, escucha de nuestros labios la oración, que puso en ellos tu Hijo Jesucristo.

—*Santificado sea tu nombre.*

Tú eres el Dios tres veces santo y la fuente de toda posible santidad. Dios mío, yo estoy manchado y mis labios son impuros para pronunciar tu santo nombre. Purifica mis labios y los labios de toda criatura para que sepan pronunciarlo con santidad.

Tú eres el principio y el fin de todas las cosas y estás en medio de todos los caminos de tu criatura. Por eso, mis comienzos y todos mis pasos y el último de ellos, han de ser para Ti y para tu gloria.

Cuando yo prescindo de Ti o busco algo mío o algo que no seas Tú, me alejo de la rectitud esencial que han de tener las cosas y de la orientación única que conviene a mis acciones.

Y no te santifico, Señor, no te conozco como única fuente de santidad y de verdad y de bien. Te profano en mí mismo y en tus criaturas.

Danos tu gracia, Dios y Padre nuestro, para que nuestra vida te santifique, para que proclamemos con nuestros labios y con nuestra conducta que Tú eres santo.

—*Hágase tu voluntad.*

¡Dios mío, cuya voluntad es siempre santa y ordenas todas las cosas con rectitud y con amor! Yo adoro tus designios sobre mí y sobre todas las criaturas y los acepto con humildad y confianza.

Me someto a tu voluntad y te suplico que no me abandones a mis locos y desordenados deseos.

No atiendas, Señor, a mis rebeldías insensatas y no dejes que mi libertad se aparte de tus mandamientos y se entregue a lo que desagrade a tus divinos ojos. Cúmplase tu voluntad santísima y no el gusto caprichoso de mis sentidos.

Bendito seas, Señor, cuando dispones algo sobre mí y cuando no me queda opción para escoger yo mismo mis caminos. Bendito seas, cuando haces fracasar mis planes y cuando quieres que venga sobre mí la contrariedad, la tribulación y el dolor.

Porque entonces, cuando soy más impotente y caigo vencido, comprendo mejor que todo depende de Ti, Dios mío, y que tu voluntad ha de prevalecer para que todo sea ordenado y santo.

—*Perdónanos nuestras ofensas... pues nosotros hemos perdonado*

Vengo a Ti, Dios mío, cargado con mis deudas y mis pecados y te suplico, por tu Hijo y por tu gran misericordia, que quieras perdonarme y darme tu paz y tu gracia.

Perdona, Señor, mis culpas, que reconozco con vergüenza y confusión de mi rostro. Perdona generosamente mis deudas porque yo no puedo pagar y satisfacer por ellas.

Perdóname, Dios mío, por los méritos y por la sangre de tu Hijo Jesucristo, Señor nuestro, que nos mandó acudir a Ti y pedirte perdón.

Perdóname a mí y perdónanos a todos y aparta de nosotros tu ira y tu castigo; hemos merecido la justicia y venimos a implorar tu clemencia, porque eres rico en misericordia y porque tienes entrañas de Padre, aunque nosotros seamos hijos malos y pecadores. No merezco llamarme tu hijo, pero ten piedad perdona mis pecados, Dios mío, misericordia indeficiente.

—*Y ayúdanos a perdonar*

Dame, Dios y Padre mío, unos ojos sin malicia y un corazón sencillo que no se dé por ofendido fácilmente y que no alimente la memoria de las molestias que le infieren.

Aparta de mí, Señor, todo espíritu de venganza y aun todo espíritu de justicia en causa propia. Dame mansedumbre y voluntad de perdón sin represalias,

no sólo frente a los ofensores involuntarios y ocasionales, sino también frente a los maliciosos, reincidentes y protervos.

Como Tú. Padre, me has perdonado a mí tantas veces y sin cesar tendré que acudir a tu misericordia.

—*Líbranos del Maligno.*

Tú eres, Padre, infinitamente bueno y nadie hay de verdad y del todo bueno sino Tú. Por eso, no me dejes caer en los lazos del enemigo, que maquina continuamente contra mí. Anula, Dios mío, las asechanzas y haz infructuosas y vanas sus malas acciones.

Líbrame a mí y líbranos a todos y atiende particularmente a aquellos que se encuentran en más peligrosas ocasiones.

Mira, Dios de bondad, cómo el maligno extiende y multiplica su malicia para, perder a tus hijos, a quienes Jesús vino a salvar.

Mira cómo lucha contra Ti y contra los planes de tu bondadosa y paternal Providencia. Que sus intentos no prevalezcan contra los tuyos.

Líbranos, Señor, del malo, que parece haber conseguido ahora un más intolerable señorío sobre el mundo.

• Contempla y da gracias a Dios

Miércoles I de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: – «Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación.

Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón.

Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás.» (Lucas 11, 29-32)

- Ora

—Y aquí hay uno que es más que Salomón.

Toda la sabiduría de Salomón no se puede parangonar, con una sola palabra tuya, Señor. La curiosidad de saber cosas nuevas o extraordinarias

nos trae de acá para allá y hacemos grandes sacrificios para satisfacer un capricho vano.

¡Y qué poco hago, Jesús, para sentirla hondamente y escucha en lo interior alguna de esas tus palabras sustanciales que llenan y que transforman mi vida!

El que no te encuentra a Ti, nada ha encontrado que valga la pena. En tu comparación todo es nada y vacío.

Sólo Tú, buen Maestro, sobrepasas todo deseo. Sólo tu Amor no defrauda. Haz que viva sólo para Ti.

—Y aquí hay uno que es más que Jonás.

Señor Jesús, todas las grandezas y todas las maravillas del mundo son vulgaridad, si se comparan contigo.

Me seducen a veces y me asombran las cosas que veo y las personas con quienes trato; admiro su hermosura y su ingenio y sabiduría. Y es que apenas te conozco a Ti, Señor, hermosura incomparable, sabiduría eterna del Padre, verdad suprema única.

Te has puesto en contacto con nosotros, te presentas a nuestra vista y hablas tu palabra eterna sensiblemente a nuestros oídos de carne; pero mis sentidos son muy cortos y mi razón es muy raquítica para penetrar el misterio de tu Persona y quedo torpemente enredado en las apariencias sensibles.

Señor, dime quién eres; dime que eres mucho más que cuanto atrae mi admiración y provoca mi asombro en este mundo. Abre mis ojos a tu hermosura y mis oídos a tu verdad y mi corazón a tu misterio.

Señor Jesús, muéstrate a mí como quien eres para que me entregue plenamente a Ti y nada me entretenga de esto con que tropiezo en mi camino.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Jueves I de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: – «Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre.

Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden! En resumen: Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la Ley y los profetas.» (Mateo 7, 7-12)

• Ora

—*Pedid y se os dará.*

Vengo a Ti, Dios mío, como el pobre mendigo que no tiene absolutamente nada y todo necesita recibirlo por misericordia. Vengo a Ti, que eres dueño de los tesoros infinitos. Vengo a Ti confiando en tu palabra y con la esperanza segura de tu socorro. Vengo a Ti, Señor, sin exigencias orgullosas, porque no puedo alegar ningún derecho, sino exponiendo sencillamente mi necesidad. Vengo con las necesidades que conozco y con otras que ni siquiera conozco y que son quizá más graves y más urgentes. Vengo a pedirte lo que yo sé que me hace falta y lo que no sé, pero lo sabes Tú.

Tú me exhortas a venir, para animar mi timidez y mi confianza y para recordarme que todo está en tus manos y todo he de recibirlo de ellas.

Nada tengo, Dios mío, y nada puedo y todos mis esfuerzos son vanos, si no viene de Ti mi socorro.

Dame la humildad de quien está continuamente necesitado de tu misericordia y tu limosna. Soporta mi importunidad. Enséñame a pedir y enséñame a confiar.

—*Cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que le piden.*

Yo confío, Dios mío, en tus sentimientos de padre y me abandono a ellos. Yo sé que Tú

dispondrás de mí mejor de lo que yo puedo pensar o desear.

Muchas veces me molesta la desconfianza o me acongojan los cuidados y las preocupaciones de la vida.

También a veces confieso, Señor, que me perturba algún sentimiento de inquietud o turbación, como si Tú no quisieras atender a mis necesidades.

Perdona, Dios mío, mi poca fe y mi mucha impaciencia. Perdona mi soberbia, que tanto se aferra a su propio parecer y no se aquieta con lo que Tú dispones sabia y benignamente.

Perdona mi egoísmo, que a veces sólo mira a las conveniencias del momento o a las necesidades temporales y a las cosas transitorias de este mundo.

Tú sabes mejor que yo, cuáles son los verdaderos bienes que necesito y que has prometido concederme.

—Tratad a los demás como queréis que ellos os traten.

Me enseñas, Señor, a vencer mi egoísmo con la caridad. Me hablas de una caridad verdadera, que no se detiene en sentimientos o en palabras. Los sentimientos van y vienen. Y Tú quieres, que yo me eleve con caridad permanente sobre los sentimientos mudables.

Tú quieres que ame a todos, sea quienquiera mi hermano y sea cualquiera mi situación, mi caridad ha de ser siempre la misma y ha de estar guiada por el mismo espíritu.

Me mandas querer para él lo que quiero para mí, hacer en su favor lo que querría que otros hicieran conmigo en ese caso. ¡Señor! Cuántas veces he pasado a lo largo del prójimo, sin atenderle.

Pensando en mí mismo, me olvidé de él. Lo abandoné en su necesidad y nada hice.

Este es mi pecado, Señor, que clama delante de Ti. Es el terrible pecado de no hacer. Ayúdame a amar como amas Tú

- Contempla y da gracias a Dios
-

Viernes I de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: – «Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás", y el que mate será procesado. Pero yo os digo: Todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama "renegado", merece la condena del fuego.

Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda.

Con el que te pone pleito, procura arreglarte en seguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto.» (Mt. 5, 20-26)

- Ora

—*Si no sois mejores que los escribas y fariseos.*

No te agrada, buen Maestro, la justicia de los fariseos que es una falsa justicia, porque sólo atiende al orden y reglamentación exterior de las acciones. Ni sale del corazón, ni llega al corazón.

Por eso no se acercan a Ti, Jesús; ni te comprenden, ni te quieren. No pueden llegar a tu misterio, porque ni siquiera intentan llegar cordialmente a lo que aparece en Ti. Como no tienen humildad, tampoco tienen caridad.

Yo aspiro, Señor, a esa santidad interior de que Tú hablas. Purifica mis entrañas con el fuego de tu caridad para que pueda ser santo.

De nada valen mis acciones, por limpias que parezcan, si se apoyan en la estimación de mí mismo. Si terminan en complacencia propia.

Tú, Señor, me miras por dentro, que es donde está la raíz y el impulso de las acciones de fuera. Sólo por dentro está la verdadera santidad.

—*Pero Yo os digo.*

¿Qué me importa, Señor, lo que digan los demás? Tú hablas y toda otra palabra queda anulada. Lo que Tú dices es verdad siempre y tiene firmeza de por sí y comunica tu firmeza a cuanto es firme. Lo que Tú dices, santifica y pacifica y eleva porque lo dices Tú.

Cuando Tú empiezas a hablar, tienen que callar todos los demás maestros; y serán muy sabios, si se hacen discípulos tuyos.

Tú no miras lo que han dicho los demás para atenerte a ello, ni tienes que citar autoridades y confirmar tu doctrina con los dichos ajenos. Porque tu doctrina sale toda del fondo de tu infinita sabiduría y le comunica valor tu propia autoridad.

Otros maestros tienen que demostrarnos las razones de su enseñanza; tienen que dar argumentos para convencernos. Verdaderamente que Tú eres el Maestro y no necesitas dar razones, sino sencillamente hablar.

Maestro, habla en mi corazón. Que en mi corazón se escuche tu voz: «Yo te digo.» Ese «Yo» encierra la suprema razón y la suprema fuerza de todo. Gracias, Señor, por enseñarme con autoridad.

—*Deja allí tu ofrenda ante el altar.*

No es, Dios mío, el don exterior lo que te agrada, sino la disposición interna del corazón.

¡Si yo pudiera poner mi corazón ante tu altar! ¡Si mi corazón estuviera limpio y rebosando de sentimientos santos!

No puedo ofrecerte oblacones hasta que mi corazón no se apacigüe y se purifique. Porque mis oblacones de nada sirven, si reposando en ellas no va el corazón. Señor y Dios mío, extingue en mi corazón el fuego de los rencores y endulza todas las amarguras, para que le sea permitido presentarse ante tu altar.

Acepta Tú, Señor, la reparación que doy a mi hermano por las ofensas que le hice y acepta también la reparación que él quiera darme por las que pudo cometer contra mí.

Y, si alguna cometió, yo le abro mi corazón con humildad y caridad para que no haya ninguna sombra entre nosotros.

Y ahora voy a tu altar, Dios mío, a unir mis ofrendas y mi corazón con las que te presenta tu Hijo Jesucristo.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Sábado I de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos.

Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.» (Mateo 5, 43-48)

- Ora

—*Amad a vuestros enemigos.*

Tu precepto, buen Maestro, es de mucha perfección e imposible de cumplir a la naturaleza.

Es necesaria una grande gracia tuya, que nos eleve sobre todos los motivos humanos y sea más fuerte que los sentimientos del corazón.

Es verdaderamente caridad sobrenatural y divina, la que no encuentra motivos ningunos de la tierra en que apoyarse.

Es una caridad como la tuya. Dios mío, que ama por su propio amor, y sin que aliciente ninguno exterior la reclame.

Una caridad que, como procede de Ti, tiene en sí misma el motivo del amor. Puede más que todos los motivos contrarios, que luchan por negarla y apagarla.

Dios mío, caridad infinita y creadora, que amas por tu propia bondad y haces el bien de propio impulso; que amas antes de ser amado y haces el bien a los que no te aman; que perdonas y te ofreces a los que te odian, pon en mi corazón el amor, el verdadero amor, el que procede de Ti.

—*Sed perfectos como vuestro Padre Celestial.*

¡Cuánta confianza pones en mí Señor! Me das Tu gracia para que llegue a la alta santidad que Tú esperas de mí.

Verdaderamente eres un amigo amantísimo pero exigentísimo. Te digo con S. Agustín: “dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras”. Sólo con tu gracia podré vencer mi pobreza y miseria y alcanzar la alta meta de la Santidad.

- Contempla y da gracias a Dios
-

SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Transfiguración, una experiencia de oración

La liturgia vuelve a proponer este célebre episodio precisamente hoy, segundo domingo de Cuaresma. Jesús quería que sus discípulos, de modo especial los que tendrían la responsabilidad de guiar a la Iglesia naciente, experimentaran directamente su gloria divina, para afrontar el escándalo de la cruz. En efecto, cuando llegue la hora de la traición y Jesús se retire a rezar a Getsemaní, tomará consigo a los mismos Pedro, Santiago y Juan, pidiéndoles que velen y oren con él (cf. Mt 26, 38). Ellos no lo lograrán, pero la gracia de Cristo los sostendrá y les ayudará a creer en la resurrección.

Quiero subrayar que la Transfiguración de Jesús fue esencialmente una experiencia de oración (cf. Lc 9, 28-29). En efecto, la oración alcanza su culmen, y por tanto se convierte en fuente de luz interior, cuando el espíritu del hombre se adhiere al de Dios y sus voluntades se funden como formando una sola cosa. Cuando Jesús subió al monte, se sumergió en la contemplación del designio de amor del Padre, que lo había mandado al mundo para salvar a la humanidad. Junto a Jesús aparecieron Elías y Moisés, para significar que las Sagradas Escrituras concordaban en anunciar el misterio de su Pascua, es decir, que Cristo debía sufrir y morir

para entrar en su gloria (cf. Lc 24, 26. 46). En aquel momento Jesús vio perfilarse ante él la cruz, el extremo sacrificio necesario para liberarnos del dominio del pecado y de la muerte. Y en su corazón, una vez más, repitió su "Amén". Dijo "sí", "heme aquí", "hágase, oh Padre, tu voluntad de amor". Y, como había sucedido después del bautismo en el Jordán, llegaron del cielo los signos de la complacencia de Dios Padre: la luz, que transfiguró a Cristo, y la voz que lo proclamó "Hijo amado" (Mc 9, 7).

Juntamente con el ayuno y las obras de misericordia, la oración forma la estructura fundamental de nuestra vida espiritual. Queridos hermanos y hermanas, os exhorto a encontrar en este tiempo de Cuaresma momentos prolongados de silencio, posiblemente de retiro, para revisar vuestra vida a la luz del designio de amor del Padre celestial. En esta escucha más intensa de Dios dejaos guiar por la Virgen María, maestra y modelo de oración. Ella, incluso en la densa oscuridad de la pasión de Cristo, no perdió la luz de su Hijo divino, sino que la custodió en su alma. Por eso, la invocamos como Madre de la confianza y de la esperanza.

(Benedicto XVI. Ángelus 08.03.2009)

Domingo II de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

Ciclo A

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta.

Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: —«Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: —«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.»

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.

Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: —«Levantaos, no temáis.»

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: —«No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.» (Mateo 17, 1-9)

En los **ciclos B y C** se lee el mismo evangelio en su versión paralela (*Marcos 9, 2-10 y Lucas 9, 28b-36 respectivamente*)

- Ora

—*Se transfiguró delante de ellos.*

Es una transfiguración momentánea que nos habla, Jesús, de tu gloria y de tu majestad eterna. Por unos minutos se manifiestan los resplandores del Verbo, que durante años están represados para que sea posible tu obra de infinita caridad con nosotros.

Veo tu poder en la magnificencia de la transfiguración y veo tu amor incomprensible en la humildad de tu ordinaria figura de siervo.

Eres, Señor, la imagen sustancial del Padre y vives entre los hombres como uno de tantos, en la imagen de nuestra pobre naturaleza humana.

Los discípulos se aterrorizan cuando te ven en tu gloria; pero nuestro terror se disipa y cobramos confianza, cuando te vemos en nuestra humana pequeñez.

Señor, que has venido a transfigurarnos a nosotros, haz que mi vida sea una transparencia de tu amor. Haz que mis obras den testimonios de que soy, por tu misericordia, hijo tuyo.

—*Señor, ¡qué bien se está aquí!*

No, Pedro no sabe lo que dice. Lo bueno no es estar aquí o allí: lo bueno es estar contigo, Maestro. Aunque sea en el calvario.

Calvario y Tabor hablan a los sentidos y traen su sabor, amargo o dulce, al paladar. Pero Tú, Jesús, hablas en lo hondo al corazón. Y esto es lo bueno, lo verdaderamente bueno: sentir que llegas al corazón.

Enciende mis ojos con el misterio, que emana de Ti para que vean tu gloria más que en el rostro transfigurado en el Tabor, en el rostro desfigurado por los dolores y por la muerte. Y más que en los vestidos como la nieve, en tu cuerpo desnudo y ensangrentado.

Sí, enciende mis ojos, Señor, que ahora están medio ciegos por la tibieza de mi fe. Enciéndelos para que vean tanta luz en las tinieblas del Calvario, de tu calvario y del mío; tanta luz, que no me deslumbre y encandile ya el sol del Tabor.

Porque el Tabor no vale nada sin Ti y el Calvario es de infinito valor precisamente porque Tú estás en él.

—*Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.*

¡Qué misteriosa providencia la tuya, Dios mío!
¡Qué contrastes tan deliciosos! Cuando tu Hijo bendito se manifiesta en gloria, entonces te revelas Tú como el Padre.

Cuando por obedecerte, aparece en la cruz cubierto de dolores e ignominia, Tú te ocultas y lo abandonas, como si no fuera tu Hijo.

¿Qué pretendes, Señor? Te escucho en el Tabor, como Tú quieres, y oigo que habla de su muerte. Le miro en el Calvario y lo veo padeciéndola.

Siempre lo mismo, Dios mío: la lección de la muerte y del sufrimiento hasta el final. La lección que me parece imposible de asimilar, la que no acabo nunca de aprender en la práctica de mi vida. Me la predicas, Maestro, primero en tu gloria y luego con tu propio dolor.

La muerte del Hijo predilecto, a quien el Padre envía para enseñarme. El absoluto desprendimiento de todo, aun de la gloria debida al Hijo, aun del consuelo y las satisfacciones propias del Hijo.

Por eso, para que el desprendimiento sea efectivo, cuando llega el momento, te abandona el Padre. Ya sé, Dios mío, por dónde van los misteriosos caminos de tu providencia.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Lunes II de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:— «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros.» (Lucas 6, 36-38)

- Ora

—*No condenéis y no seréis condenados.*

Tú, Señor y Dios mío, sólo Tú sabes hasta dónde llega el conocimiento, la libertad y la responsabilidad de cada uno en sus acciones. Sólo Tú sabes cuáles son los agravantes y los atenuantes. Los impulsos conscientes e inconscientes de dentro, que cada uno tiene que vencer, las presiones de fuera, tanto generales del ambiente, como personalísimas para cada uno; las posiciones inevitables de cada punto de vista, lo que arrastra consigo la educación o la herencia constitucional, la ignorancia o la buena fe: todo lo sabes Tú.

Tú eres el único que puedes juzgar con verdad y puedes atinar en la justísima sentencia. Tú eres el único, Señor, que tienes autoridad para llamar a

juicio y pronunciar tu palabra sobre nuestras acciones.

¿Qué sé yo o quién soy yo para juzgar a mis hermanos? Aparta de mí, Dios mío, todo juicio y toda palabra de condenación.

Yo sé que necesito de tu misericordia; no me queda sino usar de clemencia con todos, para merecer la tuya.

—*Dad y se os dará.*

Que siguiendo tu doctrina, buen Maestro, yo no cierre nunca mi corazón, ni mi mano. Que nunca me niegue a dar, cuando puedo dar. Que dé de lo mío y que me dé a mí mismo. Mi consejo, mi consuelo, mi aplauso, mi sonrisa, mi trabajo, mi tiempo, mi limosna.

Que dé siempre y a todos. Lo que tenga, lo que sepa, lo que pueda. Que dé, Dios mío, sin reparar a quién, sin buscar reconocimiento, sin mirar si yo necesito lo que me piden, sin el deseo manifiesto o secreto de que me den luego a mí.

Que dé como quien te da a Ti mismo, para pagar la infinita deuda que tengo contigo. Porque cuando Tú das, Señor, a tus criaturas, das para que ellas repartan profusamente y llegue a todos.

Dios mío, universal y generoso dador, cuya mano no se cierra nunca. Dios mío, que después de haber dado tus dones, te has dado a Ti mismo. Mira cuán grande y cuán absoluta es mi indigencia.

Haz que yo no mire nunca lo que necesito, sino lo que necesitan los demás.

— *La medida que uséis, la usarán con vosotros.*

Dios mío, haría falta una medida muy grande para apreciar mis pecados y bastaría una medida muy pequeña para mis méritos y virtudes.

Sin embargo, la ley de tu equidad es sorprendente, porque quiere aplicarme la misma medida que yo empleo con los demás. Será medida de benevolencia o de rigor, según sea benévolo o riguroso con los otros.

Así me incitas, Jesús, a la caridad y a la mansedumbre que, por tantos títulos, debo ejercitar siempre con mis hermanos.

Así me recuerdas que Tú te inclinas siempre a la misericordia. Olvidas las deficiencias y las ofensas, disimulas nuestros pecados y los perdonas y premias largamente nuestros escasos merecimientos. Tal es tu infinita caridad y la grandeza de tu corazón.

Yo no condeno, Señor, no quiero condenar, no quiero que se haga justicia ninguna en los que me ofendan.

Quiero perdonar siempre y perdonarlo todo, porque necesito, Dios mío, continuamente que Tú me perdones y cierres los ojos a mis iniquidades.

• Contempla y da gracias a Dios

Martes II de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: – «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar.

Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame maestros.

Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar consejeros, porque uno solo es vuestro consejero, Cristo.

El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.» Mateo (23, 1-12)

• Ora

—Haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen.

No permitas, Señor, que yo sea maestro de palabras y no maestro de obras. No permitas que mis obras contradigan a mis palabras, ni que mis palabras digan mentira.

Y no permitas tampoco que a mí me desorienten de la recta verdad las malas obras que veo en los que están arriba.

Tan sólo Tú, buen Jesús, sabes decir y hacer. Todo otro maestro es imperfecto en sus enseñanzas y mucho más en sus obras.

Sólo Tú, Jesús, eres el camino seguro y el modelo perfectísimo que me ha dado el Padre para que lo imite. A Ti quiero seguirte con mis vehementes deseos y con mis débiles pasos.

Lo que Tú haces y no lo que hacen los demás. Haz, Señor, que ésta sea la luz de mi vida.

—Ellos no hacen lo que dicen.

Concédeme, buen Maestro, el enseñar a todos con la doctrina de los santos ejemplos. Aunque me falten las palabras, que no me falten las buenas obras.

Porque no puedo hablar siempre, ni Tú quieres que hable siempre y a todos, pero quieres que siempre lleve una vida santa.

Muchos pequeño no entienden el lenguaje de las palabras, pero les llega al corazón lo que ven con sus ojos.

Como los ejemplos de tu santísima vida, dulce Jesús, me enseñan a mí el misterio de tu doctrina. No comprendería lo que dices, si no viera lo que haces.

Por eso, no sólo te debo a Ti, Señor, y me debo a mi la santidad de mi vida, sino que se la debo también a mis hermanos y a todos los que me miren. Debo por verdadera caridad llevarlos a Ti para que te conozcan y te alaben a Ti solo, de quien todo bien procede.

Porque sólo es don tuyo y fortaleza que Tú infundes, si podemos hacer alguna buena obra con sincera verdad y con perseverancia.

Entonces mis palabras, cuando hablo la doctrina tuya, tienen fuerza. Y, si no hablo, el silencio hace que resplandezca más límpidamente el buen ejemplo.

—Todo lo que hacen es para que los vea la gente.

Los fariseos sólo buscaban aparentar. Su vida era una mentira. También yo soy un poco fariseo.

Tú ves la desnudez de mi corazón y la raíz oculta de mis sentimientos y de mis acciones

Aun yo mismo me avergüenzo muchas veces de lo que veo dentro de mí, cuando los demás tal vez

me alaban por lo que ven por fuera. Y así es la mía una vida muchas veces falsa y contradictoria.

Estoy pobre, Dios mío, y triste en mi interior, porque sé que mi corazón no puede presentarse tal cual es en la verdad de sus deseos.

De nada me sirve que los otros me quieran, cuando luego en mi soledad veo las caretas de mi vida. No me atrevo a mirarme de frente y mucho menos a presentarme, Señor, con sencillez delante de Ti.

Los disfraces cubren mi miseria a los ojos de los hombres, pero no la suprimen. Y ahí está, Dios mío, aguardando que tu misericordia se incline sobre mi corazón para sanarlo.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Miércoles II de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, mientras iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo: – «Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará.»

Entonces se le acercó la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: –«¿Qué deseas?»

Ella contestó: –«Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.»

Pero Jesús replicó: –«No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?»

Contestaron: –«Lo somos.»

Él les dijo: – «Mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre.»

Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo: –«Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que, los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos.» (Mateo 20, 17-28)

• Ora

—*Y se postró para hacerle una petición.*

¡Cuántas veces, Señor Jesús, me postro también yo, como aquella mujer, para llevarte y presentarte mis peticiones!

Pero con frecuencia veo que sé rezar, pedirte con confianza. Me falta sencillez de corazón y pureza de alma para pedir lo que verdaderamente me conviene y a Ti te agrada.

Hoy me postro ante Ti, Jesús, para suplicarte que no tomes en consideración ni mis miedos, ni mis pobrezas, que me gobiernes Tú mismo según los proyectos de tu sabiduría y de tu infinita caridad.

Me postro ante Ti y no te pido otra cosa sino que siempre y en todo sea conmigo como Tú quieres.

—*El que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo.*

El primero, buen Jesús, es el que está más cerca de Ti y bebe de tu espíritu con mayor abundancia. Y, por eso, el primero no es el que manda, sino el que sirve. Tú eres, Jesús, el Unigénito y eres además el primogénito entre muchos hermanos; eres el principio y la cabeza de toda criatura. Y, por eso, sirves a todos, porque tienes más medios y más amor.

Sirve, Señor, el que puede y el que ama. Por eso sirves Tú. Por eso han de servir cuantos tienen más que los demás.

Esa es precisamente la misión de tu poder. No es reclamar servicios, sino prestarlos. El poder y la primacía sin amor sólo es tiranía de la fuerza; con amor, es la voluntad y la prontitud para el servicio.

Así has dispuesto Tú, Dios mío, las cosas con amorosa Providencia: junto a los débiles, a los inferiores que están más bajos y más necesitados y son los últimos, has puesto a los fuertes y a los que tienen y son los primeros.

Y has dispuesto que el poder supremo sea la suprema esclavitud.

—El Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir.

Tu espíritu, buen Maestro, es espíritu de servicio. Espíritu de servicio humilde, abnegado, caritativo. Y para eso has querido ser Hijo del hombre, aunque eres Hijo de Dios.

No sirves por necesidad, sino por amor. Y como tu amor nunca cesa, sirves siempre, sirves hasta la abnegación totalísima de Ti mismo.

Has venido a ponerte al servicio del Padre, a buscar las cosas de tu Padre y hacer su voluntad.

Y, por amor al Padre, nos sirves también a nosotros, que somos hermanos tuyos, aunque indignos y pecadores. Sirves a tu Padre, sirviéndonos a nosotros.

Que yo esté, como Tú, a disposición de todos, en sus necesidades, en sus deseos. Cuando pidan mis

servicios y cuando no me los pidan y aun cuando no los necesiten.

Señor Jesús, enséñame a servir en todo y a todos, aunque yo quede esclavizado y abandonado, sin que nadie me sirva.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Jueves II de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: – «Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banquetecía espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas.

Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán.

Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritó: "Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas."

Pero Abrahán le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez

males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros."

El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento.

Abrahán le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen."

El rico contestó: "No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán."

Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto". (Lucas 16,19-31)

- Ora

—Un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas.

¡Como Lázaro hay tantos, buen Maestro, en el mundo! ¡Hay tantas llagas, que están esperando una mano compasiva y un poco de bálsamo que las suavice!

Hay muchas llagas que ven también mis ojos, a poco que quiera abrirlos, y que excitan la compasión del corazón más duro.

Hay otras muchas que sólo ven tus ojos, Señor, porque están ocultas en lo más escondido de las entrañas.

Hay llagas que se manifiestan y hacen ostentación de su propia podredumbre y hay llagas que se recatan, porque son tan íntimas y tan pudorosas que tienen vergüenza de aparecer a la luz.

Compadécete de todas, buen Jesús, con tu inmensa caridad. Derrama tu caridad y tu compasión en nuestros corazones duros o indiferentes. Envía ojos solícitos que las vayan buscando y manos dulces que las curen en tu nombre y con tu misma misericordia.

—*Murió también el rico.*

Parece que el pobre tenía que morir, según era su necesidad y su miseria. Pero al rico no le libran sus riquezas y sus banquetes.

Señor, todos vamos compareciendo ineludiblemente ante tu presencia y a nadie es posible detener la hora que Tú tienes fijada.

¡Los caminos de este mundo son tan diferentes para unos y para otros! Pero el término de ellos es irremediable e igual para todos. Muy necio es, Dios mío, el que no lo tiene en cuenta; el que se marea y pierde la cabeza con las fortunas de este mundo o el que se abate excesivamente, porque no le va bien.

Torpe es el que no ordena la vida, para dar con seguridad y con paz el último paso. Es vano entregarse a la disipación de una vida frívola, sin

pensar que es breve y que Tú, Dios mío, aguardas tras ella.

En tus manos me entrego, Señor, para que dispongas a tu placer de mi vida y de mi muerte. En Ti pongo mi confianza mientras vivo y para cuando muera.

—*No harán caso ni aunque resucite un muerto.*

Nos enseñas, Jesús, que de nada servirán los hechos más extraordinarios al que tiene cerrado su corazón. Porque no está en la falta de pruebas el porqué de nuestro endurecimiento, sino en que no queremos abrirnos dócilmente a recibir tus gracias.

Tu dulce presencia, tu amor y el dolor de tu cruz son los motivos más eficaces para conmoverse, si yo no me resistiera a ser conmovido.

Y me excuso con que no tiene suficiente luz mi inteligencia, con que no me aparece clara la verdad, cuando realmente es mi afición a las cosas sensibles lo que me retiene en mis torpes resistencias.

Habla, Jesús, directamente a mi corazón, porque Tú sabes que no es la cabeza la que mueve a la voluntad, sino la voluntad transformada por el amor la que disipa las nieblas que envuelven a la inteligencia. Entonces en cualquier pequeña palabra, pronunciada por la menor de tus criaturas, se me descubre toda la fulgurante luz de tu verdad.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Viernes II de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: —«Escuchad otra parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje.

Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores, para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon.

Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: "Tendrán respeto a mi hijo." Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: "Éste es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia." Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron.

Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?»

Le contestaron: —«Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a sus tiempos.»

Y Jesús les dice: —«¿No habéis leído nunca en la Escritura: "La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente"? Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos.»

Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y, aunque buscaban echarle mano, temieron a la gente, que lo tenía por profeta. (Mateo 21, 33-43 45-46)

- Ora

—*La arrendó a unos labradores y se marchó.*

Todo cuanto tengo, Dios mío, lo he recibido de Ti, en arrendamiento. Es cosa tuya y no puedo disponer de ello a mi libre voluntad. Ni siquiera puedo dejarlo perezoso e improductivo, como tierra baldía que no sirve para provecho de nadie.

Tiene que fructificar y debo trabajar sobre ella para que, efectivamente, fructifique. Esta es la responsabilidad que me imponen tus dones, Señor.

No he de mirar a mi comodidad o a mi trabajo, sino al fin de esos dones y al bien común. Porque no son dones para mi enriquecimiento personal, sino para mi trabajar con ellos y para provecho de todos.

La salud que me has dado, la ciencia y los conocimientos, la experiencia de la vida o las

habilidades o las riquezas, todo ha de ser empleado como Tú quieres y puesto a rendimiento para que su utilidad se extienda a todos tus hijos.

Tuyo es este inmenso capital y Tú contratas mi mano de obra por el tiempo que a Ti te place. Tu campo es grande y su tierra es buena, pero yo soy un insensato cuando me olvido de que todo es tuyo y de que he de darte los frutos de mi labor.

—Por último, les mandó a su hijo.

¡Dios y Señor de todos, que aguardas con inagotable paciencia y no ahorras ningún medio para hacer que retrocedamos de nuestro mal camino!

¡Padre eterno, que has enviado a tu mismo Hijo, para darnos tu perdón y para recibir de nosotros nuestra obediencia!

Señor Jesús, que vienes como enviado del Padre, no para perdernos sino para reconciliarnos con El y conmover nuestro endurecido corazón. Que no se cierre mi corazón a tu palabra y a tu misericordia. No permitas que yo me obstine en mi soberbia como aquellos arrendatarios homicidas. No te canses, Señor, de llamarme cuando yo me aleje.

Envíame tus emisarios que no me dejen descansar en mi falsa tranquilidad. Revuelve mi conciencia para que no pueda sosegar de día ni de noche por los remordimientos. Tortúrame con el temor, Dios mío, y abre mis ojos ciegos para que

reconozca a tu Hijo y se disuelva la dureza de mi obstinación.

Preséntate, Señor Jesús, ante todo corazón cerrado y llama en él sin cansancio hasta que las puertas se te abran.

—*¿Qué hará con aquellos labradores?*

No apeles, Dios mío, a la justicia y ten misericordia de nosotros. La sangre de tu Hijo, derramada por nuestras manos, merece que se haga justicia, pero ella misma pide misericordia.

No somos dignos, Señor, pero haznos dignos Tú, por tu Hijo Jesucristo. Míralo a Él y que su obediencia fidelísima pueda más ante Ti que la muchedumbre y la gravedad de nuestros pecados.

No te pido por mí sólo, aunque yo lo necesito más que nadie. Te pido también por todos los que estamos a punto de perecer, si miras nuestras iniquidades.

Escucha, Señor, la oración de un desgraciado, aunque salga de labios tan pecadores. Escúchala por la misericordia con que enviaste a tu Hijo y por la misericordia con que tu Hijo vino a morir por nosotros.

¿Qué harás con nosotros, Señor? Estamos en tus manos y no podemos escapar de ellas.

Aunque la vista de mis pecados abate mi cabeza y me induce a desconfiar, la vista de tu Hijo muerto

reanima mi corazón y enciende en él un rayito de esperanza.

¡Dios mío, Señor de la vida, Padre de tu Enviado! ¿Qué harás con nosotros, Señor?

- Contempla y da gracias a Dios
-

Sábado II de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: – «Ése acoge a los pecadores y come con ellos.»

Jesús les dijo esta parábola: –«Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna." El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo habla gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros."

Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo."

Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado." Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó:

"Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado con salud.

Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me

has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado."

El padre le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado." (Lucas 15, 1-3. 11-32)

- Ora

—Derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

¡Dios mío!, ¿qué he hecho yo con las gracias que Tú has puesto en mis manos? Tesoros que has ido acumulando sobre mí desde los días de mi infancia.

No puedo recordar sin emoción y sin vergüenza lo que Tú me diste y lo que yo he disipado locamente. Mi irreflexión y mi ligereza casi siempre, mi malicia muchas veces ha jugado con tus gracias y las ha dejado perder con insensato derroche.

Ahora aquí estoy con las manos vacías, en mi pobreza vergonzosa. ¿Cómo voy a pedirte, Señor, nuevas gracias? Soy un pródigo, a quien hay que incapacitar para que no siga disipando tantas riquezas.

Lo he merecido, Dios mío, y no sé qué decirte sino confesar mi insensatez y estar a lo que Tú

quieras disponer de mí. Que esto sirva para matar mi orgullo. Soy un pobre, a quien han sumido en la miseria sus propias locuras.

Mi ruina es tan grande, que ni siquiera merezco la compasión, porque yo mismo la he provocado.

¡Dios mío, aquí estoy con mis manos vacías!

—*Yo aquí me muero de hambre.*

Bendita, Señor, tu providencia cuando amontonas las desgracias sobre el pródigo que se alejó de Ti, buscando su libertad y los placeres de la vida.

Es misericordia tuya el que sus planes fracasen y las cosas no le sucedan como había esperado; porque entonces el desengaño le invita a reflexionar y se despiertan en él los deseos de volver a la casa del Padre.

Sus desgracias materiales le abren los ojos y comienza a ver otras desgracias más tristes y otras hambres más hondas, en que antes no reparaba aturdido con el vértigo de la vida y borracho con las placenteras sensaciones.

Eres bueno, Dios mío, cuando nos llamas a Ti, por el dolor; cuando suscitas en mi conciencia el hambre y la sed, que las cosas de este mundo no pueden calmar.

Eres bueno, cuando haces que las criaturas me vuelvan las espaldas y me abandonen; cuando haces

que me encuentre solo y pobre y triste y tenga que acudir a Ti hasta por pura necesidad.

Eres bueno, Señor, cuando remueves hasta mi elemental egoísmo para que tenga que echarme en tus brazos de Padre.

—Me pondré en camino adonde está mi padre.

Tus palabras, Maestro, han quedado enterradas como semilla de bendición en innumerables corazones. Cuando más grande era su desgracia, más cerca estaba su salvación.

De la sima desesperada de su abandono, cuando el desengaño y el hastío lo ahogaban, el corazón se decidió a volver a Ti, oh Padre.

¡Que sea bendita tu misericordia, cuando haces que no encontremos paternidad acogedora, ni amor fuera de Ti!

Mi petulancia creyó que nada me faltaría, que yo sabría valerme en las peripecias de la vida y que los amigos reaccionarían, en caso necesario, con simpatía y benevolencia. Y he tropezado por todas partes con el egoísmo; con el mismo egoísmo, que yo tuve, cuando me aparté neciamente de Ti.

Gracias, Señor, porque he encontrado cerradas todas las puertas y se ha pulverizado mi soberbia. Aquí estoy, Padre, con la frente hundida y el rostro cubierto de vergüenza. A Ti vengo, de quien nunca debí apartarme.

He hecho mi jornada ásperamente y a mis miembros cansados sólo los sostenía esta esperanza.

—*Ya no merezco llamarme hijo tuyo.*

No soy digno, Señor, de que me mires con ojos de Padre y de sentarme contigo a tu mesa con los hijos que te han sido fieles y nunca han abandonado tu casa.

No soy digno, Señor. Vengo con las manchas de todas mis abominaciones y con los pies rotos por todos mis extravíos.

Ni siquiera vengo impulsado por el amor, sino forzado por mi necesidad y por mi negra suerte. Vengo porque no tengo más remedio que venir y porque me aterra el miedo de perecer definitivamente.

Pero este miedo, Dios mío, ha removido recuerdos pasados; y estos recuerdos ponen en mi corazón una centella de esperanza y presiento que esta centella va a encender otra vez las llamas del amor. No mires, Señor, a mi indignidad, sino a mi necesidad.

Vengo porque advierto que Tú me estás llamando con estas desgracias y con estos miedos y con estos recuerdos y esta esperanza.

No soy digno, Padre, de que me llamen hijo tuyo, aunque en realidad lo soy y llevo tu imagen sobre mi frente abatida.

—*He pecado contra el cielo y contra ti.*

No sé qué decirte, Señor. No me atrevo a llamarte padre. Aunque Tú me estás demostrando que lo eres, si bien yo no supe ser hijo tuyo.

He pecado contra el cielo, que me mandaba honrar y amar a los padres. He pecado contra Ti, porque Tú siempre habías sido bueno conmigo.

No vengo por el antiguo amor y por las caricias de antes, Señor, yo no soy digno de ser tu hijo. Vengo porque me muero de hambre, porque estoy abandonado, porque no sé qué hacer, porque voy a morir.

Ya ves, Señor, que ni siquiera vengo por amor, sino por egoísmo. Vengo por purísima necesidad. Pero ahora empiezo a sentir que también se despierta mi amor, porque yo no me esperaba este abrazo tuyo.

Me hubiera bastado un pedazo de pan y estar en tu casa y una mirada tuya. No esperaba tanto, Padre. Y ahora veo también que mi pecado era mucho más grande, por lo mismo que Tú eres más bueno. ¡He pecado contra Ti!

—*Todo lo mío es tuyo.*

¡Dios de infinita caridad, que te dignas ser mi Padre y quieres que yo me considere y sea hijo tuyo!

Señor inmenso y Padre bueno, que me comunicas, en cuanto puedes, todos tus bienes, que deseas que sean mías todas tus cosas.

¿Cómo pones en mis manos tantos tesoros, que no sé apreciarlos, ni aprovecharme de ellos para mi bien y el de mis hermanos?

Ábreme los ojos e ilumínalos con la luz de la fe y dame a conocer cuántos beneficios me haces continuamente. Me dejas disponer de todos los tesoros de tu misericordia, con sólo que quiera pedirlos y gozarlos.

Abiertos los tienes para mí, como si fueran cosa mía, como bienes destinados para el heredero de tus riquezas.

Porque así es, Señor, que me has hecho hijo y heredero, a quien nada puede negarse. A mí, que nada tengo y nada soy por mí mismo, me has hecho todo y me lo has concedido todo y me has llamado a excelsos destinos.

Pero yo soy tan ciego, como niño insensato, que me encapricho con las mil bobadas de la tierra, como si tuvieran algún valor.

Ando tras ellas. Y, aunque me dejan tan vacío como antes, por ellas olvido, Señor, que todas tus cosas son mías.

- Contempla y da gracias a Dios
-

TERCERA SEMANA DE CUARESMA

Nexo entre el Tiempo cuaresmal y el Bautismo

En los domingos de Cuaresma, somos introducidos a vivir un itinerario bautismal, casi a recorrer el camino de los catecúmenos, de aquellos que se preparan a recibir el Bautismo, para reavivar en nosotros este don y para hacer de modo que nuestra vida recupere las exigencias y los compromisos de este Sacramento, que está en la base de nuestra vida cristiana.

Desde siempre la Iglesia asocia la Vigilia Pascual a la celebración del Bautismo, paso a paso: en él se realiza ese gran misterio por el que el hombre, muerto al pecado, es hecho partícipe de la vida nueva en Cristo Resucitado y recibe el Espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos (cfr Rm 8,11). Las Lecturas que escucharemos en los próximos domingos y a las que os invito a prestar especial atención, se toman precisamente de la tradición antigua, que acompañaba al catecúmeno en el descubrimiento del Bautismo: son el gran anuncio de lo que Dios obra en este Sacramento, una estupenda catequesis bautismal dirigida a cada uno de nosotros.

Queridos amigos, recemos a María santísima, que nos acompaña en el itinerario cuaresmal, a fin

de que ayude a cada cristiano a volver al Señor de todo corazón. Que sostenga nuestra decisión firme de renunciar al mal y de aceptar con fe la voluntad de Dios en nuestra vida.

(Benedicto XVI, 9 de marzo de 2011)

Domingo III de Cuaresma

Ciclo A

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía.

Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: —«Dame de beber.»

Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.

La samaritana le dice: —«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.

Jesús le contestó: —«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva. »

La mujer le dice: —«Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?»

Jesús le contestó: —«El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.»

La mujer le dice: —«Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla.»

Él le dice: —«Anda, llama a tu marido y vuelve.»

La mujer le contesta: —«No tengo marido.»

Jesús le dice: —«Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad.»

La mujer le dice: —«Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén.»

Jesús le dice: —«Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos.

Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le

den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto soy deben hacerlo en espíritu y verdad.»

La mujer le dice: —«Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo. »

Jesús le dice: —«Soy yo, el que habla contigo.»

En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: «¿Qué le preguntas o de qué le hablas? »

La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente:

—«Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será éste el Mesías?» (Juan 4, 5-29)

- Ora

—Cansado del camino.

Me consuela y emociona, Maestro, verte cansado de la dura jornada.

Es otra prueba de que no has querido ahorrarte ninguna de nuestras humanas penalidades. Lo vas probando todo y ya conoces por experiencia a qué sabe el ser hombre.

No tengo derecho a quejarme de mis trabajos. Me basta mirarte a Ti para que los acepte con alegre corazón, porque Tú has querido correr primero mi misma suerte.

¡Qué bueno eres, Señor, hasta en estas humildes peripecias de cada día! Es un episodio vulgar, como

en cualquier existencia de los hijos de los hombres. Pero no es vulgar en Ti, ni es vulgar la enseñanza que a mí me trae. Es una fatiga y un cansancio que Tú aceptas por amor y para que yo me avergüence, si me canso de servirte.

Es grande tu cansancio, pero es mucho más grande el amor. Y porque el amor es grande, el cansancio parece pequeño.

Es un cansancio que hace descansados mis trabajos y que me alienta en las fatigas de mi vida.

—*¡Si conocieras el don de Dios!*

Estoy rodeado, Señor, de tus maravillas y de tus dones; y camino entre ellos, sin darme cuenta.

Podría ir de sorpresa en sorpresa y enriquecerme con el oro que continuamente derramas a mis pies. Y voy siempre pobre y mendigando, como si mis plantas desnudas no pisaran más que el barro de la calle.

Lo veo y lo miro todo y me acerco a todas las criaturas en expectativa alerta. Y se me escapa tu don divino.

Enséñame, Maestro, señálame con el dedo dónde está y aparta mi atención de lo que me distrae. Rompe la corteza y la concha con que me engaña y descúbreme la perla escondida.

¡La samaritana creyó que le hablaba un judío cualquiera; y eras Tú! Preocupada con sus pensamientos y con los odios de razas y de pueblos,

no advirtió que la llamaba tu amor y que estaba en la más extraordinaria coyuntura de su vida.

¿De qué me sirve, Jesús, que vengas hasta mí, si yo no conozco el don de Dios?

—*Nunca más tendrá sed.*

Dame de esa agua, Señor. Haz que brote dentro de mí la fuente viva. Esa fuente viva es la maravilla de tu verdad, que se puede contemplar siempre y que, por eso, hace que nunca se sequen las entrañas y venga la sed.

Es la delicia de tu comunicación y de tu amor, que no se interrumpe y que calma directamente mis anhelos. Llegue hasta mí, Jesús, siquiera un hilito de esa fuente, que me haga nauseabunda toda otra agua.

No me interesa el pozo de Jacob. Esa es un agua de la cual pueden beber también los ganados del pastor. Me interesa el agua que Tú das, Maestro, que va directamente al corazón y que nada dice al gusto o al paladar de los sentidos.

No te preocupes de mis sentidos; déjalos en su sed. Pero dame de esa otra agua, que brota de tu corazón y de tus labios.

—*Soy yo, el que habla contigo.*

¡Cómo te descubres inesperadamente a una pobre mujer, Maestro! Tú que administras con tanta cautela el misterio de tu Persona y lo vas

manifestando sólo gradualmente a los fariseos y doctores, te revelas de golpe y sin rodeos a una pecadora.

Al final de tu vida todavía están ansiosos los sabios por saber la verdad sobre Ti, y esta mujer del pueblo la sabe desde el primer momento.

¡Bienaventurado el corazón sencillo, a quien Tú te manifiestas! ¡Bienaventurado el que en sus propias culpas aprendió la humildad!

Señor, dame la sencillez para no resistir a la verdad, para que mis tinieblas no ahoguen tu luz.

¡Qué fría es y qué ignorante la sabiduría, si no te manifiestas Tú!

- Contempla y da gracias a Dios
-

Ciclo B

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: —«Quitad esto de aquí; no convertáis en un mercado la casa de mi Padre.»

Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: «El celo de tu casa me devora.» Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: —«¿Qué signos nos muestras para obrar así?»

Jesús contestó: —«Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.»

Los judíos replicaron: —«Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?»

Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y, cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.

Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.(Juan 2, 13-25)

- Ora

—No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre.

¡Maestro, cómo te inflamas contra los que degradan la casa de tu Padre! Azotas a los profanadores irreflexivos, Tú que te dejarás azotar por los malvados. Azotas primero y, como supremo remedio, te dejas luego azotar Tú mismo.

Señor, yo prefiero que me azotes, con tal de abrir mis ojos a la verdad, ya que no se abren con la dulce persuasión de tus palabras.

Que yo no profane nunca lo que es santo y no mezcle mis intereses materiales y mis egoísmos utilitarios con la piedad del espíritu.

Que mi oración sea siempre una entrega humilde de mí mismo y una aspiración a los bienes de lo alto.

Y que este templo de mi alma, escogido para morar el Espíritu Santo, no caiga en poder de mis concupiscencias profanas.

Señor, arroja con violencia de mí todo lo que desdice de la santidad de este templo.

—Destruid este templo y en tres días lo levantaré.

Señor, hablas palabras misteriosas, que entonces no comprendieron y no podían comprender los judíos que ni siquiera comprendieron entonces tus discípulos.

Envueltas en su misterio bastaban para hacer que callasen tus enemigos en aquella ocasión e indicaban tu autoridad y tu poder. Pero el sentido profundo se manifiesta cuando tu cuerpo destruido se levanta del sepulcro.

Y no necesitas tres días para reconstruir el templo derribado; te basta un solo instante y, en realidad, la obra de reconstrucción fue de un

instante. Pero convenía que pasaran tres días para que nadie pudiera dudar de la destrucción y, por tanto, de tu incomparable poder.

Tú santificas lo profanado. Tú levantas lo destruido: esto es lo que nadie hubiera sido capaz de hacer entre nosotros y para eso vienes al mundo.

Jesús, levanta y santifica Tú lo que mis manos pecadoras han dañado en mi alma y en tantas almas. Sólo tu misericordia y tu poder lograrán levantar lo que yo he derribado.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Ciclo C

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquella ocasión se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó:

—¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no. Y si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.

Y les dijo esta parábola: Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró.

Dijo entonces al viñador: –Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?

Pero el viñador contestó: –Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, el año que viene la cortarás. (Lucas 13, 1-9)

- Ora

–¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás?

Yo soy, Dios mío, tan pecador como aquellos galileos y como cualquier otro pecador sobre la tierra. No puedo estimarme en más, aunque mi vida parezca tal vez intachable a los ojos de los hombres. El pecado, Dios mío, está en el fondo de cualquier corazón que no se entrega plenamente a Ti.

Tengo que volver mi corazón a Ti, Señor y Dios mío, con sumisión total y humildísima a tu santa voluntad.

Soy pecador porque siempre hay algo en mi, aun en mis mejores momentos, que intenta emanciparse de Ti e imponer su autonomía. ¿Qué haré para que todo se subordine en silencio, sin resistencias a tu amor?

Que tu gracia realice en mi corazón esa conversión tan necesaria, en que consiste la verdadera penitencia.

—*Fue a buscar fruto en ella.*

Me enseñas, Maestro, con una parábola tan transparente, que no puedo dudar de la lección que quieres darme. Me haces reflexionar sobre la esterilidad de mi vida.

Soy higuera, que no da el fruto que de ella se esperaba. El que esperabas Tú, Dios mío, porque Tú me plantaste y cuidaste de mí.

Tengo una misión recibida de Ti y con ella los medios para realizarla. No has faltado Tú, Señor; no puedo pedirte más. Es mi pereza, mi poco espíritu de mortificación y mi amor a la comodidad; es mi egoísmo el que se encierra en la inutilidad de mi existencia.

Tantas necesidades de otros, a cuyo lado paso sin molestarme, sin prestar mi ayuda. ¡Cuántos se acercaron a mí, buscando el fruto y encontraron a lo sumo buenas palabras, apariencias y sólo apariencias, que no calman las hambres!

Muchas veces vivo para mí y sin comprender que el árbol de mi vida es tuyo, y que Tú quieres un árbol fecundo, de cuyos frutos pudieran todos satisfacer su necesidad.

Hoy lo comprendo, Maestro, con tu parábola. La razón de mi vida es ésta: el árbol para Ti y los frutos para los demás.

—¿Para qué va a ocupar terreno en balde?

Me aterra, Señor, la inutilidad de mi vida. Me decepcionan estas mis manos vacías. Han pasado años y yo debiera estar cargado de buenas obras, como la higuera bien cultivada lo está de sus frutos.

Pero mi rendimiento no corresponde a los beneficios recibidos y a los cuidados que sobre mí ha multiplicado tu providencia.

Nada ha faltado, Dios mío, de lo que era necesario para que mi vida fuese fecunda. Los demás esperaban con razón que revertisese también en algún beneficio de ellos lo que Tú hacías conmigo. Han sido pocos y han sido mediocres los frutos que este árbol ha producido.

Señor, tengo miedo de que quieras ya arrancar definitivamente un árbol tan improductivo. Ten paciencia conmigo. Aguarda, Señor, un poco y concédeme otra oportunidad, que no quiero defraudar tus esperanzas.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Lunes III de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús al pueblo en la sinagoga de Nazaret:

—«Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio.»

Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo.

Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.
(Lucas 4, 24-30)

- Ora

—Ningún profeta es bien mirado en su tierra.

Las apariencias y las rutinas de la vida me engañan muchas veces, Señor. Pienso, por ejemplo, que no puede ser profeta, ni santo el que convive conmigo. Veo que es un hombre como yo, sujeto a mis mismas necesidades, y no quiero concederle superioridad ninguna sobre mí. La envidia y la soberbia cierran muchas veces mi corazón.

Pero Tú, Señor, inspiras donde quieres y escoges tus instrumentos según tu voluntad, sin atender a circunstancias de la tierra.

No permitas, Señor, que consideraciones terrenas cieguen mis ojos a tu luz. Háblame por quien Tú quieras y dame humildad para recibir y escuchar al que viene a mí con tu mensaje.

Dame la fe suficiente para rasgar las apariencias de cosas, circunstancias y personas y ver en ellas siempre tu presencia providente.

— *Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos.*

No era eso, Maestro, lo que ellos esperaban de Ti. Los has defraudado. A pesar de que tus palabras han sido tan discretas.

Ellos sólo quieren ventajas y privilegios, por ser Tú del pueblo. Ventajas materiales, milagros.

Y comprendieron inmediatamente que no habría nada de eso. Pero no comprendieron que Tú intentabas levantarlos a regiones más espirituales pero salvadoras. Más exigentes.

No lo comprendieron y se pusieron furiosos. Se acabó toda la admiración de hace un momento.

No lo comprendo yo tampoco. Señor, con mis impaciencias y mis desilusiones.

Me he acercado tantas veces a Ti; pero no te buscaba a Ti mismo, ni buscaba la verdad. Me buscaba a mí y la solución de mis problemas y de mis intereses egoístas.

Dios mío, dame ojos de fe para aceptar siempre con amor tu doctrina salvadora aunque me resulte exigente.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Martes III de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: – «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?»

Jesús le contesta: – «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así.

El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo. "

El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y,

agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes."

El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré"

Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía.

Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?" Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda.

*Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano.»
(Mateo 18, 21-35)*

- Ora

— *Le presentaron uno que debía diez mil talentos.*

Enséñame, Señor, a reconocerte como deudor tuyo, perpetuo e insolvente. Todo lo que tengo es tuyo.

Soy deudor tuyo a perpetuidad, como procede de Ti, Señor infinitamente grande y generoso.

Tú eres el universal Acreedor y cuando te damos algo, no hacemos sino devolver parte de lo que ya

es tuyo, porque Tú eres la fuente primera de todos los bienes.

En tus manos estoy, Dios mío, para que hagas de mí como te plazca. Puedes tomarte a tu voluntad lo que yo no sabré devolverte sino a medias, con morosidades y con resistencias.

Dame un corazón muy agradecido y muy generoso.

Soy depositario poco de fiar y un administrador perezoso de tus bienes.

Todo lo que recibo de Tí, Señor, aumenta mi responsabilidad y el que yo pueda ir descargándome de ella no puede hacerse sin nuevo beneficio tuyo y nueva deuda mía.

—*"Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo."*

Señor y Dios mío, tu paciencia conmigo tiene que ser ilimitada, porque reconozco que nunca podré pagarte ni una mínima parte de lo que te debo.

Con el tiempo, Señor, no se hará menor mi deuda, sino que aumentará incesantemente.

Se multiplicarán, día tras día, tus beneficios y se multiplicarán también desgraciadamente mis ingratitudes y mis ofensas.

Por eso te digo: ten paciencia conmigo, Señor. Ten paciencia y no me dejes de bendecir con tu gracia, con tu misericordia aunque yo no merezca

nada. ¿Qué sería de mí, Señor, si te olvidaras un solo instante de mí?

—*Uno de sus compañeros le debía cien denarios.*

Sí, Dios mío, nosotros tus humildes siervos tenemos pequeñas deudas los unos con los otros. Siempre pequeñas, infinitamente pequeñas en comparación con las que todos tenemos contigo. Pequeñas ofensas, pequeñas inadvertencias o pequeñas malicias. Nuestros egoísmos y nuestros intereses chocan entre sí. Luchamos unos con otros y nos hacemos daño. Corren las lágrimas y, a veces, Dios mío, corre la sangre.

Reconozco, Señor, que soy más pronto a juzgar y lamentar las deudas que se tienen conmigo, que las que yo tengo con otros.

Nos cuesta perdonar y casi nunca lo hacemos de todo corazón.

Tan miserable soy, Dios mío. Y tiemblo cuando me veo tan duro con los demás, habiéndome Tú regalado y perdonado tanto..

— *Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo.*

Señor, tú me pides un amor grande y auténtico ¡como el tuyo!

Tú pides que brote del corazón el perdón que otorgamos. Es difícil, Señor, esta lucha para que el corazón superare su amor propio o sus egoísmos.

Necesito tu espíritu, buen Maestro, que haga rebosar con tu caridad y misericordia en mi.

Enséñame a acoger, a comprender, a perdonar, a olvidar, a no tener cuenta con mis intereses, a pensar únicamente en mis hermanos. Enséñame a hacer lo que haces Tú, buen Jesús, lo que hace tu Padre celestial.

Porque también yo necesito ser acogido y perdonado. Necesito que Tú, Señor y Dios mío, ejercites conmigo tu inagotable misericordia.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Miércoles III de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: – «No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud.

Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos.» (Mateo 5, 17-19)

- Ora

—*Antes pasarán el cielo y la tierra.*

Tú eres, Señor Jesús, anterior al cielo y la tierra. Por tu palabra es y permanece el universo. Cuando nada existía, ya era desde siempre tu palabra sustancial y eterna. Y de ella es manifestación mudable y transitoria cuanto tiene ser.

Todo pasará en su punto y hora, según tu ordenación divina, como todo comenzó a existir. Y, mientras va pasando, todo sucede en el conjunto del universo y en cada cosa particular, conforme lo tiene definido tu omnipotente palabra. Únicamente tu palabra no pasa, ni puede dejar de cumplirse, porque Tú eres el soberano Señor de todo.

Tú has dicho también tu palabra sobre mí, Señor. Yo la acepto y la adoro de antemano, aunque no la conozca.

Quiero aceptarla y adorarla particularmente después, conforme la voy conociendo, porque Tú te dignas manifestarla.

Tú me dejas, Dios mío, esta terrible y misteriosa facultad de poder resistir algún tiempo a tu palabra, aunque, en definitiva, sea ella la que se imponga a todas mis veleidades. Pero te digo, Señor, que no quiero resistir y te suplico que no permitas mi resistencia.

Pase en mí y conmigo como Tú digas, Señor, mientras yo voy pasando por este mundo, de camino hacia Ti.

— *Pero quien los cumpla y enseñe.*

No basta enseñar; hay que cumplir. Tengo que dar la enseñanza de mi conducta y de mi ejemplo. Hablar con mi vida. Todos han de ver cómo estoy yo mismo tan persuadido de la verdad, que soy el primero en someterme enteramente a ella. Mis obras no deben dar testimonio contra mis palabras.

Dame la coherencia de la vida. Que tu amor y tu verdad resplandezcan en mi conducta. Concédeme amor tu ley y tu voluntad hasta en los detalles más pequeños. Porque sé que no importa tanto hacer cosas grandes, cuanto hacer las pequeñas de cada día con amor.

Porque la vida del hombre se concreta en lo grande y en lo pequeño. Y tras cada peripecia imperceptible estás siempre Tú, Dios mío, y tu magnífica voluntad y señorío sobre todo.

Hazme amorosamente fiel en lo pequeño de cada día, para que sea testigo de tu Amor.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Jueves III de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, Jesús estaba echando un demonio que era mudo y, apenas salió el demonio,

habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron:

—«Si echa los demonios es por arte de Belcebú, el príncipe de los demonios.»

Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo en el cielo. El, leyendo sus pensamientos, les dijo:

—«Todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belcebú; y, si yo echo los demonios con el poder de Belcebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros.

Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero, si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín.

El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama.» (Lucas 11, 14-23)

- Ora

— Jesús estaba echando un demonio que era mudo y, apenas salió el demonio, habló el mudo.

Otro desgraciado que necesita de Ti, Señor, aunque no lo sabe, ni te ve, ni puede decirte nada,

porque está mudo. Nadie puede socorrerle contra el terrible poder del demonio.

Y ésa es su mayor desgracia, que no puede verte, ni hablarte. Ese es el mayor triunfo que sobre él ha logrado, hasta ahora, el enemigo. Pero Tú lo ves a él y puedes hablarle y te compadeces de su inconmensurable desgracia.

Lo mismo pasa siempre, Señor, cuando yo estoy lejos y estoy ciego y ando olvidado de Ti.

Tú me ves desde las alturas de tu misericordia y te pones a mi lado, para que yo te sienta de algún modo.

Entonces caigo en la cuenta de mi desgracia y nacen en mí los deseos de verte y comienzo a balbucir con mi impedida lengua.

Te compadeces de todos, Señor. A este pobre endemoniado le liberas de su mal que le impedía hablar y le esclavizaba. El demonio siempre entorpece mi comunicación contigo. No quiere que haga oración, que hable contigo, que me comuniqué con los demás, que les hable de tu amor. También a mí me tienes que ayudar, me tienes que liberar de la acción del diablo, para que sea tu Espíritu quien hable en mí con alabanzas y gemidos inefables.

Tú, Señor benignísimo, que has hecho brotar esos gemidos en mi corazón, los entiendes aunque muchas veces un murmullo vago y casi imperceptible, que te descubren el abismo de mi necesidad y de mis ansias.

—*Si echa los demonios es por arte de Belcebú, el príncipe de los demonios.*

¡Dios mío, líbrame de la ceguedad y de la dureza de corazón! ¿De qué me aprovecharían tus santas obras, si yo no las conozco o si me obstino en interpretarlas maliciosamente?

Porque tus obras son santas y proceden de tu soberano poder y de la bondad inextinguible de tu corazón. Pero mis ojos son malos y deforman con su malicia todo cuanto miran.

Según son mis deseos, torpes y perversos, así manchan y deforman la limpia verdad de tus obras santas.

Líbrame, Dios mío, de estos malos espíritus, que pervierten mi corazón y entorpecen monstruosamente mis ojos, porque yo soy el que estoy bajo su operación.

Ellos influyen sobre mí para que no te conozca y me acerque a Ti y sea salvo.

Ven, Jesús, no con tus milagros por fuera, sino con tu operación secreta en mi interior. Porque mientras mi corazón esté endurecido y mis ojos sean ciegos, nada comprenderé.

Solamente los limpios de corazón te conocen y saben cuándo las obras proceden de tu divina virtud. ¡Limpia, Señor, mi corazón!

—*El que no está conmigo, está contra Mí.*

Señor, no eres amigo de medianías. Pides nuestro corazón entero. Quieres que nos abramos totalmente a tu gracia, a tu verdad, a tu amor.

Porque Tú eres el Sumo Bien, la única Verdad, el todo para mi existencia y para mi salvación eterna.

La indiferencia sólo se comprende ante las cosas y los seres, que nada dicen para mí, que no quitan ni ponen nada sustancial para mis supremos intereses. Por eso, todo lo que no seas Tú o no diga relación contigo, me es indiferente.

Y lo que me aleje o me aparte de Ti, me hace daño y es contrario a mi bien. Tú quieres de mí, Jesús, una entrega absoluta que renuncie, en caso necesario, a todo para quedarme contigo.

Se puede escoger o vacilar entre dos bienes relativos, pero Tú eres el bien absoluto. Y sin Ti, todo me está mal.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Viernes III de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: — «¿Qué mandamiento es el primero de todos?»

Respondió Jesús: – «El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser." El segundo es éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." No hay mandamiento mayor que éstos.»

El escriba replicó: – «Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios.»

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: – «No estás lejos del reino de Dios.»

Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas. (Marcos 12, 28b-34)

• Ora

—Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón.

Comprendo, Dios mío, que este mandamiento del amor es el mandamiento grande. Todo tiene que proceder del amor o tiene que conducir al amor.

Si amo, el amor me conduce y se manifiesta en toda mis acciones. Entonces mis acciones son buenas y agradables a Ti, porque te llevan mi amor.

Tú eres grande, Señor, el único verdaderamente grande y todo procede de Ti y vuelve a Ti. Tu

mandamiento es también el mandamiento grande, porque todo se explica por él.

Dios mío, concédeme que yo con la totalidad de mi pequeñez me entregue al mandamiento grande. Siempre, aunque me entregue del todo, seré muy pequeño para tanta grandeza. No podré llenar la grandeza del mandamiento, pero su grandeza me llenará a mí y colmará el sentido de mi vida.

Con todo mi corazón y con toda mi alma y con toda mi mente, es decir, con la plenitud de mi ser quiero entregarme al amor.

El amor eres Tú, Señor y Dios mío, infinitamente amable, que llenas de luz y beatitud todos mis caminos. Es tan grande el amor, que sólo Tú puedes ponerlo en la raíz de mi ser.

—El segundo es éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo."

Quien te ama, Dios mío, ama también todo aquello en que Tú pones tu amor infinito.

Mil pequeñeces me separan y me alejan de mi prójimo que es hijo tuyo, Señor, y es hermano mío.

Guardo tal vez ciertos respetos sociales y mantengo las conveniencias ineludibles del convivir. Me acerco con la educación de las buenas maneras, pero estoy lejos con el corazón.

No me intereso por él, no siento con él, no me entrego a él. Me falta el amor. Vivo con ellos como con seres extraños, a quienes es forzoso tratar. Amo

poco y amo mal. Cuántas veces vivo encerrado en mí y en mi egoísmo. Mi corazón está solitario y apagado.

Ayúdame Dios mío. Ensancha mi corazón. Hazlo universal par que cada día ame mejor a los que tú has puesto a mi lado.

—No estás lejos del Reino de Dios.

No está lejos del Reino de Dios, Maestro, el que conoce y confiesa la verdad; pero no está todavía dentro, si no la practica.

Mira cuántos hay que no la conocen y están lejos. Acércate, Señor, a ellos como buen Maestro e ilumínalos con tu doctrina.

Preséntate y háblales la verdad, que no conocen. Ilumínanos también a los que ya la conocemos con tu luz superior e infúndenos la abundancia del espíritu de fe para que lo veamos todo y siempre con ojos iluminados.

Que los que están lejos se acerquen y entren y los que están dentro no salgan nunca de la verdad y de la felicidad de tu Reino.

Escucha, Dios mío, la oración de tu siervo, que te hago por tu Hijo Jesucristo. Extiende a todos los hombres y por toda la tierra su Reino de paz y de caridad. Porque es la caridad y el amor, Maestro, lo que Tú enseñaste como ley sustancial del Reino, que venías a fundar entre nosotros.

Donde está la caridad, allí estás Tú y allí está tu Reino. El que lo sabe está cerca. Y el que la vive está dentro y está contigo. Tú estás con él y reinas en su corazón.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Sábado III de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola:

—«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo.»

El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.»

Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.» (Lucas 18, 9-14)

• Ora

—Teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás.

¿Cómo puede presumir nadie de justo, Señor, si no es necio y está completamente ciego?

Yo me conozco mal y sé apenas lo que hay en mí; y sin embargo, sé tantas miserias, que llevo siempre hundida mi frente en tu presencia.

No puedo presumir, Dios mío, sino que voy con una permanente y abrumadora vergüenza. No puedo presumir porque sería mayor mi pecado. Aun lo que haya bueno es don de tu gracia y no esfuerzo mío y queda ahogado con la muchedumbre de mis maldades.

No puedo presumir, Señor, más bien tengo que mirarte a Ti y a tu infinita misericordia para alentar mi confianza y seguir adelante.

No puedo y no quiero presumir de nada, Dios mío, y no puedo despreciar a nadie porque de nadie sé lo que sé de mí mismo.

No puedo despreciar a nadie, porque no conozco, Señor, tus dones en ellos y sus esfuerzos y sus deseos y sus luces.

—No se atrevía ni a levantar los ojos al cielo.

También yo, Dios mío, hundo mi frente y no me atrevo a levantar mis ojos para mirar con la sencillez y confianza de un buen hijo. No me atrevo a mirarte y no soy digno de que me mires.

Y, sin embargo, aquí estoy, Señor, esperando que bajes hasta mí tus ojos de benignidad.

Quiero sentir en mis entrañas la compasión de tu mirada, para que mi vergüenza empiece a convertirse en agradecimiento y mi esperanza en seguridad y mis lágrimas de contrición amarga en lágrimas de amor.

Me atrevo a presentarme ante Ti, Dios mío, pero no me atrevo aún a levantar mis ojos.

Acudo a Ti y me entrego a tu misericordia, hasta que tus ojos se aplaquen y me miren. Tu mirada me reanime y me conforte y me convierta en otro hombre y pueda yo también, Señor, mirar tu benigno rostro.

—El que se humilla, será enaltecido.

Cierto es, Señor, que nada hay en mí que pueda servir de cimiento para la soberbia. Cuando pienso con verdad en mí mismo, termino por despreciarme profundamente.

Y más aún me desprecio, por los mismos deseos que siento de que los demás me estimen y consideren.

A Ti te descubro, Dios mío, toda mi triste verdad, aunque Tú ya la conoces. No busco que me levantes, sino que tengas misericordia. No que me levantes con los dones de tus consuelos y gracias, sino que no me dejes hundido en el barro de mis miserias.

Gran misericordia tuya es ya que conozca la verdad de mi condición y que me permitas acudir a Ti, siendo quien soy. Quisiera huir de mí mismo y Tú me admites a tu presencia.

Abre, Señor, los ojos de los demás para que me conozcan cuando brote en mí algún sentimiento de orgullo y busque la estimación de los que me rodean.

Cuando me aflija por verme olvidado o porque prescinden de mí, abre mis propios ojos y pon ante ellos mi desnuda verdad.

- Contempla y da gracias a Dios
-

CUARTA SEMANA DE CUARESMA

Dios no tolera el mal

¿Por qué la Cuaresma? ¿Por qué la Cruz? La respuesta, en términos radicales, es ésta: porque existe el mal, es más, el pecado, que según las Escrituras es la causa profunda de todo mal. Pero esta afirmación no es algo que se puede dar por descontado, y la misma palabra "pecado" no es aceptada por muchos, pues presupone una visión religiosa del mundo y del hombre. De hecho, es verdad: si se elimina a Dios del horizonte del mundo, no se puede hablar de pecado. Al igual que cuando se esconde el sol desaparecen las sombras --la sombra sólo parece cuando hay sol--, del mismo modo el eclipse de Dios comporta necesariamente el eclipse del pecado. Por este motivo, el sentido del pecado --que es algo diferente al "sentido de culpa", como lo entiende la psicología--, se alcanza redescubriendo el sentido de Dios. Lo expresa el Salmo Miserere, atribuido al rey David con motivo de su doble pecado de adulterio y de homicidio: "Contra ti --dice David dirigiéndose a Dios--, contra ti sólo he pecado" (Salmo 51,6).

Ante el mal moral, la actitud de Dios es la de oponerse al pecado y salvar al pecador. Dios no tolera el mal, pues es Amor, Justicia, Fidelidad; y precisamente por este motivo no quiere la muerte

del pecador, sino que se convierta y viva. Para salvar a la humanidad, Dios interviene: lo vemos en toda la historia del pueblo judío, a partir de la liberación de Egipto. Dios está determinado a liberar a sus hijos de la esclavitud para conducirles a la libertad. Y la esclavitud más grave y profunda es precisamente la del pecado. Por este motivo, Dios ha enviado a su Hijo al mundo: para liberar a los hombres del dominio de Satanás, "origen y causa de todo pecado". Lo ha enviado a nuestra carne mortal para que se convirtiera en víctima de expiación, muriendo por nosotros en la cruz.

(Benedicto XVI, 13 de marzo 2011)

Domingo IV de Cuaresma

Ciclo A

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: —«Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?»

Jesús contestó: —«Ni éste pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día, tenemos que hacer las obras del que me ha enviado; viene la noche, y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.»

Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo: —«Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).»

Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban:

—«¿No es ése el que se sentaba a pedir?»

Unos decían: —«El mismo.»

Otros decían: —«No es él, pero se le parece.»

Él respondía: —«Soy yo.»

Y le preguntaban: —«¿Y cómo se te han abierto los ojos?»

Él contestó: —«Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver. »

Le preguntaron: —«¿Dónde está él?»

Contestó: —«No sé.»

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: —«Me puso barro en los ojos, me lavé, y veo.»

Algunos de los fariseos comentaban: —«Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.»

Otros replicaban: —«¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?»

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: —«Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?»

Él contestó: —«Que es un profeta.»

Pero los judíos no se creyeron que aquél había sido ciego y había recibido la vista, hasta que llamaron a sus padres y le preguntaron: —«¿Es éste vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?»

Sus padres contestaron: —«Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos nosotros, y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse.»

Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos; porque los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías. Por eso sus padres dijeron: «Ya es mayor, preguntádselo a él.»

Llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron: «Confíésalo ante Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. »

Contestó él: —«Si es un pecador, no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo.»

Le preguntan de nuevo: —¿«Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?»

Les contestó: —«Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso; ¿para qué queréis oírlo otra vez?; ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?»

Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: – «Discípulo de ése lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ése no sabemos de dónde viene.»

Replicó él: –«Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es religioso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder.»

Le replicaron: –«Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?»

Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: –«¿Crees tú en el Hijo del hombre?»

El contestó: –«¿Y quién es, Señor, para que crea en él?»

Jesús le dijo: –«Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es.»

Él dijo: –«Creo, Señor.» (Juan 9, 1-41)

- Ora

—Al pasar, Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento.

Jesús, Tú ves a aquel pobre ciego, pero él no puede verte a Ti. Jamás su ceguera ha sido tan triste

como ahora, que te tiene delante y sus ojos no pueden abismarse en los tuyos.

Poco importa no haber visto las maravillas que Tú creaste ni las que produjo el arte del hombre.

En compensación, tampoco ha sufrido viendo las cosas monstruosas y deformes de la vida, ni las abominaciones que tan pródigamente siembra por todas partes la maldad humana.

Pero ahora no puede verte tampoco a Ti, espejo del Padre y resplandor de los cielos, Jesús, el más hermoso y perfecto de los hijos de los hombres. ¿Hay mayor desgracia que ser ciego cuando Tú estás delante?

Tú le ves a él y te conmueves y quieres que él te vea e ilumina milagrosamente sus ojos.

Señor, sí, hay una desgracia infinitamente más triste que no verte con los ojos del cuerpo y es tener ciegos ante Ti los ojos del alma.

Pasa, Señor, entre nosotros y mira cuántos ciegos. Conmuévete más hondamente con nuestra desgracia.

Toca nuestros pobres ojos, Señor, danos la lumbre interior.

Y aun, como aquel ciego, recibo de Ti los ojos para verte; mas luego te pierdo de vista. Y empleo, Señor, mis ojos para todo menos para verte a Ti.

Sin embargo, lo que me interesa no son tus obras y tus prodigios, sino Tú mismo.

Como Tú más que a mis obras, me buscas y me quieres a mí.

—*Era sábado el día que Jesús hizo barro.*

Líbrame, Dios mío, de la hipocresía y de ese espíritu de envidia, que corroía a los fariseos. Líbrame de esa perversión de la estimativa que hace escrúpulos ante un mosquito y se traga luego un camello. Ellos son los verdaderos ciegos.

Concédeme, Señor, la interior ley de la caridad que procede de tu mismo corazón, y que es siempre la única regla válida para interpretar cualquier ley escrita.

Sí, concédeme la verdadera caridad, con que no me mire a mí mismo y a quedar bien y a causar buen efecto; sino que mire al prójimo y lo busque por Ti, Señor, y vaya a él por tus caminos, los únicos que no se desvían de la verdad.

Que tu amor y el amor a mi hermano vayan unidos en mi corazón y que no me detenga ante oportunismos o insensatas interpretaciones que buscan mi orgullo y mi deseo de parecer entendido.

La caridad, Señor, dame la verdadera caridad.

—*¿Cómo es que ahora ve?*

También yo me asombro muchas veces, Señor, de que yo, tan ciego y tan entregado a las cosas de la tierra, vea tan claro en ciertas ocasiones y me encuentre levantado con aspiraciones tan altas.

Y vuelvo de nuevo, con mayor asombro, a perder todos mis alientos y a cegar tanto más que antes. ¿De dónde viene, Señor, tanta luz y tanta ceguera?

Misericordia tuya es cuando abro los ojos. Si fuera cosa mía, vería siempre. Pero me dejas en tinieblas de cuando en cuando, para que reconozca mi propia miseria y acuda a Ti con redoblada humildad.

No puedo ensalzarme cuando tengo luz, ni puedo despreciar a los que no la tienen. Mayor es mi miseria que la de los ciegos y por eso te has compadecido de mí con mayor misericordia.

Y, si me das la luz, no es para mí solo, para mi propio provecho, sino para que yo la difunda en tu nombre y la comunique también a otros.

Porque no es mi luz, Señor, sino tu luz. No tiene tan sólo un destino personal y mío; es una gracia para todo el que necesita de ella.

—*Yo era ciego y ahora veo.*

¡Maestro, qué grande es tu poder y qué dulce la bondad de tu corazón! ¡Cuántos pueden decir como este mendigo del Evangelio: “Yo era ciego y ahora veo”!

Y es que se han encontrado contigo. ¡Tantos años ciegos por la vida, y un día venturoso pasas Tú a su lado y ven lo que nunca antes habían visto!

Yo estaba sentado en tinieblas, Señor, mendigando a las criaturas sus consuelos y sus favores; y de repente se abrieron mis ojos y vi una gran luz.

Era tu luz, que lo ilumina todo y le dio un nuevo sentido a la vida. Vi que esos consuelos y favores, que yo mendigaba y con los que pretendía ayudarme, eran también miserias y naderías repartidas por otros tan ciegos como yo, que necesitaban también mendigar.

Yo estaba ciego y ahora veo. ¡Dulcísima misericordia y compasión tuya, Maestro, que has abierto mis ojos! Que has derramado sobre las cosas la luz de tu verdad eterna y sobrenatural.

Ahora veo y no ando palpando sombras, como antes. Gracias, Señor.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Ciclo B

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo:

—«Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen

en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

El juicio consiste en esto: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.» (Juan 3, 14-21)

- Ora

— *Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único.*

¡Oh caridad infinita de Dios y amor movido de misericordia! Dios entregó a su Hijo por nosotros; a su propio Hijo, al Hijo único. ¡Oh caridad infinita del Hijo, que se ofreció por mí!

Amó Dios al mundo; es decir, a los hombres que estábamos perdidos en el mundo y merecíamos la justicia del castigo.

La justicia no perdonó al Hijo, para que conmigo hubiera lugar a misericordia.

Tú no amas al mundo, Dios mío, y no quieres que nosotros amemos al mundo, ni a las cosas del

mundo. El que ama al mundo no tiene la caridad del Padre.

No amas al mundo, que está regido por las concupiscencias del sentido y de la carne y guiado por la soberbia. No amas los placeres, los criterios y los pecados del mundo.

Pero amas a quienes estamos en él y te compadeces de nosotros. Y envías a tu Hijo, para que el mundo lo crucifique y yo viva como un crucificado del mundo.

Tú amaste al mundo, buen Jesús, y el mundo te aborreció. Que yo aborrezca al mundo y te ame a Ti y me entregue a Ti.

— *El que realiza la verdad se acerca a la luz.*

Enséñame el sentido de estas palabras, Maestro. ¿Quién hace el bien sino el que obra según la sincera rectitud de su conciencia?

Muchas veces yo he tenido miedo y vergüenza de que fueran conocidas mis obras y, sobre todo, de que se manifestasen los móviles y las intenciones de mi obrar.

Yo entonces no hacía el bien y la luz me causaba horror. Aun la luz de los hombres me era molesta y buscaba que mi acción quedase en las sombras. Más que nada tenía miedo de la luz de tus ojos, Señor, y del día en que todo quedase patente y descubierto.

Pero quien hace el bien, quien ajusta su conducta a la sinceridad de su recta intención, no teme que se

encienda la luz sobre él. La luz es tu mirada; la luz eres Tú mismo, Señor.

Y es verdad que Tú no te niegas nunca, no niegas tu luz al que va con sincero corazón. El que hace el bien, aunque no te conozca, aunque no sepa tu nombre, te busca a Ti, porque Tú eres el bien y la verdad. Y llegará a la luz.

¡Oh Luz! ¡Oh Verdad! A quien tiene miedo mi torcido corazón.

- Contempla y da gracias a Dios

En el **Ciclo C** se lee el evangelio de *Lucas 15, 1-3. 11-32. Lo puedes meditar en las págs. 84-91.*

También puede ayudarte esta reflexión de Benedicto XVI:

Este pasaje de san Lucas constituye una cima de la espiritualidad y de la literatura de todos los tiempos. En efecto, ¿qué serían nuestra cultura, el arte, y más en general nuestra civilización, sin esta revelación de un Dios Padre lleno de misericordia? No deja nunca de conmovernos, y cada vez que la escuchamos o la leemos tiene la capacidad de sugerirnos significados siempre nuevos. Este texto evangélico tiene, sobre todo, el poder de hablarnos de Dios, de darnos a conocer su rostro, mejor aún, su corazón. Desde que Jesús nos habló del Padre

misericordioso, las cosas ya no son como antes; ahora conocemos a Dios: es nuestro Padre, que por amor nos ha creado libres y dotados de conciencia, que sufre si nos perdemos y que hace fiesta si regresamos. Por esto, la relación con él se construye a través de una historia, como le sucede a todo hijo con sus padres: al inicio depende de ellos; después reivindica su propia autonomía; y por último —si se da un desarrollo positivo— llega a una relación madura, basada en el agradecimiento y en el amor auténtico.

[...] En la parábola los dos hijos se comportan de manera opuesta: el menor se va y cae cada vez más bajo, mientras que el mayor se queda en casa, pero también él tiene una relación inmadura con el Padre; de hecho, cuando regresa su hermano, el mayor no se muestra feliz como el Padre; más aún, se irrita y no quiere volver a entrar en la casa. Los dos hijos representan dos modos inmaduros de relacionarse con Dios: la rebelión y una obediencia infantil. Ambas formas se superan a través de la experiencia de la misericordia. Sólo experimentando el perdón, reconociendo que somos amados con un amor gratuito, mayor que nuestra miseria, pero también que nuestra justicia, entramos por fin en una relación verdaderamente filial y libre con Dios.

Queridos amigos, meditemos esta parábola. Identifiquémonos con los dos hijos y, sobre todo, contemplemos el corazón del Padre. Arrojémonos en sus brazos y dejémonos regenerar por su amor

misericordioso. Que nos ayude en esto la Virgen María, Mater misericordiae.

(Benedicto XVI, 14 de marzo 2010)

- Contempla y da gracias a Dios
-

Lunes IV de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, salió Jesús de Samaria para Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: «Un profeta no es estimado en su propia patria.»

Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta.

Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verle, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose.

Jesús le dijo: «Como no veáis signos y prodigios, no creéis.»

El funcionario insiste: «Señor, baja antes de que se muera mi niño.»

Jesús le contesta: «Anda, tu hijo está curado.»

El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo estaba curado. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: «Hoy a la una lo dejó la fiebre.»

El padre cayó en la cuenta de que ésa era la hora cuando Jesús le había dicho: «Tu hijo está curado.» Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea. (Juan 4, 43-54)

- Ora

— *Como no veáis signos y prodigios, no creéis.*

Tú eres, Señor Jesús, la más extraordinaria señal que podría aparecer en este mundo. Si te presentas Tú, sobran todos los demás prodigios.

Tú operas por dentro, cuando vienes, y transformas el corazón.

Un corazón, a quien Tú has tocado, se abre a todos los prodigios y, aun sin necesidad de prodigios, cree en Ti y se entrega sin vacilaciones.

Pero si Tú no lo tocas, Señor, los prodigios no convencen y un obstinado encuentra cualquier explicación o, si no la encuentra, los atribuye a Belcebú.

Toca, Señor, continuamente a mi corazón con tu poderosa y secreta virtud.

Aquellos fariseos estaban alerta para descubrir algún prodigio en los cielos; yo espero calladamente y cierro los ojos y te suplico, buen Jesús, que realices tus maravillas en lo hondo de mi corazón. Porque lo necesario no es que se reformen o se transformen las cosas en torno mío, sino mi propia reformación interior.

—*Señor, baja antes de que se muera mi hijo.*

Aquel hombre te apremiaba como si Tú no supieses lo que tenías que hacer. A mí me pasa igual. Muchas veces, Señor, te quiero prescribir el modo de ayudarme, decirte lo que tienes que hacer y cómo.

No entiendo que tus perspectivas son infinitamente más amplias y que Tú sabes inventar caminos imprevistos para la imaginación humana.

Enséñame, Dios mío, a confiar y a abandonarme en tu sabiduría. Tú sabes cuál es el socorro necesario y la hora de prestarlo y el método oportuno.

Mis providencias son cortas de vista y mis deseos son impacientes.

Señor, mira esta necesidad. Y no hace falta que te diga más; obra como te lo dicte tu corazón.

—*Creyó él con toda su familia.*

El régulo se acercó a Ti, buen Maestro, con el deseo de que remediases aquella desgracia de su

hijo. Buscaba y quería de Ti que fueses el médico de una enfermedad humana. Era un beneficio puramente temporal y transitorio lo que esperaba de Ti.

Y lo encontré; aunque tu misión no era y no es concedernos las cosas de la tierra. Pero te apoyas en ellas, cuando lo ves conveniente para levantar nuestros corazones.

Tú te preocupas no sólo del hijo, sino también del padre y de toda la familia. Y abriste los ojos de todos a las visiones de la fe. En eso no había pensado el régulo.

Y no pienso yo tampoco, Señor, cuando me absorben los cuidados de aquí abajo. Voy a Ti muchas veces, harto ya y cansado de acudir a las criaturas. Voy a Ti con mis solicitudes humanas. Y tu respuesta sobrepasa infinitamente todas mis preguntas.

Cuando yo te hablo del cuerpo o de los bienes materiales, Tú respondes al corazón y abres mis ojos con la fe.

Y entonces yo veo, Dios mío, por qué me concedes o por qué no quieres concederme lo que te pido. Y me entrego con paz al dulce gobierno de tu providencia.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Martes IV de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo.

Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: «¿Quieres quedar sano?»

El enfermo le contestó: «Señor no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado.»

Jesús le dice: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar.»

Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: «Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla.»

Él les contestó: «El que me ha curado es quien me ha dicho: Toma camilla y echa a andar.»

Ellos le preguntaron: «¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar?»

Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado.

Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: «Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor.»

Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado. (Juan 5, 1-3. 5-16)

- Ora

— *Llevaba treinta y ocho años enfermo.*

¡Cuántos sufrimientos prolongados en esos años interminables! ¡Cuán duramente pruebas, Señor, a algunas criaturas!

Y yo soy tan fácil a la queja y a la impaciencia.

Cuando sufro, no miro a mi alrededor, no caigo en la cuenta de cuán pesadas cruces cargan otros.

¿Quién puede penetrar en el misterio increíble del dolor humano? Sin duda que el pecado es la causa de tanto dolor. Pero no son siempre los pecadores los más afligidos. Tú has confiado al dolor la misión bendita de santificar a las almas.

Consuela, buen Jesús, y fortifica a todos los que sufren. Dulcifica sus dolores con tu presencia y con tu esperanza. Derrama en torno a ellos la caridad de los corazones.

Dame, Señor, a mí la dulce caridad con los que sufren y la santa resignación en mis sufrimientos.

—*No tengo a nadie.*

Así hay muchos desamparados en este mundo y sin ayuda humana. Tú lo sabes, Señor.

Compadécete de esos pobrecitos y acude a su lado. Llena su corazón de tu amable presencia. Suscita corazones generosos y compasivos, que sean los emisarios de tu caridad y de tu socorro.

¡Cómo se parecen a Ti, Jesús, los que acuden al desamparo y a la desgracia! Al niño, al anciano, al más abandonado, a aquel de quien no se preocupa nadie.

Que resuene en mi corazón, te lo suplico, el gemido que se pierde sin que nadie lo escuche. Enséñame a enjugar las lágrimas que corren, sin que nadie las vea. Y, si no puedo otra cosa, que yo sepa llorar con el llanto ajeno y sufrir con el desvalido.

Unge mi corazón con tu misericordia, Jesús bueno; dame que descubra las penas escondidas y que derrame en ellas de tu bálsamo. ¡Jesús, mira que hay tantos que no tienen ayuda!

—*No peques más.*

Con gran misericordia has dispuesto, Señor, que al pecado siga muchas veces inmediatamente el castigo en este mundo, para ahorrarnos o aminorar

el castigo en el otro y para que con tiempo abramos los ojos y nos convirtamos a penitencia.

Hago mal en quejarme y en resistir a los sufrimientos que me vienen, como si yo no los hubiera merecido. Mejor sería resistir al pecado y aceptar el dolor.

Cuando me pruebas con el dolor, me estás avisando piadosamente para que me guarde de castigos más terribles. Muy tibio es mi amor, pues que conmigo apenas si pueden más que las amenazas.

Dame, Dios mío, la compunción del corazón, ya que han sido tantos mis pecados e infunde en mí tu saludable temor a la vista de tus juicios. Levántame, Señor, a sentimientos más generosos y nobles, ya que es tan grande tu misericordia conmigo.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Miércoles IV de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

– «Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo.»

Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo abolía el sábado, sino también

llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios.

Jesús tomó la palabra y les dijo:

– «Os lo aseguro: El Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre. Lo que hace éste, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que ésta, para vuestro asombro.

Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere.

Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo el juicio de todos, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió.

Os lo aseguro: Quien escucha mi palabra y cree al que me envió posee la vida eterna y no se le llamará a juicio, porque ha pasado ya de la muerte a la vida.

Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán.

Porque, igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida. Y le ha dado potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre.

No os sorprenda, porque viene la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida;

los que hayan hecho el mal, a una resurrección de juicio.

Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.» (Juan 5, 17-30)

- Ora

— *El Hijo no puede hacer por su cuenta nada*

Tu voluntad divina, Maestro, es la misma que la del Padre, aunque recibida de Él. Y tu voluntad humana está sujeta, armonizada y en íntima dependencia con la de Dios. Nada haces que no sea aprobado y dirigido por El. En esto se cifra tu santidad.

Y mi deficiencia y pecado está en la independencia orgullosa de mi voluntad, que no quiere someterse.

Que se haga tu voluntad, Dios mío, y no mi voluntad. Yo renuncio de antemano a todo plan e iniciativa que no venga de Ti o que no apruebes Tú.

Guía mi voluntad por los caminos de tu beneplácito y que mi obediencia sea cordial y amorosa como de hijo y no sujeta a viva fuerza como de esclavo.

Necedad será en mí seguir otra ruta que la que Tú indiques con tu divina sabiduría. Dame, Dios mío, espíritu de servicio, ya que Tú eres el Señor.

—*Porque es el Hijo del hombre.*

Tú eres, Maestro, el Hijo de Dios y tienes una naturaleza divina; pero eres también Hijo del hombre, o sea, que tienes una naturaleza humana como cualquiera de nosotros. Eres el Hijo de la Virgen María.

Como Hijo de Dios eres juez por derecho propio; y, como hombre, has sido constituido juez, para que toda la economía de la salvación hasta su momento culminante pase por tus manos.

Yo adoro, Maestro, la potestad que has recibido y me someto a ella con íntima confianza en mi corazón.

Tú sabes lo que es ser hombre y, aunque no has pasado por mis caídas, sabes lo que es la flaqueza de la naturaleza humana. Señor, yo tengo confianza porque me juzgará el que ha venido para ser mi salvador.

—*Mi juicio es justo.*

Tú ves, Maestro, la verdad en su misma esencia y no puedes engañarte cuando calibras el valor de las cosas y de las personas. Tu juicio es justo, pero yo pido para mí tu misericordia. No des sentencia según lo que ves en mí, sino según tu voluntad de salvar.

No entres, Señor, en juicio con tu siervo. Acuérdate de tu piedad y de que has dicho que tendrán la vida los que creen y confían en Ti. Usa conmigo de misericordia. Oh juez, que salvas a los que creen, aumenta mi fe y confirma mi voluntad de creer y de entregarme sin vacilaciones.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Jueves IV de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

– «Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es válido el testimonio que da de mí.

Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz.

Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado.

Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni

visto su semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis.

Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros.

Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ése sí lo recibiréis.

¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?» (Juan 5, 31-47)

- Ora

— *Esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado.*

Eres, Jesús, un maestro venido del cielo. Si no, ¿cómo podrías hacer esas obras y decir esas palabras? Tus obras dan testimonio de que vienes del Padre y de que no hay poder como el tuyo, ni hay bondad como la de tu corazón.

Las obras son como los frutos del árbol, dijiste Tú un día. Sana, Señor, mi árbol con un injerto

divino, sacado de Ti mismo, porque mis obras no son buenas.

Yo soy de la tierra y pienso y hablo y obro lo terreno. Mis obras son obras de la carne y de muerte.

Me da fatiga, Jesús, presentarme ante Ti con estos frutos y con estas raíces que brotan de mi corazón. Pero, si no me acerco, ¿cómo podrá transformarse el árbol cómo circulará por él la savia que dé frutos de bendición?

Renueva mis raíces, Señor, con tu palabra y con tu virtud.

—*No recibo gloria de los hombres.*

Buscar la Gloria de Dios en todo lo que hago, pienso y digo, tendría que ser mi gran preocupación. ¡Darte gloria! ¡Vivir, Jesús, para tu gloria! Poner en mi alma voz a las criaturas que no te pueden amar, ni glorificar y bendecirte por todas ellas: por el cielo y la tierra, por el mar y el cosmos, y por todas las maravillas que contienen. Perdónanos, Señor, porque los hombres no te damos la gloria que mereces y que esperas de nosotros.

—*No buscáis la gloria que viene del único Dios.*

¿Qué me importa la gloria que viene de los hombres? Y sin embargo muchas veces actúo en la vida pendiente del qué dirán. El juicio de los hombres me condiciona mucho. Ellos no saben la

verdad. No ven más que las apariencias, los fenómenos. Y, por muy avisados que sean, hay muchas maneras de engañarlos.

Yo tiemblo y lloro, Dios mío, cuando me miro por dentro, allá donde ves Tú; porque aun las aguas, que parecen más limpias, brotan de fuente turbia. Purifica mi fuente. Dame la sencillez y la sinceridad de corazón. Aunque desentone entre los astutos de este mundo; aunque ellos me reprobren y se aparten de mí.

Pero Tú, oh luz increada, Tú que llegas hasta los rincones del corazón, Tú eres quien ha de decir la palabra de verdad sobre mí.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Viernes IV de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, recorría Jesús la Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las tiendas.

Después que sus parientes se marcharon a la fiesta, entonces subió él también, no abiertamente, sino a escondidas.

Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: «¿No es éste el que intentan matar? Pues mirad cómo habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será

que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías? Pero éste sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene.»

Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: «A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz; a ése vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él, y él me ha enviado.»

Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora. (Juan 7, 1-2. 10. 25-30)

- Ora

—Los judíos trataban de matarlo.

Intentaban, Señor, traicionarte y acabar contigo. Antes que hubieran dado un paso, ya habías Tú leído en los escondrijos de sus perversos corazones. Nada podrían contra Ti ni su fuerza ni su astucia, si no hubiera llegado tu hora. Es ya la hora de que tu corazón manifieste todos sus secretos.

Los planes escondidos de ellos van a salir a la luz muy pronto; pero precisamente así es como veremos todos los escondidos planes que la caridad infinita del Padre depositó en el corazón de su Hijo.

Permites que te prendan con engaños y con fuerza, porque Tú quieres prendernos definitivamente a todos con la verdad y con el amor.

¡Señor, que mis traiciones insensatas terminen siendo vencidas por tu paciencia y tu misericordia!
¡Que termine por ser yo el prendido en los lazos inevitables de tu caridad!

—*No había llegado su hora.*

Tú te manifestarás, Señor, a tu hora, aunque de una manera muy distinta a como piensan y desean tus parientes. No será como ellos quieren, ni cuando ellos quieren, sino cuando tu Padre tiene señalado y de la forma que El te ha propuesto y Tú has aceptado de todo corazón.

No hay presión ninguna que te aparte de ese camino, ni lo retrase, ni lo precipite. Has venido al mundo para manifestarte y, sin embargo, no tienes prisa y esperas a que suene en el reloj la hora de la Providencia.

Mis impacencias, Señor, frustran muchas veces tu obra, porque no la dejan madurar. Creo que es caridad y celo y son miras terrenas o ignorante apresuramiento, en que se mezcla el amor propio.

Enséñame, Maestro, a esperar y a no temer; a esperar tu obra sin precipitaciones y a no temerla con cobardías.

Enséñame la humildad y la docilidad para dejarme conducir por tus caminos y al paso que Tú quieras llevarme.

• Contempla y da gracias a Dios

Sábado IV de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, algunos de entre la gente, que habían oído los discursos de Jesús, decían: «Éste es de verdad el profeta.»

Otros decían: «Éste es el Mesías.»

Pero otros decían: «¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?»

Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima.

Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: «¿Por qué no lo habéis traído?»

Los guardias respondieron: «Jamás ha hablado nadie como ese hombre.»

Los fariseos les replicaron: «¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos.»

Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: «¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?»

Ellos le replicaron: «¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas.»

Y se volvieron cada uno a su casa. (Juan 7, 40-53)

- Ora

— *Jamás ha hablado nadie como ese hombre.*

Es tu doctrina, Maestro, y también es la seguridad y autoridad de tu magisterio. No hay nadie que hable como Tú. Nadie que diga esas cosas y de esa forma como las dices Tú.

Nadie que llegue así al corazón y que derrame esa luz sobre los misterios más oscuros y sobre los problemas más hondos de la vida.

Hablas de lo que pasa entre nosotros a la vista de todos, de lo que se esconde en lo más replegado de nuestro yo y de lo que hay más allá y en los mismos senos de Dios, donde sólo penetras Tú.

¿Y cuándo hablas directa y secretamente en mi corazón? Porque a veces te dignas decir palabras misteriosas y lucidísimas dentro de mí. Háblame, Señor, que no hay nadie que hable como Tú.

—*¿También vosotros os habéis dejado embaucar?*

¡Buen Maestro, yo quisiera ser seducido por tu palabra y por tu bondad! Sin resistencia ninguna, sin vacilaciones, sin espíritu crítico, con admiración y con amor, como fascinado, quisiera seguirte a Ti.

Que no me quedara ni la libertad de elección, que no es posible cuando se ha encontrado al Sumo Bien.

Que yo me dé cuenta, que me domine la convicción y aun la sensación irresistible de que en Ti tengo la Verdad y el Bien. Yo quiero ser seducido por Ti.

¡Qué torpemente me han seducido ciertos prestigios humanos, algunos esplendores de cosas de la tierra! ¡Y cómo he querido también seducir yo a pobres corazones, que se acercan sencillamente o incautamente!

Jesús, sé Tú y sólo Tú el seductor de los corazones: del mío y de los otros.

—*Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos.*

¡Qué vana es la ciencia, si lleva el desprecio de los demás, si engendra la soberbia en el corazón! ¡Qué necia es y cómo hincha la ciencia sin caridad!

Tú te comunicas gustoso al corazón humilde, que confía en tu palabra más que en sus propias luces. No quiero, buen Maestro, letras que sequen

mi espíritu y fomenten en mí sentimientos de superioridad y de orgullo.

Tú enseñas secretamente cuando infundes la caridad, en la cual se cifran la lev y los profetas.

El más pobre está muchas veces más cerca de Ti, porque está más inclinado a la humildad y más convencido de su propia insuficiencia.

La curiosidad de saber no se extingue nunca y fatiga siempre. Bendito el que te conoce a Ti, Señor, porque; ya no siente ansias de saber más.

- Contempla y da gracias a Dios
-

QUINTA SEMANA DE CUARESMA

La Cuaresma no es una obligación pesada

La Cuaresma en su conjunto, constituye un gran memorial de la pasión del Señor, en preparación de la Pascua de Resurrección. Durante este período no se canta el «aleluya» y se nos invita a practicar formas adecuadas de renuncia penitencial. El tiempo de Cuaresma no debe afrontarse con espíritu «viejo», como si fuera una obligación pesada y fastidiosa, sino con el espíritu nuevo de quien ha encontrado en Jesús y en su misterio pascual el sentido de la vida, y experimenta ahora que todo debe hacer referencia a El. Ésta era la actitud del apóstol Pablo, quien afirmaba que había dejado todo atrás para poder conocer a Cristo, «el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos» (Filipenses 3, 10-11).

Que nuestra guía y maestra en el camino cuaresmal sea María santísima, quien, cuando Jesús se dirigió con decisión hacia Jerusalén para sufrir la pasión le siguió con fe total. Como «ánfora nueva» recibió el «vino nuevo» preparado por el Hijo para los desposorios mesiánicos (Cf. Marcos 2,22). Y, de este modo, fue la primera en recibir bajo la Cruz esa gracia, derramada por el Corazón

traspasado del Hijo, encarnación del amor de Dios para la humanidad, que ella misma, había solicitado con instinto de madre para los esposos de Caná (Cf. «Deus caritas est», 13-15).

(Benedicto XVI, 26 febrero 2006)

Domingo V de Cuaresma

Ciclo A

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana, había caído enfermo. María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro.

Las hermanas mandaron recado a Jesús, diciendo: «Señor, tu amigo está enfermo.»

Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.»

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba.

Sólo entonces dice a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea.»

Los discípulos le replican: «Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver allí?»

Jesús contestó: «¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza, porque le falta la luz.»

Dicho esto, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido; voy a despertarlo.»

Entonces le dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme, se salvará.»

Jesús se refería a su muerte; en cambio, ellos creyeron que hablaba del sueño natural.

Entonces Jesús les replicó claramente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Y ahora vamos a su casa.»

Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás discípulos: «Vamos también nosotros y muramos con él.»

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania distaba poco de Jerusalén: unos tres kilómetros"; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María, para darles el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.»

Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará.»

Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección del último día.»

Jesús le dice: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?»

Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.»

Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: «El Maestro está ahí y te llama.»

Apenas lo oyó, se levantó y salió adonde estaba él; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, al ver que María se levantaba y salía de prisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano.»

Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, sollozó y, muy conmovido, preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?»

Le contestaron: «Señor, ven a verlo.»

Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¡Cómo lo quería!»

Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?»

Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una cavidad cubierta con una losa.

Dice Jesús: «Quitad la losa.»

Marta, la hermana del muerto, le dice: «Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.»

Jesús le dice: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?»

Entonces quitaron la losa.

Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para haya que crean que tú me has enviado.»

Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, ven afuera.»

El muerto salió, los pies y las manos atadas con vendas, y la cara envuelta en un sudario.

Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar.»

Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. (Juan 11, 1-45)

- Ora

—Señor, tu amigo está enfermo.

Basta, Señor, con que sepas mis cosas. Y, aunque las sabes, Tú quieres que yo te las

comunique con sencillez y confianza.

Lo quieres, no para tu noticia, sino para mi consuelo y seguridad y para que aprenda a recurrir a Ti.

Vengo, pues, Jesús, a Ti con estas miserias que me humillan, que prueban mi debilidad y la necesidad que de Ti tengo. No te pido nada, no te digo lo que quiero o lo que espero o lo que has de hacer.

Nada, Señor; me basta decirte, como en aquella ocasión tus amigos: me encuentro así, tengo esto, estoy enfermo y ciego, soy cobarde, las pasiones me arrastran.

Me basta decirte lo que Tú ya sabes, antes que te lo diga.

Si te lo digo, no es para mover tu corazón, sino para mover y preparar y disponer el mío. Para excitarme a humildad y a confianza. Para que viva colgado de Ti.

Para darte ocasión, Señor, de que ejercites conmigo tu infinita caridad.

— *Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro.*

Esto basta, Señor Jesús. ¿Qué más puede desear una pobre criatura en este mundo?

¡Familia dichosa, a la que Jesús amaba, a todos y a cada uno de ellos! ¡Dichoso aquél, a quien Tú amas, Señor!

¡ Quién pudiera tener la seguridad infrustrable y dulcísima de que Tú le amas!

Entre las peripecias y contrariedades de este mundo, aunque nadie me mire ni se acuerde de mí, aunque esté completamente solo, pero ¡si Tú me amas, Jesús! Esto basta, Señor, y todo lo daré y dejaré con gusto por conseguir tu amor. Dime dónde está y cómo se consigue. Hazme sentir algo de tu amor, Señor Jesucristo.

Yo no merezco, no soy digno de ser amado por Ti. Me soy muchas veces insoportable a mí mismo, y ¿cómo quiero que Tú me ames?

Y, sin embargo, tengo hambre de que me ames y de amarte; necesito sentir tu amor, para que me desprenda de toda criatura, para que ninguna me atraiga y me aparte de Ti.

—*Yo soy la resurrección y la vida.*

Lo dices, gran Maestro, con majestad, con solemnidad, con sencillez. No te tiembla la voz.

Nosotros nos estremecemos desde la raíz, cuando te escuchamos. No tienes miedo a la muerte, porque en Ti están las fuentes de la vida.

Yo aparezco en el mundo sin saber cómo, me agito con preocupación angustiada, desaparezco en el gran silencio de la muerte. Esta es, Señor, la tragedia inevitable de todo el que tiene conciencia de su vida. Todo habla dentro de mí y repentinamente todo enmudece. ¿Qué es esto, Dios mío?

Es la gran impotencia y la humillación radical de mi ser. No soy la vida. Tengo unos fragmentos limitadísimos, microscópicos de vida. Y tengo ansias infinitas de más.

¿Qué dices Tú, Jesús? Yo soy la vida. Pero es que te vemos morir. Yo soy la resurrección. Yo quiero perderme en Ti y fundirme contigo, precisamente porque quiero vida.

—¿Crees esto?

Esta es también, Maestro, la pregunta que yo me hago muchas veces ante las dificultades o sorpresas de la vida.

¿Creo, Maestro, en Ti y en tu palabra y en las seguridades de tu providencia y en tu amor de Padre?

Aumenta mi fe, Dios mío. Dame la esperanza ciega y absoluta, superior a todas las pruebas y contrariedades, superior a todas las seguridades que podría yo encontrar fuera de Ti, superior a todas las certezas de lo que yo mismo percibo con mis ojos.

Dame esa confianza que cree y espera ilimitadamente, como le exigías a Marta, cuando su hermano estaba ya en el sepulcro y no quedaba aquí abajo sino la desesperación y la corrupción definitiva.

Dame, Señor, la fe en los planes ocultos de tu amor y en los caminos misteriosos que Tú sabes. Dame la fe que perfora todo lo sensible, que ve

cómo tu mano opera más hondo de lo que alcanzan las criaturas y las fuerzas naturales.

Dame la fe que ve siempre más lejos, que cree en la vida y en el amor.

— *Jesús se echó a llorar.*

¡Bendita sean esas lágrimas que salen de tus ojos, Maestro, y de la compasión de tu corazón!
¡Benditas las lágrimas que lloras por nuestras penas, cuando mis ojos están secos ante las tuyas!

Y si así lloras la muerte corporal y breve de un amigo, ¿qué lágrimas habrás tenido por otras muertes más lamentables de tantas almas?

Lloraste por una vida que te costó muy poco resucitar. Pero cuánto te costó traernos la vida eterna, que habíamos perdido, y resucitarnos de la muerte del pecado.

Lloraste al ver llorar a las hermanas y a los amigos de tu amigo. ¡Cómo habrás llorado por el llanto eterno de tantas almas!

¡Buen Jesús, por tus lágrimas y por tu sangre y por la muerte que padeciste, dame la vida y no permitas que yo llore para siempre! Enséñame a mezclar mis lágrimas con las tuyas, ante las necesidades de mis hermanos.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Ciclo B

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban:

– «Señor, quisiéramos ver a Jesús.»

Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús.

Jesús les contestó:

– «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre.

Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo premiará.

Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre.»

Entonces vino una voz del cielo:

–«Lo he glorificado y volveré a glorificarlo.»

La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel.

Jesús tomó la palabra y dijo:

—«Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí.»

Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba morir. (Juan 12, 20-33)

- Ora

—Señor, quisiéramos ver a Jesús.

¡Dios mío! Este es también mi anhelo íntimo, que va expreso o implícito en todos mis deseos. Es una aspiración tan grande, que apenas me atrevo ni a formularla.

Yo quisiera verte, Maestro. Te lo dice mi corazón con palabras calladas, porque parece un atrevimiento decirlo con los labios. Es la aspiración suprema que puedo tener, pero es también la necesidad suprema y la más urgente.

Quisiera verte, Jesús, no por vana y estéril curiosidad, sino porque necesito que tu visión purifique definitivamente mi corazón y mis ojos.

Para que en mis ojos muera toda curiosidad y en mi corazón muera todo otro deseo. No te diré, Señor, que quiero verte, porque no merezco que Tú atiendas mis deseos. Te diré que necesito verte, porque Tú te inclinas benignamente a las angustiosas necesidades.

Tú sabes que lo necesito. Lo sabes infinitamente mejor que yo mismo. Has venido a la tierra para que te veamos, Dios invisible. Y nadie puede tener deseos de verte, si Tú no se los pones en el corazón.

¡Jesús, yo necesito verte y Tú quieres que yo te vea! Que se cumplan, pues, tus deseos, y que se remedie mi necesidad.

— *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo.*

¿A quién te refieres, buen Maestro, con estas palabras: a Ti mismo o a tus discípulos? ¿Quién es ese grano de trigo que ha de morir escondido en la tierra?

¿O hablas generalmente de una condición indispensable para la fecundidad?

A la luz de tu ejemplo y de tus exigencias, veo que indicas lo que te iba a suceder a Ti, Señor Jesús, y lo que debe suceder conmigo.

Me enseñas que sólo el dolor es fecundo, que sólo el dolor se atrae los corazones. Porque sólo el dolor es la prueba irrecusable del amor verdadero.

Sólo sufre de corazón quien de corazón ama. Quien se resiste a sufrir es que no sabe de amor. Y quien no sabe de amor se queda solo en su egoísmo.

Por eso sé, Señor, que Tú amas: porque caes en la tierra como el grano de trigo, y mueres. Y así sé si te amo yo a Ti y a mis hermanos, si estoy,

dispuesto a caer yo también y a morir por Ti y por ellos.

Eres, Jesús, grano de trigo destinado a ser hostia y la hostia está destinada a ser Eucaristía, el Sacramento del amor. En Ti y en mí, el dolor es el sacramento inconfundible del amor.

— *El que se ama a sí mismo se pierde.*

Es una vida inútil y perdida, Maestro, la que quiere reservarse y no se entrega. Y aún no he aprendido yo esta lección difícil.

Porque no se trata de que me arrebatan la vida por el odio, sino de que yo la dé por amor. Que te la vaya dando, Señor, gota a gota y minuto a minuto, conforme Tú me la vayas pidiendo. Que no quiera conservarla y retenerla para mí.

Quiero conservarla y gozarla yo, como si fuera posesión mía; y es inútil, porque la pierdo irremediabilmente.

Pero no es posesión y propiedad mía, sino un tesoro que yo tengo de Ti y que he de administrar en tu nombre. Que he de ir dando, poco a poco o de golpe toda ella, según lo exija el amor.

Porque no es posible, Dios mío, que yo administre bien sin amor. Y el amor no es una apropiación, sino una entrega.

El que intenta apropiarse su vida es un egoísta y un ladrón; y la perderá. Pero el que la entrega, en la desnudez de su amor por Ti, te encuentra a Ti,

Señor, y en Ti encuentra la vida verdadera e inadmisible.

— *Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí.*

Ya no estás entre nosotros, Señor Jesús, como en tus días de Palestina. Has sido levantado a la cruz y despojado de todas las cosas de este mundo. Y luego has sido levantado y ensalzado a la diestra del Padre, sin que ya te contaminen las cosas materiales de este mundo, el polvo y el barro de la tierra.

Ahora es cuando más que nunca atraes a Ti todas las miradas y todos los corazones. Atraes nuestros corazones, Señor, porque has sido levantado a la cruz.

Atraes nuestras miradas y nuestras esperanzas, porque estás a la diestra de tu Padre.

Te veo levantado sobre la tierra, primero por el dolor y después por la gloria. Tu dolor atrae mi corazón y tu gloria reaviva mi esperanza.

Mi corazón quiere ser despojado contigo de todas las cosas de la tierra y levantado sobre todas ellas. Como Tú, amo y acepto el dolor que me priva de todo lo de este mundo. Y espero que, también como Tú, seré levantado sobre el dolor y glorificado contigo.

El dolor y la esperanza me atraen a Ti y me levantan sobre la tierra.

• Contempla y da gracias a Dios

Ciclo C

El Evangelio de este día es Juan 8,1-11. Puedes ver el texto y los comentarios del mismo en el lunes de la V semana de Cuaresma.

Lunes V de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba.

Los letrados y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras: tú, ¿qué dices?

Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo.

Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo.

Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra.

E inclinándose otra vez, siguió escribiendo.

Ellos, al oirlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos, hasta el último.

*Y quedó solo Jesús, y la mujer en medio, de pie.
Jesús se incorporó y le preguntó: Mujer, ¿dónde
están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado?
Ella contestó: Ninguno, Señor.
Jesús dijo: Tampoco yo te condeno. Anda, y en
adelante no peques más. (Juan 8, 1-11)*

- Ora

—*Le traen una mujer sorprendida en adulterio.*

¡Cuántas miserables y destrozadas criaturas han venido, por buena suerte, a parar a tus pies, Maestro! Quizá temblando, como aquella pobre mujer, y no sabían que era ésa su liberación y su elevación.

Tú has venido, Señor, a buscar a los pródigos y a los perdidos. ¡Y has encontrado a tantos!

Enséñame a llevarte los que yo encuentre en mi camino y enséñame a salir a sus caminos para buscarlos y traerlos a Ti. Es para suprema felicidad de ellos y para alegría de tu corazón.

¡Cómo venciste y confundiste la malicia de los fariseos! Ablanda mi corazón ante las desgracias del alma pecadora, para que yo no desprecie nunca, ni me irrite con los que caen.

Yo he caído también, Señor, y me atrajiste a Ti.

— *El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra.*

Yo tampoco puedo, Maestro, acusar a mi hermano; no puedo condenar a nadie, aunque su pecado sea evidente y no tenga disculpa.

No puedo, con mi conciencia cargada y con mis manos sucias, tirar piedra ninguna. Harto tengo con huir de las piedras que otros puedan tirar justamente contra mí o con someterme a ellas con humildad y en silencio.

Es verdad, Señor, que yo puedo ser acusado y que, por lo mismo, yo no puedo acusar. Jesús, que yo me mire tanto a mí mismo, a mis pecados y negligencias, que no tenga tiempo, ni ánimo para mirar los de otros.

Que yo tenga compasión de los demás, cuando tanto necesito que la tengan de mí. Enséñame, Maestro, esta sabiduría del silencio para no acusar y para soportar.

Tú salvaste a la pobre mujer, cuando la acusaban con verdad y no te defendiste a Ti mismo cuando te acusaban en falso. Me enseñas a no acusar y a soportar. ¡A perdonar!

—*Tampoco yo te condeno.*

Tú no la condenas, porque has cargado sobre Ti sus culpas y las mías. No la condenas, porque por ella y por mí te ofreces como única víctima al Padre.

Ellos se marchan cargados con sus propios pecados y Tú irás muy pronto cargado con la cruz de los nuestros. Por eso no la condenas, ¡Jesús, gracias por ella y por mí!

Yo no quiero pecar en adelante, para que tu carga no sea tan grande. Gracias, porque me has perdonado y porque me has perdonado tan a costa tuya.

—*Y en adelante no peques más.*

Delante de Ti, Maestro, está la pobre mujer con sus ojos bajos y con vergüenza en el rostro.

La miras con infinita compasión, porque es una víctima desgraciada de su sensibilidad y de las seducciones del mundo.

Ya ha aprendido los engaños de los hombres y de la carne. Ahora está con su dolor por lo ciega que ha sido y con su agradecimiento por lo bueno que eres.

Buscó el placer y el amor, y encontró el pecado. Y estuvo a punto de perder la vida del cuerpo y del alma.

¡Qué gran fortuna, Maestro, que la condujeran a Ti! La salvas y la enseñas que huya del pecado, aunque se presente envuelto en las seducciones del placer y del amor.

Esas palabras tuyas, Señor, son también para mí. Yo las necesito más que esa pobre mujer. He caído muchas veces, aunque no me haya sorprendido

nadie en mi pecado. Necesito tu misericordia y tu perdón.

Soy más ciego y más débil que ella. Ayúdame. Señor.

- Contempla y da gracias a Dios
-

En el **Ciclo C**, como el evangelio anterior (Juan 8,1-11), se ha leído en el domingo, este lunes se lee este otro:

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, Jesús volvió a hablar a los fariseos:

– «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.»

Le dijeron los fariseos: –«Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es válido.»

Jesús les contestó: «Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es válido, porque sé de dónde he venido y adónde voy; en cambio, vosotros no sabéis de dónde vengo ni adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie; y, si juzgo yo, mi juicio es legítimo, porque no estoy yo solo, sino que estoy con el que me ha enviado, el Padre; y en vuestra ley está escrito que el

testimonio de dos es válido. Yo doy testimonio de mí mismo, y además da testimonio de mí el que me envió, el Padre.»

Ellos le preguntaban: —«¿Dónde está tu Padre?»

Jesús contestó: —«Ni me conocéis a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre.»

Jesús tuvo esta conversación junto al arca de las ofrendas, cuando enseñaba en el templo. Y nadie le echó mano, porque todavía no había llegado su hora. (Juan 8, 12-20)

- Ora

—Yo soy la luz del mundo.

Tú iluminas, Maestro incomparable, los grandes problemas de la vida. Tú enseñas una sabiduría, que no puede aprenderse en otra escuela sino en la tuya.

Aun el alma más sencilla y más ruda, si te conoce, resuelve con facilidad y como naturalmente esas cuestiones complicadísimas, que no alcanzan a descifrar los sabios de este mundo.

Porque Tú eres, sobre todo, una luz íntima del alma. Una como inteligencia superior, sin medida, más potente que todas las luces de la tierra.

El que va contigo y tras Ti camina en la luz, aunque todo en derredor siga sumergido en tinieblas.

No basta, Maestro, el mero conocimiento exterior de tu doctrina. Hay muchos que la conocen

y, sin embargo, siguen ciegos. Y no saben resolver los problemas que más importan. Que no me falte nunca tu luz interior. Tú la concedes en la oración humildísima y no en los muchos libros y en la vana curiosidad.

¡Oh Maestro, oh Luz! ¡Qué bienaventurado es el que te conoce y te sigue!

—*El que me sigue, no camina en tinieblas.*

¿Y quién es, buen Maestro, el que camina en tinieblas? El paralítico no puede moverse, aunque esté inundado de luz y conozca todos los caminos.

El que se mueve de acá para allá en todas direcciones, si no sabe dónde ha de ir o no sabe cuáles son y dónde están los caminos, es como si marchara entre tinieblas.

Y eso dices Tú que le sucede al que no te escucha a Ti y no aplica a su propia vida tus enseñanzas y tus ejemplos. Ese no sabe el fin de su vida en este mundo o no sabe cómo tiene que conseguirlo. Camina en tinieblas. Porque nada de eso nos enseñan las luces de la sabiduría humana.

Pero Tú enseñas al alma ignorante y humilde una celestial prudencia, de manera que ve con mucha claridad lo que está oculto a los sabios de este mundo.

Ve el camino y se goza en la seguridad que Tú le comunicas y no pierde el tiempo en angustiosas investigaciones, que de nada sirven si no iluminas Tú.

— *Todavía no había llegado su hora.*

Yo no puedo, Dios mío, ni puede hombre alguno precipitar los acontecimientos de tu providencia; ni puedo retrasarlos.

Muchas veces me impaciento porque no acaba de llegar el momento deseado o me angustio porque ya parece inminente y amenazante la hora temida y quisiera eludirla.

¡Cuánta paz tendría mi alma, Señor de bondad y misericordia, si renunciase a temores y a deseos propios y estuviese siempre colgada de Ti, siempre en brazos de tu infinita caridad y sabiduría!

Los relojes de la tierra padecen las influencias del clima y del ambiente y yo con ellos me dejo influenciar miserablemente por todo cuanto me rodea.

Por eso pierdo el ritmo de tu santa voluntad y caigo en la agitación de espíritu y en la vanidad e inconsistencia de los deseos humanos.

Señor, dame la serenidad de tus eternas decisiones y que mi reloj se acompase con el tuyo.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Martes V de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: «Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros.»

Y los judíos comentaban: «¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: "Donde yo voy no podéis venir vosotros"?»

Y él continuaba: «Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues, si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados.»

Ellos le decían: «¿Quién eres tú?»

Jesús les contestó: «Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él.»

Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: «Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que yo soy, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada.»

Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él. (Juan 8, 21-30)

• Ora

—*Vosotros sois de aquí abajo, Yo soy de allá arriba.*

Sí, Señor, soy de abajo y todas mis inclinaciones tiran de mí y me encadenan a la tierra.

Mis gustos, mis deseos, mis temores, todo anda girando en torno a las cosas de este mundo, sin que yo pueda remediarlo.

Soy tan de abajo que no logro suprimir mis instintos de tierra y apenas si consigo contrarrestarlos para que no me esclavicen vergonzosamente.

Y, sin embargo, también siento en mí, buen Jesús otras fuerzas que me empujan hacia arriba. Como si yo no fuera totalmente de aquí abajo.

¡Qué contradicción y qué lucha, Dios mío, dentro de mí mismo! Me atraen las cosas de aquí abajo y me repelen; y también me atraen muchas veces las de arriba y no acaban de tirar de mí con tanta fuerza que me levanten sobre todo lo de este mundo.

Tú eres de arriba, Jesús, aunque has venido aquí abajo para levantarnos.

Eleva mis pensamientos y mis deseos a las alturas de tu corazón, adonde no llegan las fuerzas de la tierra.

— *Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros.*

Esas palabras resuenan, Maestro, en lo más hondo de mi corazón, como si me las dijeras a mí mismo. Me parecen una queja triste más que un reproche airado.

Pero ante mis ojos se ponen en pie contra mí mis egoísmos y mis ingratitudes y mi resistencia a tu gracia.

Sí, es mucho lo que tienes que decir, Señor, y yo no podría responder ni a una sola de tus quejas.

Toda mi conducta de tantos años es una terca y despreciable contradicción de tus palabras y de tu vida.

Tienes mucho que condenar y, sin embargo, no condenas, sino que vienes con tu severa dulzura para amonestarme.

¿Esperas todavía, Jesús, que yo abra los ojos y comprenda la falsedad de mi proceder contigo?

Porque, en realidad, pienso mucho más en mí mismo que en Ti y busco la satisfacción de mis gustos e inclinaciones mucho más que lo que Tú me pides y yo debo darte en correspondencia a cuanto has hecho por mí.

—*Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que Yo soy.*

Sabes, Jesús, lo que te aguarda; ves la cruz y tu levantamiento en ella, a los ojos de todos. Y ves que

entonces se cumplirá tu misión en este mundo y conseguirás lo que no consigues con tus palabras y con tus milagros.

Tu levantamiento será tu humillación y tu humillación será la luz de nuestros ojos y el levantamiento de nuestros corazones.

Tu cruz nos lo explicará todo.

Sin la cruz, Señor, no se nos desvelan tus misterios. Y, aunque ella misma es un misterio, nos ilumina los misterios de nuestra culpa y de tu infinita caridad y de la misión que has recibido del Padre.

En la cruz resplandecen también todas tus virtudes y la que es el eje y síntesis de todas ellas: tu misión absoluta a la voluntad del que te envió. Enséñame, Jesús, el misterio de tu cruz.

Enséñame también el misterio de mi cruz, de mi perfecta sumisión, de la verdad y eficacia de mi apostolado por ella y en ella.

—Yo hago siempre lo que le agrada.

Concédeme también a mí, Dios mío, esta disposición permanente del espíritu, esta voluntad constante de hacer lo que te agrada a Ti.

Sobre todos los respetos humanos y sobre todas las inclinaciones del sentido, que yo busque sinceramente tu voluntad.

Aunque mi carne flaquee y aunque yo caiga, Dios mío, que mi voluntad de agradarte a Ti no varíe, ni vacile.

Que en esta contradicción interna que en mí siento y que no se apacigua nunca; que entre tantas pasiones e impulsos exteriores, sea tu voluntad para mí lo definitivo.

Si Tú te complaces, Señor, en mi humillación y en mi soledad y en mi dolor, que yo lo acepte todo, porque te agrada a Ti.

Sea tu voluntad y no mi gusto la norma para mis acciones.

No el complacer a las criaturas, sino estar a tu servicio, Señor y Dios mío, santidad infinita, principio y fin último de mi vida, esperanza de mi paz y de mi felicidad eterna.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Miércoles V de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.»

Le replicaron: «Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?»

Jesús les contestó: «Os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre.»

Ellos replicaron: – «Nuestro padre es Abrahán.»

Jesús les dijo: – «Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre.»

Le replicaron: –«Nosotros no somos hijos de prostitutas; tenemos un solo padre: Dios.»

Jesús les contestó: –«Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió.» (Juan 8, 31-42)

- Ora

—Conoceréis la verdad.

La verdad eres Tú, Maestro, y no te conocían. Te tenían ante los ojos y, sin embargo, estaban ciegos.

Buscaban la verdad en otra parte. Se creían en posesión de la verdad y sólo tenían la promesa y el símbolo.

La verdad es tu Persona y tu misterio. Te negaron a Ti y no conocieron el misterio de tu carne y de tu venida.

Señor, no me des descanso en ninguna cosa de este mundo, ni permitas que me seduzcan las apariencias mentirosas.

¿Qué me importan los fragmentos de verdad, que Tú has sembrado por las criaturas, si se me escapa la verdad total por la que tengo hambre incesante?

¡Oh Verdad, que calmas la inquietud de mi inteligencia y satisfaces los deseos de mi corazón!
¡Misteriosa verdad, que sólo empieza a vislumbrar quien se sumerge humildemente en la noche del misterio!

¡Verdad de Jesús, que empieza hablando a los ojos y a los oídos y termina apoderándose de todo mi ser!

—*La verdad os hará libres.*

Dios mío, siento que muchas veces me ligan y me esclavizan los respetos engañosos del mundo.

Veo la verdad y no me atrevo a orientar mi vida según ella; por eso me traen y me llevan las olas de este mar agitado y ando siempre ansioso y temeroso, lleno de preocupaciones que me roban la libertad.

Porque sólo es verdaderamente libre, Señor, aquel que sabe gobernarse por las leyes inmutables

de la verdad y no tiene que andar investigando cuál es el gusto o el capricho de los hombres.

Busco agradarlos o temo desagradarlos y esto me mete por caminos que no quería seguir y que no seguiría, si no estuvieran ellos y los respetos humanos de por medio. Y así estoy pendiente de la voluntad de ellos.

Vanamente me hago la ilusión de que soy libre, cuando en realidad vivo y me muevo según el arbitrio de los demás. Por no sujetarme a Ti y a tu verdad, Señor y Dios mío, sufro una tiranía continua y agobiadora.

—*Quien comete pecado es esclavo.*

¡Maestro, yo he aprendido con dolorosa experiencia qué exacta es la verdad de tu palabra!

He aprendido que no hay servidumbre tan amarga como la del pecado y que es difícil escapar luego a su tiranía. El deseo de gozarlo me inquietaba y ataba miserablemente mis pensamientos y mis movimientos; y luego el temor por haberlo cometido me sumergía en nueva y negra cautividad.

Andaba prisionero entre el deseo y el temor y no podía libertarme ni del uno, ni del otro.

Compraba con mi libertad un breve goce. El placer duraba poco, pero la esclavitud se prolongaba largo tiempo.

Sólo tu gracia, Señor lleno de misericordia, pudo arrancarme de ella.

Más tristes todavía son las cadenas invisibles e insufribles, con que el pecado me ataba al demonio y me arrastraba lejos de Ti y de tu casa, donde sólo moran los hijos y no los siervos.

Señor, bendita sea tu mano, que rompió las cadenas y me dio libertad.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Jueves V de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

– «Os aseguro: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre.»

Los judíos le dijeron:

– «Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tú dices: "Quien guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre"? ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?»

Jesús contestó:

–«Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: "Es nuestro Dios", aunque no

lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera: “no lo conozco” sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría.»

Los judíos le dijeron:

– «No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?»

Jesús les dijo:

– «Os aseguro que antes que naciera Abrahán, existo yo.»

Entonces cogieron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo. (Juan 8, 51-59)

• Ora

— Quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre.

Bienaventurado es, Maestro, el que escucha tu palabra y la deposita en su corazón, para meditarla continuamente y cumplirla con fidelidad. Porque ella es el germen de una vida y de una paz inextinguible.

Los hombres, aun los más sabios, me hablan de esta vida y de cosas de esta vida. Y, a pesar de sus palabras halagadoras, esta vida se me escapa irremediabilmente y voy muriendo cada día un poco, sin que ellos sepan contener esta irrefrenable disolución de mí mismo.

Veo, Señor, que todo cuanto toco se va desmoronando, porque nada tiene consistencia. Yo

me voy desmoronando también, en estas innumerables y enanísimas partículas del tiempo, que dispersa en seguida un viento misterioso.

Pero tu palabra, Señor, es permanente y vital, que no conserva la vida ya dada, sino que infunde una vida nueva y superior y la construye continuamente en el tiempo, para que se prolongue y permanezca sobre el tiempo.

— *Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día.*

Señor, el gozo y la exultación no consiste en verte de manera sensible y con los ojos del cuerpo. Así te vieron también Herodes y Caifás. Sino en verte con los ojos iluminados del corazón, que llegan hasta el misterio de tu Persona.

Aunque no hayas venido aún en carne, como te vio Abrahám. O aunque hayas desaparecido sensiblemente de nuestra vista.

Lo que entra por mis ojos no satisface nunca del todo a mi corazón. En momentos fugaces, mi corazón ha entrevisto algo de lo que eres Tú y se ha conmovido también entrañablemente y ha quedado con un hambre infinita de ahondar más.

Dígnate, Jesús, aparecer en mi interior, aunque para eso sea necesario que ya no vean ninguna otra cosa los ojos de mi cuerpo. Ilumíname, Señor, por dentro con tu propia luz y que yo te vea a la manera como te vieron los santos.

Que yo te vea para que toda mi vida se transforme; no para agradarme en mi visión, ni siquiera para complacerme en Ti, sino para agradarte y complacerte tan sólo a Ti

—*Jesús se escondió.*

No te ocultes, Señor, a mí; al contrario, descúbrete más, manifiéstate más. Que me sea forzoso verte y conocerte; que no me quede ningún género de vacilaciones sobre quién eres Tú.

Tú eres el Dios escondido e invisible, a quien nunca ojo humano ha visto ni puede ver. Y, sin embargo, te dignaste aparecer en la tierra y te dejaste ver entre los hombres.

Pues ¿por qué te ocultas tan pronto, que no te encuentran los que te buscan? Ciertamente que te buscan con perversa intención para hacerte desaparecer. Pero es, Señor, Dios mío, porque no te han visto del todo y no han conocido quién eres Tú.

Manifiéstate más, descubre invenciblemente tu persona y tu misterio. Estás en medio de nosotros y—como dijo Juan—no te conocemos. Aun en aquellos que te ven con los ojos del cuerpo, quieres Tú la libertad y la humildad y el mérito de la fe.

Te ocultas a los soberbios, mientras maravillosamente te manifiestas a los humildes de corazón. Dios oculto y manifiesto según son los ojos que te miran.

• Contempla y da gracias a Dios

Viernes V de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús. Él les replicó: – «Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?»

Los judíos le contestaron: – «No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios.»

Jesús les replicó: – «¿No está escrito en vuestra ley: "Yo os digo: Sois dioses"? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfema porque dice que es hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre.»

Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes habla bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: – «Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad.»

Y muchos creyeron en él allí. (Juan 10, 31-42)

• Ora

—*El Padre está en mí y yo en el Padre.*

Eres una misma cosa con tu Padre, Señor Jesús, y sin embargo, estás aquí entre nosotros y como uno de nosotros.

Tienes la misma naturaleza eterna e infinita del Padre y tienes también una naturaleza humana como la nuestra, sujeta a nuestras penalidades y a los vaivenes de nuestra vida.

Puedo seguirte como la oveja al Pastor, porque andas por nuestros caminos y entendemos tu lenguaje y vemos tu figura que va delante de nosotros.

Pero confío y espero infinitamente en Ti, porque sé que tu poder es el mismo del Padre y nadie puede arrebatarte de tus manos al que Tú guardas.

¡Bendito seas, Señor, porque siendo quien eres, has descendido hasta nosotros y, siendo el Invisible, te has aparecido a nuestros ojos de carne!

¡Bendito seas por tu poder y por tu flaqueza, por tu esencia divina y por tu naturaleza humana!

—*A quien el Padre consagró y envió al mundo.*

No vienes, Señor, al mundo como los demás hombres, según la ley ordinaria de las criaturas, como un eslabón más en la interminable sucesión de ellos. Pero Tú, Señor, eres un eslabón misterioso. Sí, eres un eslabón; porque no estás aislado y como un ser aparte, sin comunicación con nosotros.

Has entrado en la rueda de nuestras generaciones humanas. Vas también desfilando a tu hora, como uno más, entre los hijos de los hombres.

Y, sin embargo, no eres uno más; sino que eres el que da valor y sentido a toda la humanidad.

Todos los eslabones antecedentes van corriendo hacia Ti y todos los que vienen después, se anudan a Ti para no caer en el vacío.

El Padre te ha ungido, Señor, y te ha enviado para que todos, cuantos antes o después venimos al mundo, recibamos de tu unción y seamos salvos.

Eres el Hijo, por quien todos alcanzamos la filiación.

- Contempla y da gracias a Dios
-

Sábado V de Cuaresma

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: – «¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán

en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación.»

Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: – «Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera.»

Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos.

Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente con los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos.

Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: – «¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?»

Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo. (Juan 11, 45-57)

• Ora

—*¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos.*

¿Qué podían o qué debían hacer, buen Maestro, sino rendirse y entregarse a tu misericordia?

Reconocen que haces muchos milagros, es decir, que haces lo que un hombre es incapaz de hacer por sí mismo. Luego, cuando menos, Dios te asiste y está contigo.

No están ciegos; si lo estuvieran, tendría alguna excusa su obstinación. Con los ojos abiertos van contra Ti.

Dios mío, cuántas veces no es que el entendimiento necesite ser convencido, porque ya no hay más que decirle. Es la voluntad y el corazón quien deben rendirse.

No es el de esos fariseos un pecado de debilidad, de apasionamiento momentáneo, como cuando el hombre es arrastrado por un ímpetu ciego. Es un frío calculado cerrarse a la luz superior, por puros motivos humanos.

Líbrame, Dios mío, a mí de tanta insensatez. Que yo no me rebele contra la verdad conocida.

—*Os conviene que uno muera por el pueblo.*

Caifás no entendía, Maestro Jesús, lo que estaba diciendo. Decía una verdad misteriosa y profundísima y la entendía en un sentido vulgar y puramente político.

Tú, que acabas de resucitar a Lázaro, tenías que morir para que no muriéramos todos.

Has dicho que eres la Vida y vas a entregar tu propia vida para que nosotros vivamos. Eres, buen Maestro, un hombre destinado a la muerte, necesitado a morir que viene con la misión de morir. Esto no lo sabía Caifás. El pensaba en la política que le obligaba a matarte.

Era tu infinita caridad y misericordia la que te traía a este mundo con el exclusivo fin de morir.

Jesús, salva a este pueblo tuyo por el cual has muerto. Salva al pueblo, por cuyas venas corre tu sangre.

Pese a todas las razones y sinrazones políticas, Tú has muerto para que el pueblo todo se salve.

— *Para reunir a los hijos de Dios dispersos.*

Caifás pensaba tan sólo en el pueblo judío, en su propio pueblo. Y, para evitarle una catástrofe política, maquinaba tu muerte, buen Maestro.

Pero Tú pensabas en el pueblo misterioso y amplísimo de todos los que debían llegar a ser hijos de Dios.

Es tu muerte y tu sangre lo único que puede congregarlos a todos, como son las razones políticas las que dispersaron al pueblo judío de Caifás.

Tu muerte va a unirnos y congregarnos a Ti, va a juntarnos a Ti y hacernos uno contigo, para que

contigo el Padre nos acepte, ya que no podía aceptarnos dispersos y separados de Ti

No es, Señor, que yo me una con los otros y los otros conmigo, sino que ellos y yo tenemos que unirnos contigo y en Ti Atráenos a todos, oh Jesús, en tu muerte y fúndenos contigo.

Esta es mi esperanza infrustrable, que tu muerte ha de ser eficaz para mi salvación.

- Contempla y da gracias a Dios
-

DOMINGO DE RAMOS

Cada año, en este día, se lee el Evangelio de la Pasión. Ofrecemos para tu meditación de este día esta bella reflexión de Benedicto XVI sobre el misterio de la Cruz de Cristo.

«Mirarán al que traspasaron» (Jn 19,37)

En el misterio de la Cruz se revela enteramente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, Él aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo Unigénito. La muerte, que para el primer Adán era signo extremo de soledad y de impotencia, se transformó de este modo en el acto supremo de amor y de libertad del nuevo Adán. Bien podemos entonces afirmar, con san Máximo el Confesor, que Cristo «murió, si así puede decirse, divinamente, porque murió libremente» (Ambigua, 91, 1956) [...]

¡Miremos a Cristo traspasado en la Cruz! Él es la revelación más impresionante del amor de Dios, un amor en el que eros y agapé, lejos de contraponerse, se iluminan mutuamente. En la Cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura: Él tiene sed del amor de cada uno de nosotros. El apóstol Tomás reconoció a Jesús como «Señor y Dios» cuando puso la mano en la herida de su costado. No es de extrañar que, entre los santos,

muchos hayan encontrado en el Corazón de Jesús la expresión más conmovedora de este misterio de amor. Se podría incluso decir que la revelación del eros de Dios hacia el hombre es, en realidad, la expresión suprema de su agapé. En verdad, sólo el amor en el que se unen el don gratuito de uno mismo y el deseo apasionado de reciprocidad infunde un gozo tan intenso que convierte en leves incluso los sacrificios más duros. Jesús dijo: «Yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). La respuesta que el Señor desea ardientemente de nosotros es ante todo que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por Él. Aceptar su amor, sin embargo, no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás: Cristo «me atrae hacia sí» para unirse a mí, para que aprenda a amar a los hermanos con su mismo amor.

«Mirarán al que traspasaron». ¡Miremos con confianza el costado traspasado de Jesús, del que salió «sangre y agua» (Jn 19,34)! Los Padres de la Iglesia consideraron estos elementos como símbolos de los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía. Con el agua del Bautismo, gracias a la acción del Espíritu Santo, se nos revela la intimidad del amor trinitario. En el camino cuaresmal, haciendo memoria de nuestro Bautismo, se nos exhorta a salir de nosotros mismos para abrirnos, con un confiado abandono, al abrazo misericordioso del Padre (cf. S. Juan Crisóstomo, Catequesis, 3,14 ss.). La sangre, símbolo del amor del Buen Pastor, llega

a nosotros especialmente en el misterio eucarístico: «La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús... nos implicamos en la dinámica de su entrega» (Enc. Deus caritas est, 13). Vivamos, pues, la Cuaresma como un tiempo ‘eucarístico’, en el que, aceptando el amor de Jesús, aprendamos a difundirlo a nuestro alrededor con cada gesto y palabra. De ese modo contemplar «al que traspasaron» nos llevará a abrir el corazón a los demás reconociendo las heridas infligidas a la dignidad del ser humano; nos llevará, particularmente, a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona y a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas. Que la Cuaresma sea para todos los cristianos una experiencia renovada del amor de Dios que se nos ha dado en Cristo, amor que por nuestra parte cada día debemos «volver a dar» al prójimo, especialmente al que sufre y al necesitado. Sólo así podremos participar plenamente de la alegría de la Pascua. Que María, la Madre del Amor Hermoso, nos guíe en este itinerario cuaresmal, camino de auténtica conversión al amor de Cristo.

(Benedicto XVI, 21 de noviembre de 2006)

LUNES SANTO

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa.

María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar dijo: – «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?»

Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa llevaba lo que iban echando.

Jesús dijo: – «Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; por e a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis.»

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús. (Juan 12, 1-11)

- Ora

—*María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso.*

Aquella mujer no quiere falsificaciones, ni imitaciones. Aquel perfume es de legítimo nardo. Busca la verdad para Ti, que eres la absoluta verdad. Busca la verdad, porque la impulsa su corazón.

Todo es legítimo, auténtico y verdadero, sin tacañerías y sin limitaciones. Cuanto cabe en el frasco, la libra entera, sin sisarle unas gotas.

¡ Señor, otra vez comprendo lo mismo; que lo mío no es auténtico! No traigo un perfume legítimo, sino la imitación insulsa e inolora de lo que hacen los demás.

Pura apariencia de obras exteriores, que no van ungidas con el perfume de lo interior. Aun eso lo traigo con recortaduras, con el frasco a medio llenar.

No puede satisfacerte, Maestro, porque ni siquiera me satisface a mí. Algo dice dentro de mí mismo que no puedo engañarte con vanas cortesías. Como aquellos de quienes Tú mismo dijiste: este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de Mí.

Esta es la verdad infalsificable, Señor: el corazón.

— *Le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera.*

Tus pies, buen Maestro, cansados de caminar se aliviaron con la fresca delicia de aquel perfume y con la seda finísima de sus cabellos.

Pronto habrán de sentir la dureza de los clavos, como han sentido ya tantas veces la aspereza de los caminos de este mundo.

Desde que los besaba tu Madre, cuando eran pequeñitos, esos pies no han vuelto a sentir el regalo del amor.

Hasta ellos se extiende por mil hilillos la sangre, que va impulsada por tu corazón. Son pies movidos por el amor y entienden el contacto del amor.

La piel endurecida por el camino de cada día se reblandece limpiamente con el bálsamo del nardo. Y sobre ellos caen luego ardientes los besos y las lágrimas de María.

Así se encuentran y como que se fusionan en tus pies tu corazón y el corazón de ella. ¡Jesús, si yo pudiera prestarte también algún servicio, aun el más humilde, que regalase un poco tu fatigada peregrinación por este mundo!

Por muy larga que fuese, toda mi vida se lograría con un solo momento de contacto contigo.

Por muy ligero y superficial que fuese ese contacto, bastaría para transformar definitivamente mi corazón.

— *La casa se llenó de la fragancia del perfume.*

Cuando hay, Dios mío, un gran amor, su perfume lo llena todo.

Se disipó aquel aroma del nardo, pero la historia sigue perfumada por el amor concentrado de aquella mujer.

Apenas sabemos nada de ella sino que te amó, Maestro, y que por eso consagró para regalarte lo más precioso que tenía para sus propios encantos.

Se olvidó de sí misma, porque tenía en Ti su corazón. Pero el olor nauseabundo de mi egoísmo me sigue a todas partes. Infecta todas mis acciones y me hace insoportable a los demás y también a mí mismo.

Es éste, Dios mío, un aire viciado, que no puedo respirar. De cuando en cuando, llega hasta mí la brisa perfumada de algún alma santa, de algún corazón desprendido. Es algún frasco que se ha roto generosamente y todo en torno suyo lo embriaga con su delicia.

Como cuando se rompió también el frasco divino de tu Corazón y dejaste caer sobre nosotros sus últimas gotas. Su perfume subió hasta los cielos y, embriagado por él, el Padre llenó la tierra de bendiciones.

Haz, Señor, que vaya yo derramando el amor por donde quiera que vaya.

• Contempla y da gracias a Dios

MARTES SANTO

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, Jesús, profundamente conmovido, dijo: —«Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.»

Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús tanto amaba, estaba reclinado a la mesa junto a su pecho. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: —«Señor, ¿quién es?»

Le contestó Jesús: —«Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado.» Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás.

Entonces Jesús le dijo: —«Lo que tienes que hacer hazlo en seguida.»

Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres.

Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche. Cuando salió, dijo Jesús: —«Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar

con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: "Donde yo voy, vosotros no podéis ir."»

Simón Pedro le dijo: —«Señor, ¿a dónde vas?» Jesús le respondió: «Adonde yo voy no me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde.»

Pedro replicó: —«Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti.»

Jesús le contestó: —«¿Con que darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces.» (Juan 13, 21-33. 36-38)

- Ora

— *Jesús, profundamente conmovido.*

¡Jesús, quién llegara a degustar la amarga turbación de tu espíritu! ¡Quién viera tu corazón conmovido, mucho más que la inmutación de tu semblante!

Eres un hombre sujeto a la misma perturbación de afectos que nosotros. Y mucho más que nosotros, porque tu sensibilidad era más exquisita y más perfecta.

No estaba embotada o ensoberbecida, como en nosotros, por la materialidad y brutalidad de nuestras pasiones.

¿Cómo podré yo penetrar esa turbación interior?
¿Cómo podré yo medirla por lo que pasa en mí?

Dame a sentir algo de eso que en Ti produce la traición de un amigo; porque yo, a quien Tú habías llamado amigo, también te he traicionado.

Aun con mi sensibilidad tan gastada y tan fría, yo me estremezco. ¿Qué pasaría por tu corazón, buen Jesús?

—*Uno de vosotros me va a entregar.*

¿Cuáles son tus preocupaciones, buen Maestro, en esta última reunión con tus discípulos? Todos están contigo para celebrar la comida pascual. No falta ninguno. Pero tú conoces lo que hay dentro de cada uno de nosotros. ¿Por qué hablas de traición, Señor?

El corazón del hombre no sabe nunca lo que va a hacer mañana. Y a veces ni siquiera sabe lo que está haciendo ahora mismo. ¡Qué penoso es recordar cuán voluble es el corazón!

Hoy te es fiel, Maestro, y mañana puede negar tu amistad y volverse contra Ti.

Hoy es capaz de morir por serte fiel y mañana tal vez te venda por una niñería.

No permitas, Señor, que mi corazón te niegue nunca. Por muchas que sean mis debilidades y por grandes que sean mis pecados, que proteste siempre contra ellos el corazón.

Que mis pecados, si por desgracia llego a cometerlos, sean contra mi corazón tanto como contra Ti.

Que sean debilidades, que sea pasión ciega, pero que no sean traición a tu amor. Guarda, Señor, mi corazón para Ti.

—*Daré mi vida por Ti.*

¡Maestro, Pedro te ama, pero no sabe lo que dice! Sabe los sentimientos que ahora bullen en su corazón, pero no sabe cómo el corazón es cobarde.

¡Cuántas promesas te he hecho, Señor, en horas inflamadas de mi espíritu! ¿Dónde se fueron? Yo creo que muchas salían sinceramente de dentro, aunque otras sé que eran fórmulas forzadas de mis labios.

¿Qué te voy a decir, Señor? Aunque parezca extraño oírlo, cree en mi corazón y no creas a mis obras. Mis obras van en contra de mí y salen a pesar mío; pero la verdad está en mi corazón y en lo que mi corazón te dice.

Tú sabes que Pedro es lo que te está diciendo; quien habla después a la criada del pontífice no es Pedro, es un muñequillo zarandeado por los vientos.

Jesús, cree a mi corazón, en esos momentos auténticos cuando el corazón habla; y no creas, cuando habla la cobardía o el miedo o la pasión ciega.

Por eso tienes tanta misericordia y tanta comprensión cuando caigo. Porque Tú miras al corazón, Señor.

• Contempla y da gracias a Dios

MIÉRCOLES SANTO

- Invoca al Espíritu Santo y a la Virgen María
- Lee y medita

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: —«¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?»

Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: —«¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?»

Él contestó: —«Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos."»

Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: —«Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.»

Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: —«¿Soy yo acaso, Señor?»

Él respondió: —«El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido.»

Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: —«¿Soy yo acaso, Maestro?»

Él respondió: —«Tú lo has dicho.» (Mateo 26, 14-25)

- Ora

—¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?

No va el infeliz con exigencias, no lleva pretensiones concretas. Va dispuesto a entregarte, dulce Maestro, y acepta cualquier cosa.

Empieza la historia triste de su traición y la historia dolorosa de tu pasión.

Tu corazón sufre al ver la ingratitud del suyo. Ha recibido tanto de Ti y ahora se contenta con tan poco de tus enemigos. Se aparta de Ti y se va con ellos. Como tantas veces yo, Señor, por cualquier esperanza o promesa de las criaturas.

Voy mendigando miserablemente lo que puedan ofrecerme. Y me olvido de lo que Tú me has dado, de lo que te debo y de lo que aún me prometes.

No necesito pensar en Judas, Maestro, para horrorizarme, para llenarme de miedo, de vergüenza y de pena. Me basta pensar en mí mismo.

Me conmueve lo que él te hizo sufrir y me conmueve más lo que te he hecho sufrir yo.

¡Jesús, lo entrego todo por Ti, aunque no quieras darme nada!

—*Andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.*

No fue el arrebató ciego de un momento, cuando cuesta abajo por la pendiente empinadísima no puede el hombre adueñarse bien de los frenos de su libertad. Es el cálculo refinado contra Ti, Maestro bueno, la fría astucia que va madurando lentamente un proyecto para poder ejercitarlo sin riesgos.

Va el infeliz con los ojos abiertos examinándolo todo. Ha decidido su crimen y estudia muy despacio las circunstancias, para que su crimen no se vuelva contra él.

Lo mira todo en torno suyo, pero no te mira a Ti, buen Jesús, ni a su propia conciencia.

Cuando tropieza inevitablemente con tus ojos, mira a otra parte para que no le traicionen a él los pensamientos de su propia traición.

El no quiere mirarte para no leer, en tu corazón y para que Tú no leas en el suyo.

Eso precisamente bastaría para transformarle, el que procurara leer en tu corazón.

—*Tú lo has dicho.*

Como siempre, buen Maestro, cada uno dice de sí mismo lo que en él hay. Para su bien o para su mal, brota hacia afuera lo que ha echado raíces en el corazón.

Aun entonces, cuando uno está intentando disimular, la verdad de la conciencia no permite

mucho tiempo el engaño, porque no son posibles simultáneamente dos vidas.

Aunque lo fuera, a Ti, Señor, quiero yo siempre decírtelo todo, tal como lo siento. No necesito decírtelo para que lo sepas, porque ya lo sabes, sino para ir con absoluta sinceridad delante de Ti.

Pon en mis labios palabras de desnuda verdad en tu presencia. Pon la humildad y la confesión amarga, que te abra todas mis llagas y te muevan a misericordia.

Porque entonces empieza mi salvación, Dios mío, cuando me decido a que mis palabras y mi conducta no sean una trampa en que tropiecen los incautos.

Entonces mucho más te hablaré a Ti con la verdad de lo que soy y Tú podrás hablarme de tu verdad al corazón deseoso de escucharla.

- Contempla y da gracias a Dios
-

TRIDUO PASCUAL

La cuaresma termina con el inicio del Triduo Pascual. Ofrecemos estos textos para la oración y meditación de estos días especiales.

Estos días santos nos invitan a meditar los acontecimientos centrales de nuestra Redención, el núcleo esencial de nuestra fe: el Triduo pascual, culmen del entero año litúrgico, en el que somos llamados al silencio y a la oración para contemplar el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

Que estos días orienten decididamente la vida de cada uno a la adhesión generosa y convencida a Cristo, muerto y resucitado por nosotros.

Dispongámonos a vivir intensamente este Triduo Santo, para ser cada vez más profundamente insertados en el Misterio de Cristo, muerto y resucitado por nosotros. Que nos acompañe en este itinerario espiritual la Virgen Santísima. Ella, que siguió a Jesús en su pasión y estuvo presente bajo la Cruz, nos introduzca en el misterio pascual, para que podamos experimentar la alegría y la paz del Resucitado.

(Benedicto XVI, 31 de marzo de 2010)

JUEVES SANTO

En la tarde de este día celebraremos el momento de la institución de la Eucaristía. El apóstol Pablo, escribiendo a los Corintios, confirmaba a los primeros cristianos en la verdad del misterio eucarístico, comunicándoles cuanto él mismo había aprendido: *“El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: 'Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío'. Asimismo también la copa después de cenar diciendo: 'Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío'”* (1Cor 11,23-25). Estas palabras manifiestan con claridad la intención de Cristo: bajo las especies del pan y del vino, Él se hace presente de modo real con su cuerpo entregado y con su sangre derramada como sacrificio de la Nueva Alianza. Al mismo tiempo, Él constituye a los Apóstoles y a sus sucesores ministros de este sacramento, que entrega a su Iglesia como prueba suprema de su amor.

Con un rito sugestivo recordaremos, también, el gesto de Jesús que lava los pies a los Apóstoles (cfr *Jn* 13,1-25). Este acto se convierte, para el evangelista, en la representación de toda la vida de Jesús y revela su amor hasta el final, un amor infinito, capaz de capacitar al hombre para la comunión con Dios y hacerle libre. Al término de la

liturgia del Jueves santo, la Iglesia deposita al Santísimo Sacramento en un lugar preparado a propósito, que representa la soledad del Getsemaní y la angustia mortal de Jesús. Ante la Eucaristía, los fieles contemplan a Jesús en la hora de su soledad y rezan para que terminen todas las soledades del mundo. Este camino litúrgico es, por otro lado, una invitación a buscar el encuentro íntimo con el Señor en la oración, a reconocer a Jesús entre quienes están solos, a velar con él y a saberlo proclamar luz de la propia vida.

(Benedicto XVI, 31 de marzo de 2010)

Medita estos puntos:

- 'Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío'

- Jesús lava los pies a los Apóstoles

- Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como Yo os he amado.

- Jesús se queda desde entonces en los sagrarios.

VIERNES SANTO

El Viernes santo es el día en que se conmemora la pasión, crucifixión y muerte de Jesús. En este día, la liturgia de la Iglesia no prevé la celebración de la santa misa, pero la asamblea cristiana se reúne para meditar en el gran misterio del mal y del pecado que oprimen a la humanidad, para recordar, a la luz de la palabra de Dios y con la ayuda de conmovedores gestos litúrgicos, los sufrimientos del Señor que expían este mal. Después de escuchar el relato de la pasión de Cristo, la comunidad ora por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo, adora la cruz y recibe la Eucaristía, consumiendo las especies eucarísticas conservadas desde la misa in Cena Domini del día anterior. Como invitación ulterior a meditar en la pasión y muerte del Redentor y para expresar el amor y la participación de los fieles en los sufrimientos de Cristo, la tradición cristiana ha dado vida a diferentes manifestaciones de piedad popular, procesiones y representaciones sagradas, orientadas a imprimir cada vez más profundamente en el corazón de los fieles sentimientos de auténtica participación en el sacrificio redentor de Cristo. Entre esas manifestaciones destaca el vía crucis, práctica de piedad que a lo largo de los años se ha ido enriqueciendo con múltiples expresiones espirituales y artísticas vinculadas a la sensibilidad de las diferentes culturas. Así, han surgido en

muchos países santuarios con el nombre de "Calvario" hasta los que se llega a través de una cuesta empinada, que recuerda el camino doloroso de la Pasión, permitiendo a los fieles participar en la subida del Señor al monte de la Cruz, al monte del Amor llevado hasta el extremo.

(Benedicto XVI, 19 de marzo 2008)

Puedes también meditar hoy los misterios dolorosos del Rosario, comentados por Benedicto XVI en la JMJ Madrid 2011:

1. La oración de Jesús en el huerto (Mc 14, 32-42)

No pocos, por causa de su fe en Cristo, sufren en sí mismos la discriminación, que lleva al desprecio y a la persecución abierta o larvada que padecen en determinadas regiones y países. Se les acosa queriendo apartarlos de Él, privándolos de los signos de su presencia en la vida pública, y silenciando hasta su santo Nombre. Pero yo vuelvo a decir a los jóvenes, con todas las fuerzas de mi corazón: que nada ni nadie os quite la paz; no os avergoncéis del Señor. Él no ha tenido reparo en hacerse uno como nosotros y experimentar nuestras angustias para llevarlas a Dios, y así nos ha salvado.

2. La flagelación del Señor (Mc 15, 14-15)

Queridos amigos, que ninguna adversidad os paralice. No tengáis miedo al mundo, ni al futuro, ni a vuestra debilidad. El Señor os ha otorgado vivir en este momento de la historia, para que gracias a vuestra fe siga resonando su Nombre en toda la tierra. En esta vigilia de oración, os invito a pedir a Dios que os ayude a descubrir vuestra vocación en la sociedad y en la Iglesia y a perseverar en ella con alegría y fidelidad. Vale la pena acoger en nuestro interior la llamada de Cristo y seguir con valentía y generosidad el camino que él nos proponga.

3. La coronación de espinas (Mc 15, 16-20)

Queridos jóvenes, que el amor de Cristo por nosotros aumente vuestra alegría y os aliente a estar cerca de los menos favorecidos. Vosotros, que sois muy sensibles a la idea de compartir la vida con los demás, no paséis de largo ante el sufrimiento humano, donde Dios os espera para que entreguéis lo mejor de vosotros mismos: vuestra capacidad de amar y de compadecer. Las diversas formas de sufrimiento son llamadas del Señor para edificar nuestras vidas siguiendo sus huellas y hacer de nosotros signos de su consuelo y salvación.

4. Jesús con la cruz auestas (Lc 23, 26-32)

Mientras avanzábamos con Jesús, hasta llegar a la cima de su entrega en el Calvario, nos venían a la mente las palabras de san Pablo: «Cristo me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20). Ante un amor tan desinteresado, llenos de estupor y gratitud, nos preguntamos ahora: ¿Qué haremos nosotros por él? ¿Qué respuesta le daremos? San Juan lo dice claramente: «En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos» (1 Jn 3,16).

5. La crucifixión y muerte del Señor (Jn 19, 25-30)

La cruz no fue el desenlace de un fracaso, sino el modo de expresar la entrega amorosa que llega hasta la donación más inmensa de la propia vida. El Padre quiso amar a los hombres en el abrazo de su Hijo crucificado por amor. La cruz en su forma y significado representa ese amor del Padre y de Cristo a los hombres. En ella reconocemos el icono del amor supremo, en donde aprendemos a amar lo que Dios ama y como Él lo hace: esta es la Buena Noticia que devuelve la esperanza al mundo.

SÁBADO SANTO

El Sábado santo se caracteriza por un profundo silencio. Las iglesias están desnudas y no se celebra ninguna liturgia. Los creyentes, mientras aguardan el gran acontecimiento de la Resurrección, perseveran con María en la espera, rezando y meditando. En efecto, hace falta un día de silencio para meditar en la realidad de la vida humana, en las fuerzas del mal y en la gran fuerza del bien que brota de la pasión y de la resurrección del Señor. En este día se da gran importancia a la participación en el sacramento de la Reconciliación, camino indispensable para purificar el corazón y prepararse para celebrar la Pascua íntimamente renovados. Al menos una vez al año necesitamos esta purificación interior, esta renovación de nosotros mismos.

Este Sábado de silencio, de meditación, de perdón, de reconciliación, desemboca en la Vigilia pascual, que introduce el domingo más importante de la historia, el domingo de la Pascua de Cristo. La Iglesia vela junto al fuego nuevo bendecido y medita en la gran promesa, contenida en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, de la liberación definitiva de la antigua esclavitud del pecado y de la muerte. En la oscuridad de la noche, con el fuego nuevo se enciende el cirio pascual, símbolo de

Cristo que resucita glorioso. Cristo, luz de la humanidad, disipa las tinieblas del corazón y del espíritu e ilumina a todo hombre que viene al mundo. Junto al cirio pascual resuena en la Iglesia el gran anuncio pascual: Cristo ha resucitado verdaderamente, la muerte ya no tiene poder sobre él. Con su muerte, ha derrotado el mal para siempre y ha donado a todos los hombres la vida misma de Dios.

(Benedicto XVI, 19 de marzo 2008)

Puede ayudarte hoy este Evangelio:

Junto a la Cruz de Jesús estaban su Madre y la hermana de su Madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús viendo a su Madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dice al Discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.(Jn 19,25 - 27)

Y también esta Secuencia de la Virgen Dolorosa que recoge la liturgia de hoy:

Stabat Mater

La Madre piadosa estaba
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía,
cuya alma triste y llorosa,
traspasada y dolorosa
fiero cuchillo tenía.

¡Oh, cuán triste y cuán
aflicta
se vio la Madre bendita,
de tantos tormentos llena,
cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena!

Y ¿cuál hombre no llorara
si a la Madre contemplara
de Cristo en tanto dolor?
Y quien no se entristeciera,
Madre piadosa, si os viera
sujeta a tanto rigor?

Por los pecados del mundo,
vio a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre.
Vio morir al Hijo amado
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.

¡Oh Madre, fuente de amor!
Hazme sentir tu dolor
Para que lllore contigo.
Y que por mi Cristo amado,
Mi corazón abrasado
Más viva en él que conmigo.

Y por que a amarle me anime,
en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en sí.
Y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora,
las que padeció por mí.

Hazme contigo llorar
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo.
Porque acompañar deseo
en la cruz donde lo veo,
tu Corazón compasivo.

¡Virgen de vírgenes santas!
llore yo con ansias tantas,
que el llanto dulce me sea,
porque su Pasión y Muerte
tenga en mi alma de suerte
que siempre sus penas vea.

Haz que su cruz me
enamore,
y que en ella viva y more,
de mi fe y amor indicio.
Por que me inflame y
encienda,
y contigo me defienda
en el día del juicio.

Haz que me ampare la muerte
de Cristo, cuando en tan fuerte
trance vida y alma estén.
Porque, cuando quede en
calma
el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria. Amén

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
PRÁCTICA DE LA LECTIO DIVINA CON EL EVANGELIO DE CADA DÍA	5
Al iniciar la oración:	8
Ponte en presencia de Dios	8
CUARESMA	12
Miércoles de Ceniza	15
Jueves después de ceniza	19
Viernes después de ceniza	22
Sábado después de ceniza	25
PRIMERA SEMANA DE CUARESMA	29
Domingo I de Cuaresma	31
Lunes I de Cuaresma	38
Martes I de Cuaresma	43
Miércoles I de Cuaresma	49
Jueves I de Cuaresma	51
Viernes I de Cuaresma	54
Sábado I de Cuaresma	57
SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA	60
Domingo II de Cuaresma	62
Lunes II de Cuaresma	66
Martes II de Cuaresma	69
Miércoles II de Cuaresma	72
Jueves II de Cuaresma	76
Viernes II de Cuaresma	80
Sábado II de Cuaresma	84
TERCERA SEMANA DE CUARESMA	92
Domingo III de Cuaresma	93

Lunes III de Cuaresma	104
Martes III de Cuaresma.....	107
Miércoles III de Cuaresma.....	111
Jueves III de Cuaresma	113
Viernes III de Cuaresma	117
Sábado III de Cuaresma	121
CUARTA SEMANA DE CUARESMA	125
Domingo IV de Cuaresma.....	126
Lunes IV de Cuaresma.....	138
Martes IV de Cuaresma.....	142
Miércoles IV de Cuaresma.....	145
Jueves IV de Cuaresma.....	149
Viernes IV de Cuaresma	152
Sábado IV de Cuaresma.....	155
QUINTA SEMANA DE CUARESMA.....	159
Domingo V de Cuaresma.....	160
Lunes V de Cuaresma	173
Martes V de Cuaresma.....	181
Miércoles V de Cuaresma.....	185
Jueves V de Cuaresma	189
Viernes V de Cuaresma.....	193
Sábado V de Cuaresma	195
DOMINGO DE RAMOS	200
LUNES SANTO	203
MARTES SANTO.....	207
MIÉRCOLES SANTO	211
TRIDUO PASCUAL.....	215
JUEVES SANTO	216
VIERNES SANTO	218
SÁBADO SANTO	222
Stabat Mater.....	224